

UN CORAZON PARA TODOS

T. Munari



Centro Xavier-Guadalajara

Al cari sumo f. la a de
em il suo libro "In tutti miei figli,"
Tiberio Munari
ignoro e giunto il mio "du
Corazon para todos"
em affecto, f. Tiberio
12/12/1981

UN CORAZON PARA TODOS

El Siervo de Dios Guido María Conforti
Obispo de Parma
y Fundador de los Misioneros Xaverianos

MISIONEROS XAVERIANOS

Av. Yaquis 694 — Guadalajara, Jal.

*A mis queridos cohermanos
mexicanos con el deseo de que
siempre más y mejor conozcan
y vivan el carisma del Fundador.*

P.T.M.

Nihil Obstat

Querétaro, Qro., 30 de octubre de 1981

Canónicus Salvator Cabrera

Puede imprimirse

Querétaro, Qro., 30 de octubre de 1981

Mons. Francisco Paulín, Vic. gen.

Nihil Obstat

Romae, die 24 septembris a. 1981

Traianus Crisan, sub secretarius.

I N D I C E

5—Presentación

7—CAPITULO I LOS AÑOS DEL HOGAR

9—El muchacho de Casalora

15—Ranas y pájaros

19—Casa de huéspedes

27—Un extraño maestro

31—Primera caricia

35—CAPITULO II AÑOS DE SIEMBRA

37—El educador Andrés Ferrari

43—Guido descubre a Xavier

47—Tormenta

55—Guido estrena sacerdocio

61—Formador en el seminario

67—Profesor de literatura

73—El audaz proyecto

78—Primeros pasos

85—Saúl y David

89—Xaveriano No. 2

94—Nido de los aguiluchos

99—CAPITULO III OBISPO EN LA IGLESIA DE CRISTO

101—Arzobispo de Rávena

106—Una viña desolada

115—CAPITULO IV INTERMEDIO PROVIDENCIAL

117—Héroes en la pista

121—Retorno al nido

127—Formador de misioneros

- 132—Vínculos sagrados
- 138—Sociedad de elogios mutuos
- 145—Una misión en propio

149—CAPITULO V UN PASTOR CON DOS REBAÑOS

- 154—Obispo de Parma
- 156—Problemas candentes
- 163—La jornada del obispo
- 168—Las audiencias
- 177—El buen pastor
- 189—Grito de alarma
- 199—El otro rebaño
- 203—El torbellino de la guerra
- 208—Una obra santa y oportuna
- 215—Los palenques de las misiones
- 220—Entre dos bandos
- 224—Pacificador

229—CAPITULO VI LA MAS BELLA AVENTURA

- 231—El sobre amarillo
- 236—El obispo de los bandidos
- 241—La tierra para trabajar
- 245—Viaje a China
- 253—El safari del Kun-Chu-Kiao
- 258—Ultimas caricias

263—CAPITULO VII RAPIDO ATARDECER

- 265—El nombre de la bella flor
- 270—"He combatido el buen combate"
- 274—"He terminado mi carrera"
- 279—"He guardado la fe"
- 285—"Ahora me aguarda la corona"
- 289—Espiritualidad de Conforti
- 294—La fisonomía de un santo
- 305—*Cronología*
- 307—*Bibliografía*

PRESENTACION

Recorriendo en 1981 los 50 años de la muerte del siervo de Dios Guido María Conforti, obispo de Parma y fundador de los Misioneros Xaverianos, la Provincia de México ha querido rendir un homenaje a su venerada memoria, ofreciendo a los Xaverianos de habla española esta biografía.

El padre Tiberio Munari ha preparado esta nueva vida del obispo Conforti, trazando un retrato sencillo y bastante detallado, al alcance de todos. Es cuanto los cohermanos y seminaristas mexicanos esperaban desde tiempo, porque el fundador debe ser ante todo conocido por ellos, como hombre genial y equilibrado a la vez, como Padre de misioneros, pronto a tratar con todos y como obispo, abierto a todas las necesidades del mundo.

Porque el obispo Conforti tiene algo que decir también a los hombres de hoy, siendo viva y válida su ascética, su pedagogía formativa, su acción catequética, su pastoral, su espíritu misionero. Es

cuanto manda el Vaticano II, hoy, a los obispos, cuando los exhorta a "seguir con particular solicitud la actividad misionera, que es el deber supremo y santísimo de la Iglesia".

Para nosotros, los Xaverianos, esta biografía es una especie de historia de familia, que revela en transparencia los primeros años de nuestro Instituto y una invitación a continuar el camino señalado por nuestro fundador: la misión.

"Un corazón para todos" me parece un título bien adivinado, sobre todo porque encierra en sí el alma misionera de Mons. Conforti, su ansia pastoral y la certeza de que todos entrarían en la casa del Padre, realizándose su lema: "In omnibus Christus": "que Cristo sea todo en todos".

P. Gabriel Ferrari, sup. gen.

LOS AÑOS DEL HOGAR

1865-1876

“El Señor lo llamó” (Mc 3,13)

Archivio Saveriano Roma

EL MUCHACHO DE CASALORA

Casalora es uno de los pocos caseríos antiguos, cerca de la ciudad de Parma (Italia) que han sobrevivido a la ruina del tiempo. Fue fundado por los monjes de la cercana Cartuja de Parma como punto estratégico para sanear los terrenos pantanosos del valle del río Po: tierra de niebla, de agua y de verdes árboles. Casalora es mencionada en un antiquísimo pergamino del 11 de junio de 1169, con su capilla dedicada al apóstol San Andrés.

Parándonos en medio del gran patio de Casalora, nos parece aún hoy ver deslizarse velozmente, entre cobertizos y pajares, entre carros agrícolas y moderna maquinaria, la figura vivaz y grácil de un niño. Levantando los ojos hacia una ventana del segundo piso, advertimos una lápida conmemorativa que reza:

—En esta casa —nació de Rinaldo y Antonia Adorni —el 30 de marzo de 1865 y pasó su infancia — Guido María Conforti — arzobispo de Rávena y obispo de Parma.

El niño llegó al mundo al comienzo de la primavera, cuando el hermoso y rico valle que se extiende desde el río Po hasta los montes Apeni-

nos, empezaba a revestirse de hojas y de flores. El muchacho, aunque no llegue a ser campesino como su padre, conservará siempre las cualidades mejores del hombre del campo: la frescura del sentimiento, la adhesión a las cosas reales y la sencillez del alma siempre abierta al encanto de la naturaleza.

“Los colores que yo amo y prefiero son el verde y el azul —dirá más tarde Guido—: el verde de los campos y el azul del cielo de Casalora”.

El mismo día en que vio la luz, su madre, Antonia Adorni, tuvo miedo por la vida del recién nacido (dos hermanitos se habían ido al cielo al nacer) y no iba a estar tranquila mientras no se bautizara. Aquella misma tarde el niño fue llevado a la iglesia parroquial de Ravadese para ser bautizado. Recibió los nombres de Guido, José y María.

Hoy, fija en la pared del bautisterio de Ravadese, una lápida recuerda este pequeño acontecimiento que Guido, sin embargo, consideró más tarde muy grande. A aquella humilde iglesia rural volverá varias veces, de sacerdote y de obispo. Todos los años recordará esa fecha, no tanto por ser su cumpleaños, como por ser aniversario de su nacimiento cristiano. Y en 1915, en el 50 aniversario de su bautismo, concederá el título de “prepositura” (Iglesia “prepuesta” a las demás) a la humilde iglesia parroquial de Ravadase.

Dueño de Casalora es Don Rinaldo Conforti, el rico propietario de tierras labrantías y arrozales. Los Conforti se establecieron en Casalora como arrendatarios de estos terrenos pantanosos desde 1840, provenientes de Basilicanova, en donde tienen noticias ciertas de su abolengo desde 1327.

El arrendatario Rinaldo mejoró los terrenos malsanos y luego los compró al dueño. Más tarde, compró otras propiedades rústicas, provenientes de la expropiación de los bienes eclesiásticos. Cuando Guido sea sacerdote y reciba la herencia de su padre, dedicará sus bienes a los pobres y a las misiones.

El patrón Rinaldo es un hombre alto y robusto, de cejas densísimas y barba fluente de capuchino con gorra a la Garibaldi; chaqueta de tela gruesa, reloj ruso con cadena pendiente del chaleco, botas hasta arriba de las rodillas para moverse por los arrozales, escopeta en bandolera y pipa en boca.

Es exigente, a la vez que generoso, con sus hijos y obreros. Para el pequeño Guido, es más que un padre: es un dios. De él heredó la tenacidad en las realizaciones, además del carácter impulsivo y violento.

“Yo tengo el temperamento de mi padre —confesará más tarde Guido—; pero debo mi vocación a mi madre. De pequeño, ella me llevaba a misa en la parroquia de Ravadese. Mi padre estaba siempre muy absorto en los asuntos de la hacien-

da; pero, cuando era la hora, él, para complacer a mi madre, enganchaba los caballos y nos llevaba a misa. Por la noche, él nos acompañaba en el rezo del rosario que mi madre entonaba”.

Guido hablará siempre de su madre como de una mujer fuerte y generosa, que cuidaba con mucha diligencia la educación de sus hijos, grabando en ellos las verdades de la fe. Le quedará muy agradecido por haberle añadido al nombre Guido el de María y haber aprendido de ella a amar a los pobres.

A menudo llegaban a Casalora pordioseros, seguros de encontrar una taza de sopa caliente y un trozo de pan con queso. Algunas veces pasaban la noche en el pajar.

Había uno muy conocido que pasaba frecuentemente y se quedaba a dormir en el pajar. Una tarde observó Guido dónde preparaba él su yacija y pensó regarla antes con un cubo de agua fresca. Luego se escondió un poco lejos para asistir a la escena. Cuando el pobre hombre se acostó, dio un brinco como si hubiese tocado fuego, y soltó una maldición.

El niño se sintió culpable de aquella blasfemia y lloró amargamente. Su madre le había dicho que las blasfemias son los clavos del Señor. “Yo mismo —declarará Monseñor Schianchi— he oído al obispo Conforti, decir que su madre, teniéndolo en las rodillas y mostrándole el Crucifijo, le hacía

tocar los clavos repitiendo: ¡Mira cuánto ha sufrido el Señor por nuestros pecados!”.

Por lo demás, ya se revelaba en Guido una cierta debilidad hacia los pobres. La señora Antonia confió un día a Sor Celeste María Aste, hablando en dialecto como siempre hacía:: “Don Guido l’è semper stá un bon regazzot; guai pr’i povrett” (Don Guido ha sido siempre un buen muchacho; muy atento con los pobres).

“Mamá, hay un pobre en la puerta; voy yo a llevarle la limosna”, decía. “Un día —sigue recordando la madre—, Guido estaba sentado a la mesa y vino un pobre. Por el afán de ir a él a atenderlo, se virtió encima la sopa ya servida en la mesa”.



Don Rinaldo Conforti,
padre del Siervo de Dios.



Doña Antonia Adorni,
la madre.



Casalora, la hacienda de los Conforti.

RANAS Y PAJAROS

Como todos los caseríos, también Casalora tenía a su alrededor un foso o pesquera con variedad de peces y, especialmente, ranas. Guido está enamorado de la pesca. Ya obispo de Parna, platicando con sus alumnos misioneros, les confiará:

—¿Saben ustedes, queridos jóvenes, por qué me hice traer de Casalora unas ranas para la pesquera del palacio episcopal? Sencillo: quiero escuchar por las noches ese croar que me recuerda la vida de mi infancia, en medio de los arrozales de mi padre Rinaldo. Además, las ranas me traen a la memoria mis travesuras de aquel tiempo.

Recuerdo que una mañana, muy temprano, se presentó a la puerta de mi casa un pescador de ranas. Había trabajado toda la noche en las praderas recién cortadas, pescando ranas con el farol y el pequeño arpón.

Para los que no lo sepan, las ranas se pescan así: en la mano izquierda el farol y en la derecha el pequeño arpón; el farol sirve para deslumbrar a las ranas y el arpón para picarlas de golpe.

Bueno, el costal que descargó el pescador aquella mañana delante de la puerta de mi casa estaba

lleno de ranas canoras. Mientras el pescador estaba en la cocina con mi madre tratando del precio, fuera, el olor acre y el croar de las ranas atrajo a las gallinas curiosas que estaban en el patio.

Me vino una idea. Abrí el costal y las ranas empezaron a salir, brincando y croando, mientras las gallinas, nada tímidas, se les enfrentaron, picoteándolas y aleteando sobre ellas como gallos de pelea. Una escena como para morir de risa.

El pescador, al oír el repentino alboroto, salió disparado. Dándose cuenta de que su fatiga se estaba esfumando, soltó una maldición.

Sólo entonces caí en la cuenta del gran mal que había cometido. Espantado y llorando, corrí a refugiarme en los brazos de mi madre.

Además de las ranas, me gustaban los jilgueros, los mirlos y los verderones; no para comérmelos, sino para guardarlos en una jaula y oírlos cantar. Tal vez es un capricho que manifiesta un fondo de agresividad que hay en todos los niños. San Francisco de Asís predicaba a los pájaros, acariciaba a los corderitos y amansaba al hermano lobo. Los animales nos alegran; hacerlos sufrir es señal de corazón malo. Mi padre se enfadaba cuando los peones golpeaban a los caballos.

Pues bien; mi pasión por los pajaritos casi me costó la vida. Ciertamente me dejó un recuerdo permanente.

Un día, bajando de un olmo al que había trepado para alcanzar un nido, sería por la emoción,

sería por el miedo de aplastar a los cinco pajaritos metidos en el repliegue de la camiseta, resbalé y caí malamente al suelo. Quedé desmayado.

Mi madre, que estaba en la cocina, se paró de improviso. Por una extraña forma telepática, presintió que algo me había pasado. Gritó a los peones del establo; no había nadie. Ella sola corrió afuera, se adentró por el camino de la campiña hasta encontrarse con uno de nuestros jornaleros que me llevaba en brazos, pálido y asustado.

Con los cuidados de mi buena madre, pude pronto recuperarme. Siempre me quedó un sensible dolor en una pierna que, cuando estoy muy cansado o subo por los montes, me hace cojear.

Cuanto amaba yo a los pájaros y a las ranas, otro tanto me molestaban los polluelos que entraban en la sala del comedor y ensuciaban el piso. Un día me encontré con uno que descaradamente vagabundeaba por donde no debía. Lo agarré y lo arrojé con fuerza contra el suelo. El malaventurado quedó inmóvil.

Mucho antes de que llegaran los reproches de mi madre, me dí cuenta del mal que había hecho. Hasta me sentí profundamente apenado con Dios, autor de la vida, y experimenté asco y vergüenza de mi mala acción. Con el corazón colmado de tristeza, fui a enterrar al polluelo debajo de un árbol del jardín.

Varias veces me he confesado de estas maldades y espero que Dios me haya perdonado.

Como ven, queridos jóvenes, es muy difícil que uno herede de la naturaleza un carácter perfecto. Es necesario forjarlo con la energía de la voluntad, la lucha contra las malas inclinaciones y, naturalmente, con la ayuda de Dios.

Un buen carácter, queridos jóvenes, atrae a los demás, ejerce sobre ellos una influencia agradable y es un secreto para el éxito en la vida.

CASA DE HUESPEDES

La antigua ciudad de Parma, de origen etrusco, fue colonia romana en el año 184 antes de Jesucristo con el nombre de "Parma Julia" y luego "Parma Augusta", porque ofrecía protección (Parma significa "escudo") a las legiones romanas de Julio César y Augusto.

Parma se encuentra en el corazón del valle del río Po, a mitad del camino entre Milán y Bolonia. Hoy en día es visitada por los turistas, por su espléndida Catedral románica del siglo XI con frescos de Correggio y por su Bautisterio del siglo XII embellecido con las esculturas de Antelami.

En otro tiempo, la ciudad de Parma brilló en la religión y en la política por obra de los príncipes Farnesios que dieron guerreros a las Cruzadas y Papas a la Iglesia. El último esplendor se lo dio la duquesa María Luisa, hija del emperador Francisco 1o. de Austria, esposa de Napoleón 1o. y Emperatriz de los Franceses, la cual pasó a gobernar el ducado de Parma desde la caída de Bonaparte hasta el año 1847. Un dato curioso para nuestra historia: Don Antonio Conforti, abuelo de Guido, fue ministro de finanzas de la duquesa María Luisa.

Mientras nuestro Guido transcurría felizmente su infancia entre los viñedos y arrozales de Casalora, en el mapa de la península italiana y más cerca, en la misma ciudad de Parma, estaban ocurriendo acontecimientos de grande importancia histórica.

El arranque para la independencia y unidad de Italia, empezado desde el Piamonte en 1848, había llegado en 1859-60 a la liberación de las provincias del norte y a la anexión al nuevo Reino Itálico del Ducado de Parma. Fue exactamente José Verdi a llevar al Rey Víctor Manuel los votos de anexión de la ciudad de Parma al nuevo Reino.

El eminente compositor de ópera había nacido y vivía en aquel entonces pocos kilómetros lejos de Casalora, en Róncole de Busseto. Los coros del Nabuco y los Lombardos en la Primera Cruzada de Giuseppe Verdi, habían alcanzado un enorme éxito en los teatros de Milán, Nápoles y Venecia porque en sus estrofas recogían el anhelo de libertad del pueblo italiano.

El Papa Pío IX en el agosto de 1870 había interrumpido el Concilio Vaticano Primero por el aproximarse de la guerra entre Franceses y Prusianos. Los Franceses, únicos protectores políticos del Papa y de Roma, fueron batidos en Sedán, dejando así vía libre al Rey Víctor Manuel de anexionarse la Ciudad Eterna, el 11 de septiembre de 1870.

En la ciudad de Parma, liberal y republicana, se celebraron grandes festejos y se dedicaron las

principales calles y plazas a los actores de la unidad italiana: Cavour, Mazzini, Garibaldi, Verdi.

En 1872, en el Teatro Regio de Parma se representó la primera vez en Italia la Aida de Verdi, la ópera más querida al corazón de los Parmesanos. Pero no habían cesado aún las notas de la Marcha triunfal del Aida que estallaba el cólera llevándose más de ocho mil personas. La muerte visitó también la familia Conforti: se fue Adela, la mayor de todos, de 19 años. Ella había sido el brazo derecho de la madre en el cuidado de sus hermanitos. Fue un desgarramiento para el corazón de los Conforti. De un total de diez hijos, quedaban cinco: Clotilde, Ismael, Guido, Mérope y Paulina.

Dos meses después de la muerte de su hermana Adela, en el otoño de 1873, el pequeño Guido dejaba Casalora con su patio y su pesquera, para establecerse en Parma. Casalora no tenía escuela.

En cambio, en la ciudad había buenos colegios, uno especialmente, el Colegio de "los Nobles", creado por Ranuccio Farnese en 1600. Don Rinaldo soñaba colocar a Guido en este colegio. El dinero no era problema. Naturalmente hacía falta primero cursar la escuela primaria con los Hermanos de la Salle.

Su madre lo llevó a una casa de huéspedes que era de unas amigas y lejanas parientes, en Borgo Torto No. 8. Eran las señoras Maini: Dorotea,

la madre y la hija maestra, Juana. En el piso bajo, en un cuartito, vivía una anciana de nombre Ana.

Guido, entre los pensionistas, era el benjamín. Las tres mujeres manifestaron en seguida su afecto para el niño.

Por la mañana bien arreglado, el delantal escolar siempre blanco, lo acompañaban de Borgo Torto hasta Borgo Colonne, al umbral del colegio La Salle; al mediodía volvían a recogerlo.

Eran exigentes las tías Dorotea y Juana. Pero mucho más lo eran los Hermanos: la disciplina, el silencio, la compostura, la atención en las clases eran la base de su pedagogía. Prevalecía el método persuasivo sobre el represivo. Los Hermanos hacían hincapié, sobre todo, en las motivaciones religiosas.

Después de muchos años Guido, ya obispo, será invitado por los Hermanos de la Salle a la clausura y a la distribución de premios de la catequesis. Recordará entonces a los muchachos, los años de su infancia, cuando él mismo estaba sentado en aquellos pupitres, escuchando las deliciosas catequesis del hermano Crispín y las bonitas exhortaciones del hermano Bercario. "¡Qué lindas reflexiones nos hacían!".

Se le grababan de tal manera las clases de historia y de religión que, cuando volvía a casa, las repetía, a su modo, a las "Tías".

Por ser muy pequeño, las mujeres le ofrecían una silla para subirse arriba, mientras ellas se disponían, felices y un poco curiosas, a escucharlo.

Una vez hasta se pusieron de rodillas, con ojos que brillaban de emoción. El pequeño predicador les llamó la atención:

—¿Qué hacen ustedes de rodillas? La plática se escucha sentadas, no de rodillas.

Ana, la mendiga que vivía en el cuartito de la entrada, le pedía a veces a Doña Dorotea:

—Déjeme por favor a su predicadorcito, para que me instruya y me haga un poco de compañía.

Después de las pláticas, seguían las pequeñas procesiones y funciones religiosas, por lo cual era llamado "el curita". Lo atestigua su hermana Mérope que lo alcanzó en casa Maini en 1874 para cursar una escuela privada.

Para construir altarcitos tenía más tiempo y posibilidades en Casalora, durante las vacaciones. La señora Agnetti recuerda que una vez el carpintero, su vecino, tal vez por simple gusto de molestar al niño, le había echado abajo el altarcito. Guido se deshizo en lágrimas. Entonces intervino en el umbral Doña Antonia, diciendo: "Déjelo en paz, que hace bien".

En la escuela de los Lasallistas no hay solamente catequesis, disciplina y estudio. Ya obispo, Conforti recordará los juegos. "Ustedes, queridos alumnos, ¿juegan aún a "Jerónimo"? En mis tiempos jugábamos a "Papá Jerónimo" que sale de su casita, primero solo, brincando sobre un pie, volteando un pañuelo con un fuerte nudo a la extremidad, a caza del primero que caiga bajo el golpe de su arma. El golpeado, hecho de esta forma

prisionero, tiene que refugiarse rápidamente en la casa de Jerónimo, bajo la granizada de golpes de todos los demás que están fuera. Yo también jugaba como ustedes a Jerónimo, cuando tenía su edad. Y me acuerdo que estaba muy atento para no ser alcanzado. Saben bien ustedes que a veces Jerónimo sale solo de su casita, otras veces con su primogénito y otras con toda su familia, y entonces ¡sálvese quien pueda!". Y el majestuoso obispo manifestaba el gozo de esos recuerdos, subrayando al mismo tiempo los peligros cuando el juego no es vigilado.

En el primer año de su llegada a Parma, 1873, Guido junto con su hermana Mérope recibió el sacramento de la Confirmación en la Catedral, de manos del obispo Domingo María Villa. Cuarenta años más tarde será Guido, el obispo Guido María Conforti, quien confirme a los demás en esa misma Catedral. En una de esas ocasiones, dirá a sus feligreses de Parma:

"¿Piensan ustedes, hermanos, que este rito solemne de la Confirmación no obre nada en el corazón inocente y en la imaginación del niño? ¿Piensan que la preparación, las instrucciones y exhortaciones de los sacerdotes y catequistas, el majestuoso aparecer del obispo, en sus hábitos pontificales, esperado con impaciencia y curiosidad por los niños, no dejen huellas en el corazón de sus hijos? Yo digo que sí.

"Han pasado ya cuarenta años desde aquel día en que, en esta misma Catedral, fui confirmado

por el santo obispo Villa y recuerdo aún las suaves emociones que iban alternándose en mí, y me parece sentir todavía la mano acariciadora del obispo ungiendo mi frente con el sagrado crisma”.

Dos años después, el 8 de abril de 1875, a los 10 años hizo su primera Comunión en la iglesia del Santo Sepulcro. Era la edad en que todos la hacían. Faltaba todavía treinta años para que el Papa San Pío X concediera la Comunión a los niños de seis años.

Ningún documento se encontró de las muchas condecoraciones eclesiásticas y civiles que obtuvo Conforti a lo largo de su vida; pero sí guardó la libreta de su Primera Comunión.



“Yo lo miraba y él me miraba, y parecía decirme tantas cosas”.

UN EXTRAÑO MAESTRO

De Borgo Torto, donde Guido se hospedaba, a Borgo Colonne donde recibía sus clases había sólo un trecho que se andaba en diez minutos. En este recorrido había que pasar por delante de la iglesia de Santa María de la Paz. En un altar presidía un majestuoso crucifijo.

Los primeros días, llevado de la mano de la tía Dorotea o de la maestra Juana, el niño entraba en aquella iglesia: allí repetía la corta oración que le sugerían sus piadosas anfitrionas. Pronto aprendió a entrar solo. Pocos eran los minutos, pero eran suficientes para entablar un diálogo con aquel impresionante crucifijo.

Un día entró como de costumbre, se acercó al altar y se sintió envuelto por una extraña mirada: "Yo lo miraba y él me miraba, y pareció decirme tantas cosas". ¿Cuáles cosas? ¿El recuerdo de las palabras de su madre: Mira cuánto ha sufrido el Señor por nosotros? Sí, pero más cosas. Aquel Crucifijo, gigantesco a los ojos del niño, abría los brazos clavados en busca de ayuda.

Todas las biografías de Conforti subrayan como determinante, para su vocación, el encuentro con el Crucifijo de la Paz.

Desde aquel momento, también el Crucifijo tendrá su historia. En efecto, por motivo de la supresión de la Cofradía y de la clausura de la pequeña iglesia de la Paz, el Crucifijo fue a parar en la iglesia de San Francisco donde Conforti ya obispo, lo encontró y lo compró. ¡Qué deteriorado estaba!

“Un día —cuenta Adolfo Oliva, compañero de Guido en el colegio de la Salle— el obispo me llamó y me llevó al desván donde guardaba un crucifijo. Presentándomelo, dijo: Mira, Adolfo, para mi este crucifijo es milagroso. Tiene su historia. Estaba en la iglesia de nuestra Señora de la Paz. A él atribuyo mi vocación. Deseo colocarlo en el Altar mayor de nuestra catedral para que siga inspirándome. Te encargo su restauración”.

Ya restaurado, a Mons. Conforti le gustará llevar a sus amistades a verlo. A Don Ormisda Pellegrini, le preguntará un día:

—¿Qué te parece? ¿Te gusta? Tú no sabes su historia. Cuando yo vivía en casa de las Maini, iba cada mañana a rezar delante de él. A él debo mi vocación.

Su hermana Mérope añadirá: “Dos veces sorprendí a mi hermano mirando inmóvil a ese crucifijo. La primera, aunque pasaba cerca de él, no se dio cuenta de mi presencia; la segunda, al verlo como extático, casi tuve miedo y no me atreví a acercarme”.

El encuentro del muchacho Conforti con el crucifijo de la Paz, fue su primera y más fuerte ex-

perencia religiosa antes de los diez años la cual determinará toda su vida como persona y como fundador de misioneros. En efecto, la contemplación de Jesús en la cruz, misionero del Padre, constituirá el carisma específico del Siervo de Dios Guido María Conforti.

La contemplación ("Yo lo miraba y él me miraba") del crucifijo no llevará a Conforti a una espiritualidad pasionista, sino misionera. En el Señor, clavado en la cruz, Conforti, más que al "sufrido" que padece, ve al Salvador que hay que dar a conocer en todo el mundo, mediante la misión.

Saliendo Guido, aquella hermosa mañana, de la iglesia de la Paz hacia el colegio, se preguntaba en sus adentros: "Todos mis compañeros me llaman El curita, ¿qué dificultad tengo para que de veras lo sea? Ninguna. ¿No es éste el sueño de mi buena madre? Y las señoras Maini, ¿no me hacen rezar a menudo por las vocaciones? ¿El día de la Purificación de Nuestra Señora ¿no me llevó la tía Dorotea a visitar el seminario y me quedé prendido al ver a aquellos seminaristas, vestidos de sotana, rezando devotamente en la capilla, y me dije: Por qué no puedo yo ser también uno de ellos?"

Los tres años, de 1873 a 1876, fueron providenciales y fecundos: crearon y maduraron en Guido la vocación al sacerdocio. Fueron instrumentos: unas humildes mujeres, las Maini, y unos sabios maestros, los Hermanos de la Salle. Hablando de

éstos últimos, el cardenal Andrés Ferrari dirá un día: "Si estas escuelas no hubieran dado más que la formación del Siervo de Dios Mons. Conforti, habrían ya merecido bien delante de la iglesia".

¿Dónde estaba el fogoso potrillo de Casalora, pescador de ranas y cazador de pájaros? Aquellos tres años habían convertido a Guido en un hombrecillo serio y mesurado, dueño de sí mismo, más entregado al estudio y a la oración que al juego.

PRIMERA CARICIA

La primera "caricia" del crucifijo de la Paz, el que había dado la vocación a Guido, llegó muy pronto.

—¡De ninguna manera! ¿Están ustedes volviéndose locas? ¿Qué historia es ésta? —reaccionó Don Rinaldo, ante la proposición de enviar a Guido al Seminario.

Eso ocurrió un día de otoño de 1876, en casa de las señoras Maini. Había sido invitado Don Rinaldo para discutir el rumbo que iba a tomar el hijo, puesto que acababa los estudios de primaria.

—¡Bonita carrera, ¿eh? la del cura! Y, mis negocios ¿quién los va a cuidar?

Don Rinaldo estaba acostumbrado a mandar a los hombres de sus ranchos con el tono de voz y con el coraje propios de quien sabe que es el amo. Y, por primera vez en su vida, se encontró en dificultad frente a un niño caprichoso que quería entrar al seminario.

—¿Quién le ha puesto en la cabeza estas barbaridades? ¿Qué puede entender un niño de once años de esas cosas de curas? Por el momento, que estudie la secundaria. Luego veremos.

¿Qué podían hacer aquellas tres mujeres, Doña Dorotea, su hija Juana y la madre Antonia, frente

a aquel volcán en erupción? ¿Sólo llorar, el arma de los débiles.

En el fondo, Don Rinaldo no era tan malo como parecía. Era más el ruido que las nueces. Siempre se había prestado a acompañar a su esposa y a sus hijos a la parroquia para la misa dominical. Pero, de ahí a que su hijo se hiciera cura, era pedirle demasiado. Además, ¡con los aires que soplaban en contra de los curas en aquellos tiempos! El comportamiento del Papa Pío IX con el gobierno italiano, la toma de Roma, la excomunión lanzada contra los reyes de Saboya, la política masonica, el socialismo anticlerical, no eran alicientes para que un padre de familia como Don Rinaldo encaminara a su hijo hacia la carrera eclesiástica. En los barrios de Parma se gritaba detrás de los curas: "Saco de carbón" y los golfillos de Ultratorrente imitaban la voz del cuervo cuando veían pasar una sotana.

Cuando la batalla parecía perdida frente a aquel coloso de casi dos metros, vino el golpe de escena: el pequeño Guido, llorando se echó de rodillas a los pies de su padre.

En el corazón de Don Rinaldo, había fe. Si al principio el tono de la voz y las palabras eran fuertes, al final acababa siempre por ceder. Luego aquel llorar de Guido, aquella cabeza rubia, aquel echarse de rodillas a sus pies. Total, no pudo resistir más y dejó, refunfuñando, que las mujeres lo arreglaran todo.

—Hagan ustedes lo que quieran, pero de mis bolsillos no saldrá ni un centavo.

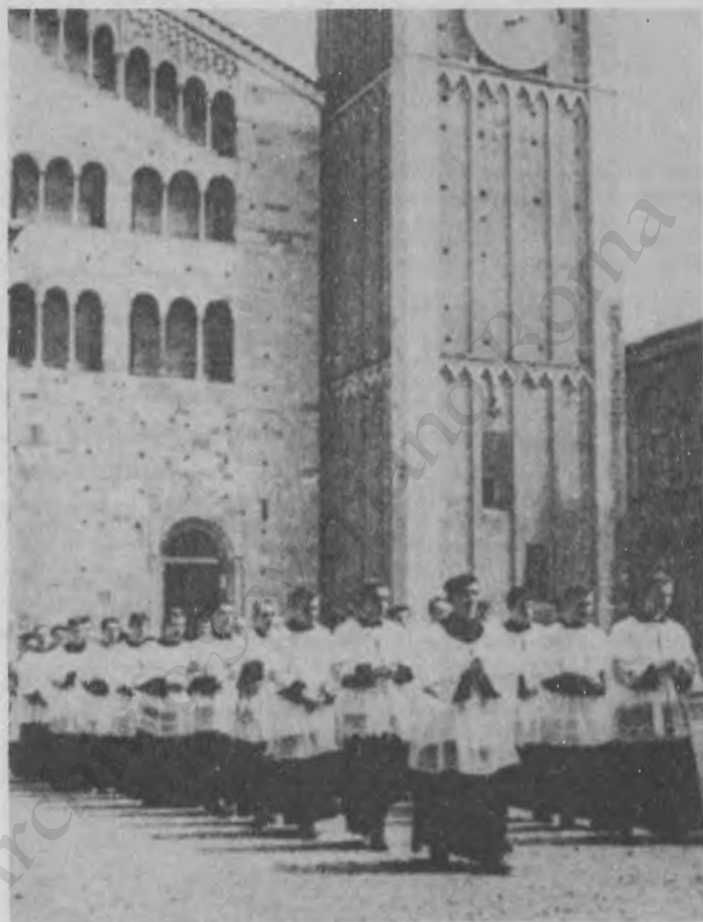
Era una forma de decir. Un repliegue estratégico. En realidad, más tarde, Don Rinaldo se mostrará orgulloso de su hijo sacerdote. Lo acogerá siempre con cariño y atención cuando vuelva a Casalora para las vacaciones. Enganchará el caballo en cualquier hora del día o de la noche para correr a la ciudad a buscar el doctor, o comprar medicinas.

El mero día de la ordenación sacerdotal de Guido, Don Rinaldo pondrá en manos de su hijo un sobre con una pingüe suma y le tendrá tanta estima como para no hacer nada sin consultarlo. Se mostrará mucho más contento de su hijo sacerdote que del otro, Ismael, repitiendo a veces: "Este que se ordenó sacerdote contra mi voluntad no me ha dado nunca disgustos, mientras que el otro me amarga la vida".

Al momento de repartir los bienes entre sus hijos Don Rinaldo no querrá tener preferencias. Sugirióle Guido, ya sacerdote, que prefiriese a su hermano Ismael y a sus hermanas, puesto que ya había gastado bastante en sus estudios. El huraño y generoso Don Rinaldo contestó:

—Todos ustedes son mis hijos y voy a tratarlos de la misma manera.

Cuando después Don Rinaldo, a los 72 años, caiga gravemente enfermo, su Don Guido lo asistirá durante varios días y lo confortará con los sacramentos de la Iglesia, permaneciendo a su lado hasta el último instante.



La Catedral y el Seminario de Parma.

AÑOS DE SIEMBRA

1876-1902

“Para que estuviera con El” (Mc. 3,14)

Archivio Saveriano Roma

EL EDUCADOR ANDRES FERRARI

Guido, ganada la batalla, entró en el seminario de Parma el 4 de noviembre de 1876 y, desde el primer año, llevó la sotana roja como se acostumbraba entonces. Después de la toma de hábito, fue con sus compañeros a visitar al señor obispo, Mons. Villa, el mismo que tres años antes lo había confirmado.

El obispo notó enseguida la presencia de aquel gracioso niño rubio, porque era el más pequeño de todos y tenía el pelo largo y bien arreglado. Cuando le tocó el turno de arrodillarse ante el obispo para recibir su bendición, éste le preguntó:

—¿Serás luego bueno?

—Sí, Excelencia.

El obispo le puso la mano benévola sobre la cabeza, desgreñándole el pelo. Guido se puso colorado y cayó en la cuenta de que todos, menos él, tenían el pelo corto.

—Veremos, veremos —terminó diciendo el obispo.

Siempre que Mons. Villa entraba al seminario, todos los muchachos lo rodeaban para escuchar su palabra. Conforti, por ser el más pequeño o el más tímido, quedaba atrás escondido.

—¿Dónde está Guidito? —preguntaba luego luego el obispo.

No era misterio para nadie la predilección que el santo obispo tenía por el pequeño seminarista. Es digno de notarse que nadie lo envidiaba por esa preferencia.

Guido veneró siempre al santo obispo Villa y lo tuvo por modelo en su vida de pastor. Es notorio que fue el obispo del Ultratorrente, es decir, de los barrios pobres de la ciudad. Era el hombre de la calle que se paraba con los niños e iba a descubrir y socorrer la miseria donde fuera. En el año del cólera morbus de 1873, se le vio entrar a visitar a los apestados, sin miedo al contagio. Murió en olor de santidad. Guido Conforti, obispo de Parma, mandará trasladar sus restos del panteón civil a la catedral, entretejiendo él mismo el elogio fúnebre.

—¿Cómo era el seminarista Guido?

Existe el testimonio de sus compañeros Savazzini, Ajcardi, Canetti, Venturini. Contesta uno por todos:

“Era un muchacho ejemplar de veras. Cuando entró, yo estaba en el seminario desde hacía dos años; en seguida se ganó nuestra simpatía. Todos deseábamos estar con él.

“Sufrió mucho por el frío. En la llanura del río Po, al comenzar el invierno, bajan las espesas nieblas y un frío húmedo entra en las casas y penetra los huesos. Hoy las casas y los colegios tienen la calefacción central; pero entonces se descono-

cía por completo. Además, nuestro seminario era un antiguo caserón, con el techo altísimo, que nunca se calentaba aunque usábamos estufas de carbón y aserrín, colocadas en medio del salón de estudio. No digamos de los dormitorios, helados como la muerte. Cuando los seminaristas íbamos a la cama, encontrábamos las sábanas tiesas como cartón.

“Me maravillaba que Guido estuviese quieto en su mesa de estudio, sin moverse ni agitarse para entrar en calor como hacíamos nosotros.

—¿Tienes frío, Guido? —le preguntaba.

—Un poquito.

José Canetti, que más tarde será secretario del obispo Conforti, recuerda que una de las primeras reformas que el obispo hizo en el seminario, fue la de instalar la calefacción central.

Guido tuvo la suerte de encontrarse en seguida con un gran educador, Andrés Ferrari, que en aquel año de 1876 acababa de ser nombrado rector del seminario, a los 26 años. Se mostró padre para el pequeño Guido y empezó a cuidar con particular atención a aquel alumno, intuyendo en seguida el valor del regalo recibido. Una comprensión que con los años se cambiaría en admiración y amistad mutua.

Ferrari era el hombre de acero, templado de bondad y de magnanimidad. Conforti dará gracias a Dios por haberse encontrado en el camino con este hombre, que será su consejero y maestro durante toda la vida.

“Cuando en invierno —recuerda un seminarista de aquel tiempo— se habría la puerta del dormitorio y en el umbral aparecía el rector con la linterna en la mano, era una fiesta. Se sentaba en la banca común y empezaba la conversación sobre argumentos de escuela o piedad, manifestando una versatilidad extraordinaria en las más variadas materias”.

Todos recuerdan los paseos nocturnos de verano. Entonces el rector Ferrari se ponía los anteojos y en medio de los seminaristas razonaba de estrellas y planetas, mostrando su competencia en la astronomía, pasando con naturalidad del cielo sidéreo al cielo de las almas.

El rector daba al estudio no menos de siete-ocho horas diarias, a pesar de los muchos quehaceres de su cargo. Todos sus alumnos se preguntaban cuándo tomaría descanso, puesto que casi todas las noches, hacia las doce, entraba con paso ligero en los dormitorios para la inspección acostumbrada, y a las cinco y media de la mañana volvía a reaparecer para apresurar el levantarse de los flojos.

Antes de la entrada de Conforti, había muerto el joven seminarista José Guidetti, dejando detrás de sí el perfume de la santidad. El rector Ferrari hablando de Conforti decía: “Tenemos a otro muchacho santo”.

Conforti era muy aficionado al estudio. Todas las clases le gustaban: el latín, el italiano, la historia y la geografía. Conseguía siempre las mejo-

res calificaciones y lograba a fin de año los primeros premios; las palabras eran siempre las mismas: "óptimo", "cum laude distincta", primer premio.

Además de los libros de latín y literatura, Guido encontraba tiempo para leer libros de piedad: "La Práctica del amor a Jesucristo" de San Alfonso María de Liguori y "La Imitación de Cristo" de Kempis.

Guido seguía siendo el muchacho del colegio de La Salle. Ajcardi, custodio del pequeño Guido en sus primeros años de seminario, recuerda: "Conforti era entusiasta de los hechos que le contaba el hermano Crispín. Cuando estuvo conmigo en el seminario, especialmente en el primer año, se me acercaba en los momentos libres, diciéndome: "Ajcardi, cuéntame un cuento. Ajcardi, cuéntame algo de la Virgen".



San Francisco Xavier, apóstol de las Indias y el Japón; Patrono e Inspirador de los Misioneros Xaverianos.



El Nido de los Aguiluchos, construido por Mons. Conforti en 1900. Ahora es sede del estudiantado teológico xaveriano.

GUIDO DESCUBRE A XAVIER

Los años del seminario pasaban rápidos, entre estudios, piedad y alegría. Guido crecía poco en estatura, pero sí en ciencia y sabiduría.

El padre Bertapelle, religioso estigmatino, predicó un día un retiro sobre el seminarista ideal. El predicador, a modo de ejemplo, precisó que en medio de ellos había un seminarista que con su comportamiento edificante había impresionado a un hombre de mundo, hasta hacerlo volver a Dios. Y concluyó con estas palabras: "Dichoso aquel joven que antes de salir del seminario, ha podido ejercer tan fructuoso apostolado".

En el recreo, todos los seminaristas se comunicaron el mismo pensamiento: aquel joven sólo podía haber sido Guido Conforti.

"A pesar de su carácter fogoso —recuerda Ajcardi— no se enojaba de tantas bromas que le hacíamos. Un día dibujamos la mitra episcopal en las suelas de sus zapatos. Luego en el patio me encargué yo mismo de dar la vuelta preguntando por el dueño de los mismos. Guido los reconoció como suyos. Entonces los volteamos suelas arriba, exclamando: ¡Claro, tenían que ser tuyos; ahí está tu escudo!"

Durante el mes de mayo dedicado a la Virgen los seminaristas preparaban una plática y por turno la declamaban en público, como ejercicio de oratoria. Naturalmente alguno perdía el hilo del discurso, suscitando la mal disimulada hilaridad de los compañeros.

José Canetti recuerda una vez que le tocó a Conforti: "Empezó muy bien: de pronto se paró y tuvo que sacar la hoja para leer lo que se le había olvidado. Nadie le respondió con la sonrisa; antes bien, advertí el pesar en los rostros de mis compañeros. Nuestro afecto y estima lo apoyaban".

Los Jesuitas eran de casa en el seminario de Parma. El padre Labardini era director espiritual y el padre Massara iba a menudo a predicarles los ejercicios. Es natural que aconsejasen a los seminaristas biografías de Santos de la Compañía. Acababa de salir la de San Francisco Xavier, escrita por el padre José Massei, mientras el mismo padre Massara estaba escribiendo la del padre Criminali, protomártir de la Compañía de Jesús en la India, nacido en Sissa, a unos pocos kilómetros de Casalora.

Además, corrían de mano en mano las biografías de los mártires franceses Perboyre y Clet, y de los Nagasaki, entre ellas la del mexicano Felipe de Jesús. Como lecturas edificantes, los Anales de la Propagación de la Fe que llegaban de Lyon, Francia.

Sin embargo, de todos los libros el que dejó más huella en Guido y le definió el rumbo a seguir en su vida, fue la biografía de San Francisco Xavier. Guidó la leyó con la pasión juvenil de sus quince años.

“Francisco, de los nobles marqueses de Xavier, era un joven rico, ambicioso e inteligente. Era su patria, Navarra; poseía un castillo en Xavier y tenía abierta una canonjía en Pamplona. En París, en la más célebre universidad del tiempo, le ofrecían una cátedra de profesor. Y sin embargo, Francisco abandonó los caminos de Navarra, de España y de Francia, para recorrer, como misionero, los caminos de las lejanas Indias y del Japón”.

Guido, abismado en esa lectura, viajaba en compañía de su héroe por las lejanas Indias, sin siquiera advertir que pasaba a su lado el señor rector Ferrari. Le gustaba aquel su carácter navarro muy parecido al suyo, enérgico e impulsivo; admiraba su insaciable sed de ganar almas a Dios; lo veía valiente hasta la temeridad y humilde como un niño.

Y mira qué coincidencia: también en la vida de Xavier había tomado buena parte el Crucifijo. En la capilla privada del castillo de Xavier, se venera un antiquísimo crucifijo ante el cual pasó largas horas doña María de Azpilicueta, madre de Francisco. ¡Cuántas preguntas formularía a su madre el pequeño Xavier, mirando al dulce personaje de la cruz!

Al comenzar el año de preparatoria, 1880-81, vino a predicarles los ejercicios espirituales un padre jesuita. Guido, tomando ánimo, fue a hablarle:

—Padre, quiero ser jesuita como Francisco Xavier.

El padre predicador escuchó aquellas palabras tan decididas, pronunciadas por un muchacho tan pequeño (porque Guido seguía siendo muy pequeño) y lo animó a enviar la solicitud al padre Provincial. Guido lo hizo en seguida, subrayando su intención de ser destinado a las misiones de Oriente. El Provincial le hizo saber que lo aceptaría, pero sin condiciones.

Guido no se dio por vencido. Escribió una segunda carta; ésta para un hombre de Dios ya muy famoso en aquellos años por haber fundado la congregación salesiana. Don Bosco, el Santo de Turín, acababa de enviar sus primeros misioneros a la Patagonia.

En la solicitud de admisión, Conforti incluyó un estipendio para la celebración de una misa en el altar de María Auxiliadora.

Don Bosco estaba enfermo y respondió a la carta Don Leppert, prefecto de sacristía del santuario. Daba las gracias por la limosna de la misa, pero del asunto vocacional: nada.

De esta forma, las primeras tentativas, encaminadas a realizar su vocación misionera, fracasaron una tras otra.

TORMENTA

—Me llamo José Venturini. Fui compañero de clase y de seminario de Guido Conforti desde el segundo año de secundaria hasta la ordenación sacerdotal. El me honró con su amistad y fui uno de los pocos a quienes abrió su corazón y reveló sus proyectos. Conservo de él muchas cartas.

Otoño de 1881. Guido con 16 años, acaba de entrar en el primer año de filosofía. Empieza a estirarse y a adelgazar. Los estudios de filosofía le gustan y discute con nosotros en los tiempos libres, pero siempre sin enfadarse. Al final de año, obtendrá las máximas calificaciones 30/30, óptimo.

Importante novedad: ha sido nombrado “decano”, es decir, asistente de un grupo de secundaria. Tiene que cuidarlos en el salón de estudio, dirigir las oraciones en la capilla, animar los juegos en los recreos, vigilar en el comedor y en el dormitorio; empeño educativo y disciplinar que el decano Conforti tomó muy en serio.

No le gustaban los juegos sedentarios; prefería las largas caminatas del jueves. Tomábamos el camino de Corso Farini hasta las afueras de la ciudad, pasando al lado del campo de Marte

donde nos parábamos a ver el tiro de los soldados. ¿Quién iba a pensar que aquel mismo Campo de Marte llegaría a ser un día el Nido de los aguiluchos misioneros?

Conforti era un asiduo lector de los Anales de la Propagación de la Fe que llegaban de Lyon, Francia, donde había nacido la Obra en favor de las misiones. Durante los paseos, iba contando las anécdotas de los misioneros de Asia y de Africa. No era un misterio para nadie su pasión por las misiones. Lo veíamos a menudo en charla con el compañero Juan Porta, y hasta supimos que habían hecho el pacto de ir juntos a predicar el evangelio en China. Lástima que Juan Porta murió siendo aun seminarista. Conforti, cuando sea obispo, en las visitas pastorales a Trivignano, pueblo de Porta, no dejará nunca de ir a rezar un responso sobre la tumba del amigo.

Ya que sus primeras tentativas de ser misionero habían fracasado, Guido concibió la vaga idea de fundar él mismo una congregación para misioneros. Prueba de esto es que, cuando salíamos de paseo, camino de la aldea de Mariano, se unía al grupo del decano Conforti un muchachito, hijo de un campesino de Mariano, inteligente y piadoso. Nosotros nos preguntábamos:

—¿Querrá Conforti hacer de este muchacho el primer alumno de su instituto?

Una tormenta que pareció desbaratar hasta su vocación sacerdotal, vino a quebrar sus sueños

de misionero y fundador. Era la segunda "cari-
cia" del Crucifijo de la Paz.

Era una tarde muy fría del invierno de 1882. En el profundo silencio del salón de secundaria, se oyó el fuerte ruido de algo que cae pesadamente al suelo. Yo, que estaba en una celdita del piso de arriba, oí distintamente el ruido. Fuimos corriendo y entrando en la celdita de Guido, lo encontramos tendido en el suelo, desmayado. Lo acostamos mientras llegaba el rector Ferrari.

—Nada, nada —dijo el señor rector—. Un malestar pasajero causado por el frío intenso. Un poco de reposo en cama y le pasa en seguida. ¡Todos a estudiar!

La realidad, muy distinta y muy seria, duraría seis largos años. Los médicos estaban divididos en sus diagnósticos. Algunos declararon ser crisis nerviosas debidas al crecimiento; otros vieron los síntomas claros de epilepsia.

Los ataques lo cogían especialmente por la tarde y en invierno. De improviso caía desmayado y dormido, pero sin convulsiones aparatosas o posturas extravagantes. Lo más extraño era que, después del primer momento de desmayo, se levantaba y se ponía a caminar como sonámbulo. Se movía por la celda a ojos cerrados, sin tropezar en los muebles; respondía a quienes le preguntaban; discutía sensatamente; cogía libros de la estantería y los leía a ojos cerrados.

Una tarde, a ojos cerrados, fue a llevar la tarea a su profesor de teología. Estaba sin zapatos y

sin alzacuello, cosa extraña en él que era tan cumplido. Por estar yo cerca de su celda y por ser muy amigo suyo, el rector Ferrari me había encargado que lo cuidara en sus ataques. Precisamente en una de esas crisis me acuerdo que dijo:

—¡Ustedes verán cuando tenga tanto de barba con mis misioneros!

Otra vez, estando de vacaciones en la Villa de Carignano, un amigo suyo que conocía la simpatía de Guido por los jesuitas, quiso ponerlo a prueba, así que se puso a hablar mal de la Compañía de Jesús, y a alabar al marqués de Pombal que los había expulsado de Portugal. Guido, que sufría uno de sus ataques desde hacía una hora, reaccionó enseguida, sentóse en la cama y respondió:

—No es verdad; ¡es una calumnia! —y bajando de la cama, se dirigió a la estantería. A ojos cerrados sacó un librote de historia eclesiástica, y dijo:

—Oye, mira aquí, ¿qué dice la historia?

—Bueno, y ¿tú te fías de Salzaño? Es un cuentista.

—Mentira, es un hombre imparcial. Lee, lee aquí. Los hechos son hechos. La documentación es la que vale.

—Lee tú; yo soy miope —dijo fingiendo el amigo.

—¡Vaya! Nunca supe que fueras miope. Bueno, voy a leer yo.

Y empezó a leer expeditamente. Sus ojos estaban cerrados y la luz semiapagada. Luego cerró

el libro, lo colocó en su lugar y se acostó, concluyendo:

—Y ahora no me vengas con las mentiras y perfidias de los enemigos de la Compañía.

Lo curaba el doctor Faelli de Sala Baganza. Pero una vez el rector quiso que acompañara a Guido al Hospital Mayor para una consulta con el especialista profesor Silvestrini. Cuando salió, lo encontré un poco turbado e inquieto.

—¿Cómo te ha ido?

—Mal, esas preguntas no se hacen a un seminaristas. ¿En qué concepto tienen esos señores al seminario y a los seminaristas? No iré más.

Por la noche cayó en un largo delirio, durante el cual repetía: “Esas preguntas no se hacen a un seminarista. No iré más”.

La repetición de los ataques preocupó mucho al rector Andrés Ferrari y al nuevo obispo Miotti. De no haber sido por la conducta ejemplar, la inteligencia y los claros signos de vocación, Guido hubiera sido enviado a Casalora sin contemplaciones. Tuvieron paciencia y confianza admitiéndolo a la tonsura y a las órdenes menores.

En julio de 1887 Guido terminó sus estudios de teología. Mientras sus compañeros fueron ordenados sacerdotes, él tuvo que esperar que se solucionara el problema de su salud.

Para superar la tormenta, se sirvió de todos los medios que estaban a su alcance. Yo le decía:

—¿Por qué no consultas a la Madre Adorni? Es una santa.

La Madre Ana María Adorni era una óptima mujer que, habiendo perdido en joven edad a su esposo doctor Botti y a sus hijos, había dado inicio a una apretada actividad asistencial, primero entre los presos de la cárcel de San Francisco en Parma, luego fundando la congregación del Buen Pastor para madres solteras y muchachas en peligro.

La fama de santidad de la Madre Adorni era muy conocida en Parma y el clérigo Conforti, aunque tan reservado, resolvió recurrir a ella para conocer la voluntad de Dios. La Madre Adorni, con acento profético le dijo:

—Vaya usted al santuario de Fontanellato; allá lo espera la Virgen para darle la gracia. Se curará y llegará a ser obispo.

Fuimos, pues, los dos como peregrinos a Fontanellato; unos veinte kilómetros andando. Rezamos con fervor ante la milagrosa imagen de la Virgen del Rosario. Guido hizo el voto de celebrar una de sus primeras misas en aquel santuario, si la Virgen le obtenía la gracia de curarse.

Desde aquel momento los ataques, antes tan frecuentes, fueron disminuyendo poco a poco hasta desaparecer.

El obispo Miotti no esperó más y ordenó a Guido María Conforti sacerdote el 22 de septiembre de 1888.

Aquel día, el joven levita, anotó en el cuaderno de propósitos su programa:

“Tendré para Dios el corazón y la mente de un niño, para el prójimo el amor y el trato de una madre, para mí mismo el corazón y la mente de un juez”.



**La imagen de Nuestra Señora del Rosario de Fontanellato,
de la que era devotísimo el siervo de Dios.**

GUIDO ESTRENA SACERDOCIO

—Don Guido no fue a Casalora ni a Ravadese a celebrar su primera misa —sigue hablándonos su amigo Venturini—; y creo que fue por razones graves.

“Comenzaré mi carrera sacerdotal con el sacrificio —me había dicho cuando fuimos de peregrinación a Fontanellato—; mi hermano Ismael no está portándose bien en Casalora y yo no quiero avalar su conducta con mi presencia de cantamisa. Iré, pues, a estrenar mi sacerdocio a los pies de la Virgen de Fontanellato”.

Quiso que yo fuera uno de los pocos que lo acompañaran. Tuve el honor de estar cerca de él: el rector Ferrari a su derecha y yo a su izquierda. Estaban presentes su madre Doña Antonia, sus hermanas Mérope y Paulina y los alumnos del primer curso de secundaria, de los cuales él era profesor de religión y gramática.

Tengo que precisar que un sobrino del rector Ferrari celebraba su primera misa, el mismo día, en su pueblo natal de Lalatta; pero el tío prefirió estarse con su gran discípulo y amigo Conforti.

Nada de campanas al vuelo, nada de cortejos; solamente nos acompañó una suave música de ór-

gano. El rector Ferrari pronunció unas breves palabras de felicitación.

Aquel día, "el más hemoso de mi vida", como dijo Don Guido, marcaba el coronamiento de una vocación que en Conforti nunca había venido a menos un solo instante. El llamado al sacerdocio en la vida de Guido fue siempre de una claridad cristalina a lo largo de los doce años de su formación.

Después de la misa, él se quedó largo rato en acción de gracias, mientras nosotros salimos a tomar algo en el convento de los Dominicos que está frente al santuario. El rector Ferrari, a quien le hice notar que Don Guido se había quedado delante del altar de la Virgen, dijo: "Conforti está apegado al Señor. Déjenlo rezar".

Aquel mismo año de 1888 se celebraba el jubileo episcopal del Papa León XIII. En el seminario de Parma lo festejamos con discursos, cantos y poesías. Además, la diócesis quiso organizar una peregrinación a Roma para homenajear al Santo Padre.

Unos días antes de su ordenación, Guido me dijo:

—Oye, José; si no aprovechamos esta ocasión de ir a Roma, quién sabe cuándo tengamos otra.

—Con mucho gusto —le contesté—. Pero ya sabes cómo ando de plata.

—No te preocupes, pensará la Providencia.

Y así fue que me costeó el viaje a Roma y Pompei.

Al Papa consagrará su mente y su corazón. Su amor se traducirá en obediencia y en conformidad hasta los últimos deseos del Santo Padre. Recaudará anualmente el óbolo de San Pedro; organizará peregrinaciones colectivas a Roma para visitar al Papa; al leer los telegramas y comunicaciones del Papa, se descubrirá la cabeza, aun en privado; instituirá la fiesta obligatoria anual del Papa (el 30 de junio) y asistirá siempre que esté en la ciudad, a la academia preparada por los seminaristas. Su lema: "Con el Papa, siempre y en todo".

Los peregrinos de Parma que fueron a Roma en el Año Santo 1925, recuerdan que el obispo Conforti les hizo poner la mano sobre el altar de la cátedra de San Pedro, y pronunciar todos juntos el juramento de fidelidad al Papa y a la Iglesia, "hasta la sangre y la vida".

Volvimos a Parma, entusiasmados. El estaba destinado al seminario. Yo desde el año anterior había sido asignado a Petrignáccola. Después de unos meses, recibí una carta en la que se decía dispuesto a poner mano en su audaz proyecto. Terminaba diciéndome: "Ruega al Señor por mí, para que me confirme en mis propósitos, y tendrás el mérito de haber cooperado en el mejor de los modos con esta santa obra".

Don Guido cogió otra vez la pluma y escribió en su cuaderno de propósitos:

"Yo no puedo vivir sólo para mí mismo. Con el pretexto de vivir para Dios, no tengo derecho de

abstenerme de vivir para mis hermanos, porque la señal por la que Dios reconoce a quien vive para El es la caridad, es decir, la vida dedicada a los demás. Yo, como sacerdote, no adelantaré un paso en el camino que lleva al último fin mientras viva sólo para mí".



Conforti en el año de su ordenación sacerdotal, 1888.

1888-1892. De izquierda a derecha: Mons. Grassi, director espiritual; Don Andrés Ferrari, rector; Don Guido Conforti, vicerector.



FORMADOR EN EL SEMINARIO

¿Qué hará ahora don Guido que acaba de estrenar sacerdocio? No hay que dos caminos: vicario en alguna de las muchas parroquias de la diócesis de Parma o profesor en el seminario. El acariciaba en su corazón una tercera vía, la de las misiones, pero por el momento el obispo Miotti no quiso saber nada y lo destinó a la formación de los seminaristas como vicerector. Una experiencia preciosa y providencial por su futuro de Fundador y Obispo.

“Guardo de Conforti —depone en el proceso de beatificación Mons. Guareschi —un recuerdo edificante e imborrable, como vicerector y profesor, como padre y educador”.

A pesar de la parte odiosa que le tocaba al vicerector, teniendo que cuidar la disciplina, el horario, la puntualidad, la urbanidad, Don Guido fue muy amado por sus seminaristas.

La jornada del vicerector era muy dura. Desde el toque de campana de la mañana hasta las oraciones de la noche, todo caía sobre las espaldas del vicerector: visita de familiares a los hijos, quejas de profesores a los alumnos, asistencia en el comedor y en los patios, organización de los días libres; paseos, misa pontifical en la catedral con

la asistencia de los seminaristas, semana santa, vacaciones de verano; programación de los estudios, exámenes. Era como para marearse.

Además, el rector Andrés Ferrari, un poco por la mucha confianza que tenía en su vicerector y mucho porque andaba muy ocupado como prior del Colegio Teológico Santo Tomás, dejaba a su amigo Conforti casi toda la responsabilidad del seminario.

Don Guido no era un estudioso de la pedagogía, más bien un hombre de equilibrio y de acción. Sus líneas educativas eran las mismas de la tradición católica tridentina, con las sanas novedades de su tiempo.

El 31 de enero de aquel mismo año de 1888, acababa de morir en Turín Don Bosco, apóstol de la juventud, creador de los "Oratorios Festivos" y fundador de los Salesianos. Conforti era un gran admirador del Santo de Turín; en cierto momento de su adolescencia, como vimos, había hasta intentado y pedido ingresar a su congregación de misioneros que acababan de llegar a la Patagonia y Mato Grosso.

Don Bosco se había impuesto, en el campo de la pedagogía, por la novedad de su "Método Preventivo". "Este sistema —escribía el mismo Don Bosco— excluye cualquier castigo violento e intenta tener lejos los castigos ligeros. El director y los asistentes son padres amorosos. El alumno no es humillado sino corregido con amor. La prác-

tica de este sistema se funda en las palabras de San Pablo: El amor es paciente y servicial; todo lo espera, todo lo soporta”.

Don Guido, ahora que le ha tocado ser formador en el seminario, se esfuerza por imitar a Don Bosco. El aprecia y ama la labor formativa de los muchachos porque sabe que de ellos saldrán los ministros que la diócesis necesita. “*Spes messis in sémíne* —solía repetir—; la buena cosecha del mañana depende de la siembra de hoy”. “Si se seca la fuente —otra imagen suya—, el árbolito muere. Si es meritorio y bonito trabajar en las parroquias, no menos meritorio es preparar curas para las mismas”.

Hay una objeción: “Muchos seminaristas se saldrán antes de llegar al sacerdocio”. Conforti responde: “No se trabaja nunca en balde, cuando se trabaja por la juventud”.

El secreto del éxito en la formación de los muchachos residía en su gran capacidad para amarlos. “Hacerse amar más que temer”, era el punto básico del método de Don Bosco. Don Guido amaba a los suyos con fortaleza y con ternura, hasta el punto de ser llamado “el ídolo de los seminaristas” y “nuestro santo vicerector”, como recuerda su alumno Ricardo Varesi.

Otro alumno, José Pezziga, estaba un día en la sala de espera con su padre; señalando con el dedo al vicerector que pasaba, dijo:

—Papá, aquél es un santo.

Demostraba este amor, ante todo, con su continua presencia en medio de los seminaristas. "Hacía vida común con nosotros —recuerda Don Zilio—, rezaba con nosotros, estudiaba con nosotros. Estaba en todas partes, pero sin dar la impresión de estar espiando: hubiera sido un acto de desconfianza, lo que estaba muy lejos de su mentalidad".

Una de sus normas pedagógicas era: ver todo, disimular mucho y corregir poco.

El llamamiento y la corrección no humillaban al culpable. "Cuando nos hacía alguna observación, usaba tanta dulzura que era preciso rendirse, aun en los casos en que nuestro amor propio se sentía herido".

Era exigente con los alumnos, porque era alta la meta a la cual aspiraban. "Cuando íbamos a su estudio —recuerda Mario Ghezzi— para hacernos corregir las cartas que enviábamos a la familia, nos hablaba de la vida del seminario, nos exhortaba a hacer bien, añadiendo: De lo contrario ¡está la puerta!".

Creaba ambiente educativo por medio de las prácticas de piedad, para las cuales exigía compostura, recogimiento y fervor. La piedad siempre por delante. En el comedor hacía leer vidas de santos (San Francisco Xavier), de mártires (Clet, Perboyre) y los Anales de la Propagación de la Fe.

En aquel tiempo, empezó a madurar el doble concepto de amor y respeto que se traducirá en su clásica sentencia:

“Aménse como hermanos y respétense como príncipes”.

El seminario debía ser una familia de hermanos y una corte de príncipes. Familia y colmena.

Una última palabra de un muchacho de aquel tiempo, Ricardo Varesi: “Recuerdo las observaciones que nos hacía sobre el reglamento: —Son pequeñas cosas nos decía, pero el reglamento las hace grandes—. Buscaba en todo la gloria del Señor y a nosotros, escolares de secundaria, nos enseñaba a poner en cabeza de nuestras hojas la sigla ignaciana A.M.D.G. (a la mayor gloria de Dios). Nos decía también: —Trabajemos los unos por los otros. Considerémonos una colmena que llega hasta el sacrificio del enjambre de emigración. Fíjense en la abeja que saca lo dulce de las flores y deja lo amargo. Hagan ustedes lo mismo: en sus compañeros vean lo bueno y dejen de ver lo malo”.



**Estatua del Redentor que desde la cumbre del nido de los
aguiluchos envía a los misioneros a todo el mundo.**

PROFESOR DE LITERATURA

“Burro será él —exclamó el profesor Conforti, encendido su rostro y dando un puñetazo sobre la cátedra—. Burro es él, que no conoce la grandeza humana y cristiana de la paciencia, tan necesaria todos los días”.

Estaba hablando —recuerda el discípulo Ferruccio Botti —del poeta Víctor Alfieri, el cual pretendía afirmar que la paciencia es la virtud de los burros.

Además del cargo de vicerector, Don Guido en el seminario daba clase de latín en secundaria, y de religión y literatura italiana en la preparatoria.

Un alumno suyo de aquel tiempo, Don Mario Ghezzi recordaba: “Su método era muy personal. Empleaba tanta diligencia y habilidad que todos quedábamos contentos. Seguíamos sus clases con avidez. Todavía hoy recuerdo algunas de aquellas lecciones”.

Enrique Triani, otro discípulo, recuerda cómo el profesor Conforti, los sábados, le quitaba una media hora a la última lección que empezaba a las doce, para hacerlos rezar las Letanías de la Virgen, y después los dejaba libres. Era una for-

ma para aligerar la última hora de clase de la semana.

Amaba y hacía amar y gustar los dos grandes clásicos: Dante y Manzoni. Un alumno de aquel tiempo nos asegura que "Conforti recomendaba el estudio de la Divina Comedia, subrayando el espíritu dantesco profundamente católico. En la edad madura, ya obispo, le fluirán espontáneamente de los labios versos de la Divina Comedia.

Conforti, hijo de su tiempo, tenía un alma románticista. Por eso le gustaba el escritor católico Alejandro Manzoni, la figura más exponente, en prosa, del romanticismo italiano, y aprendió de memoria varias poesías de Giacomo Leopardi, la figura cumbre de la poesía italiana del ochocientos.

Sin embargo el profesor Conforti en todo momento supo rebasar el romanticismo melancólico y pesimista leopardiano. "En la clausura del año académico de la FUCI (Federación Universitarios Católicos Italianos) —refiere un testigo de aquel tiempo —tomando la palabra el obispo Conforti, habló en tono elevadísimo sobre el poeta Leopardi, en torno a su reconciliación con la fe antes de morir; y concluyó diciendo: "No era posible que un ingenio tan profundo y vasto que había tocado casi el infinito (se refería a la poesía "El Infinito"). no se hubiese al fin reconciliado con Dios Infinito".

Pero sobre todo el padre Guido cultivaba los estudios teológicos, siendo su autor preferido Santo Tomás de Aquino.

El 13 de febrero de 1878 había muerto Pío IX, el Papa de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción (1854) y de la infalibilidad Pontificia (1870), además figura preeminente en la historia del resurgimiento italiano. El 20 de marzo le había sucedido León XIII, uno de los Pontífices más brillantes de los tiempos modernos, entusiasta impulsor del renacimiento intelectual católico en el mundo al dar apoyo a los estudios filosóficos y teológicos.

A raíz de la encíclica de León XIII sobre la "Filosofía Perenne" y la Teología de Santo Tomás de Aquino, en Parma se fundó la Academia de Santo Tomás, en cuyas sesiones comenzó a participar Conforti aún estudiante de filosofía. Ahora lo encontramos en la misma Academia como profesor y disertante, tratando el tema "La libertad humana según la encíclica de León XIII". Más tarde será nombrado Consejero de la misma Academia.

Si la Academia de Santo Tomás tenía como fin la divulgación de la cultura religiosa entre sacerdotes y seglares católicos, existía además en Parma el Almo Colegio Teológico Parmense que impartía cursos de teología a nivel universitario otorgando títulos doctorales. El futuro Pío X, Papa Sarto, había sacado en el Almo Colegio Teológico de Parma su doctorado en teología.

El mismo Conforti fue miembro de dicho Colegio y, después que el rector Ferrari se marchó de Parma para ser obispo de Guastalla, fue nombrado prior, es decir, rector magnífico del mismo Colegio Teológico Parmense.

El rector Ferrari, que a su gran inteligencia unía un sentido práctico de la vida, quería que los profesores y superiores del seminario no perdieran el contacto pastoral con las almas; los sábados por la tarde y los domingos los enviaba a confesar y explicar el evangelio en las parroquias cercanas a la ciudad.

También el vicerector y profesor Don Guido salió para esos ministerios. Lo hacía con entusiasmo y fervor y, a la vuelta, se entretenía con sus muchachos contándoles sus experiencias pastorales. En Antognano la gente guarda todavía buenos recuerdos del joven Conforti, alto, bien parecido muy noble y amable con todos; predicaba muy bien y pronosticaron que llegaría a ser obispo.

No todo fueron rosas en aquellos cuatro años (1888-92) de duro trabajo en el seminario. En el invierno de 1890 estalló en la ciudad una tremenda gripe. Más de 20,000 personas fueron afectadas y en el seminario alcanzó a un joven. Prueba muy dolorosa para el vicerector. El seminario se cerró y los muchachos se fueron con sus familias.

Llegó la primavera y se abrieron otra vez las puertas. Nueva espina para el corazón de Conforti: el rector Ferrari fue nombrado obispo de

Guastalla y el seminario se vistió de fiesta; una fiesta con lágrimas en los corazones.

“Cuando superiores y alumnos —escribe Don Guido al amigo Don Venturini— fuimos a presentar al nuevo elegido nuestras felicitaciones, todos prorrumpimos en lágrimas. Pero si todos tenían razones para dolerse de esta pérdida incomparable para el seminario y la diócesis de Parma, te confieso que yo estoy apenadísimo, pues pierdo con él la persona más querida que haya tenido en el mundo, después de mis padres”.

Estas palabras en la pluma del equilibrado y reservado Conforti nos revelan aquella profunda y santa amistad que unió a los dos siervos de Dios; amistad comparable a la de los antiguos obispos Gregorio y Basilio, de los cuales dice la historia “Era como si los dos tuvieran un alma en común. Eran, el uno para el otro, la norma y regla para discernir el bien y el mal”.

Para Conforti, el rector Ferrari más que un guía y maestro, había sido un padre. Lo asistió y lo animó en los largos años de la enfermedad; lo nombró decano y luego vicerector; lo acompañó como padrino en la misa; y al irse a su obispado, pedía que Conforti le sucediera como rector en el seminario. En su amigo Conforti admiraba la humildad, la fidelidad, la amabilidad.

Por su parte Conforti admiraba en Ferrari la impresionante estatura moral, la profundidad psicológica, la madurez y la prudencia. Seguirá siendo su consejero y modelo. Las mutuas visitas, Parma-

Milán, Milán-Parma, no serán sólo por asuntos pastorales, sino también y sobre todo por coloquios espirituales orientados a obtener dirección y luz en el camino de la santidad.

La salida del obispo Ferrari significó más trabajo para el vicerector Conforti. Fue nombrado pro-rector. Su salud experimentó una grave caída. Por consejo del médico, tuvo que alejarse por algún tiempo del seminario. En carta al amigo Venturini, Conforti expresa una ligera queja porque, mientras los demás superiores y profesores se tomaban sus bonitas vacaciones, él tenía que estar en el seminario. Y concluía con frase paulina: "¿Qué quieres? También a mí me sería lícito (hacer como los demás); pero no lo encuentro conveniente".

Después de todo, sucedió lo que se preveía: a la mitad del año siguiente, 1892, el obispo Miotti tuvo que exonerarlo de sus cargos en el seminario.

EL AUDAZ PROYECTO

En vísperas de salir para obispo de Guastalla, como vimos, el rector del seminario Andrés Ferrari había propuesto como sucesor en el rectorado a su amigo Conforti.

Don Guido se sintió en el deber de declinar el cargo por varios motivos; y no fue el último su salud. Pero el más fuerte era su deseo de dedicarse por entero a las misiones.

Había visitado en Milán el seminario de Misiones Extranjeras, quedando impresionado al leer en una lápida de la entrada los nombres de los misioneros caídos en Birmania.

—¿No podríamos también nosotros —confió a su compañero— fundar en Parma un seminario de misiones para la región de Emilia-Romagna?

Este sueño de su juventud nunca se había apagado; salía a flote en cualquier ocasión. Era tiempo de ir con su obispo Miotti y presentarle claramente su proyecto.

“Contra toda mi previsión —escribirá más tarde Conforti— el obispo se mostró dispuesto a favorecer mis deseos, aunque no tan pronto como yo quería”.

La parroquia de Beduzzo estaba vacante; Don Guido pidió al obispo ser asignado como párroco

en aquel lugar pacífico, en las faldas de los Apeninos, con casa parroquial suficiente para albergar un pequeño seminario para alumnos misioneros.

—La parroquia de Beduzzo —contestó categóricamente el obispo Miotti— está en la montaña, y no es bueno para usted. Pronto va a quedar libre la de Collecchio; prepárese usted a concursar.

Conforti pensó que realmente Collecchio era un sitio mejor que Beduzzo: posición panorámica estupenda, zona más rica y poblada, a sólo ocho kilómetros de Parma, con casa parroquial más amplia: una ganga; ¡bendito sea Dios!

Mientras se preparaba a los exámenes de concurso para Collecchio, el obispo lo mandó llamar.

—¿Sabe usted por qué lo he llamado?

—No, Excelencia; no sabría adivinar.

—Bueno, teniendo en cuenta los servicios que usted ha prestado al seminario, hemos pensado, a pesar de su juventud, ofrecerle el cargo de canónigo.

—Pero, Excelencia, permítame recordarle la promesa que me hizo. Ya estoy listo para Collecchio.

—Nada, nada. Usted estará mejor aquí en la ciudad. O canónigo o nada. Le doy tres días para pensarlo.

—Siendo así, ya estoy decidido: haré la voluntad de vuestra Excelencia.

—No, no. Piénselo usted y dentro de tres días vuelva a verme.

Viendo al pobre Conforti como desolado y defraudado, el obispo lo despidió cariñosamente:

—¡Animo! Lo que usted piensa hacer, lo hará igualmente y aún mejor, aquí, como canónigo.

A los tres días, Conforti fue a recoger el papel de nombramiento que empezaba muy solemne: "Las virtudes de mente y de corazón que lo distinguen, los loables servicios prestados al seminario, nos han inducido a nombrarle canónigo de la catedral. Tenemos la confianza de que este acto de particular benevolencia de parte nuestra, valga para inspirarle el santo deseo de proveer, con alguna institución, al bien de niños abandonados, para mayor gloria de Dios y beneficio de la iglesia parmense".

Don Guido se quedó sorprendido y confuso con el decreto del nombramiento en la mano. Dios lo llamaba por un camino, el de las misiones, y sus superiores, los vicarios del Señor, querían llevarlo por otro. Él pensaba en un instituto misionero y su obispo hablaba de una institución de niños abandonados. ¿O era una amable invitación a dejar, por irrealizables, sus sueños misioneros, y dedicarse a un proyecto más realista y concreto, más al alcance de la mano, más útil a la diócesis? Se sabía que Conforti era de familia rica. ¿Se le insinuaba, la idea de encauzar la herencia paterna en bien de la iglesia local?

¿Cómo reaccionó Conforti? Con fe y con paciencia. Acostumbrado a ver en todo la mano de la Providencia, pensó que el Señor quería que los

comienzos de su instituto fueran en la misma ciudad, cerca del seminario diocesano, para aprovechar las escuelas del mismo. Dios, que le había cerrado una puerta, le abría una más grande.

El 9 de marzo de 1893 murió el obispo Miotti y nadie habló más del proyecto de orfanato. El canónigo Conforti fue nombrado director diocesano de la obra de la Propagación de la Fe; de parte de los superiores fue un reconocimiento oficial de sus aptitudes misionales; lo vio él como una clara e insistente vocación a fundar. Esta perspectiva no lo halagaba, antes lo hacía temblar; intentó rechazarla, pero no pudo dar la espalda a su Crucifijo de la Paz.

“Desde mi juventud —confiará un día a sus novicios misioneros —siempre he soñado con predicar el evangelio en tierras paganas, hasta el martirio, pero el Señor me dio otra cruz”.

Era la cruz de ser fundador de misioneros, en lugar de ser batidor libre o “peregrino” del evangelio” como llamaban los de la edad media, a los misioneros.

Para estar más seguro de la voluntad de Dios, escribió una carta al cardenal Ledochowski, prefecto de Propaganda Fide en Roma, para exponerle su audaz proyecto.

“Fin dagli anni miei piú verdi”.

Así empieza, poéticamente, la célebre carta que constituye el acta de nacimiento del Instituto Xaveriano fundado por Mons. Guido Maria Conforti.

“Desde los años míos más verdes, he sentido siempre fortísima la pasión de dedicarme a las misiones extranjeras. No habiendo podido secundar esta santa inclinación en tiempo debido, por razones enteramente independientes de mí, he pensado desde hace años fundar yo mismo un seminario destinado a esta nobilísima causa.

“Este propósito nunca disminuyó en mí, ni al paso del tiempo ni al cambiar las circunstancias; por lo contrario, se hizo siempre más fuerte, y lo juzgo, con el consejo de piadosas e iluminadas personas, inspirado por Dios”.

Después de haber trazado las líneas fundamentales del proyecto, concluía:

“Me atrevo a esperar de vuestra Eminencia una palabra de aliento para ponerme en seguida a la obra. Me sacrificaré enteramente junto con todos mis bienes para alcanzar esta santa empresa.

Consciente de mi nada, no me acobardaré ante las contradicciones y dificultades, sino confiaré en el Corazón divino y en la protección de San Francisco Xavier, apóstol de las Indias”.

Esta carta está fechada el 9 de marzo de 1894. A poco más de un mes, el 24 de abril, llegaron los plácemes de Roma.

PRIMEROS PASOS

Con la autorización del cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, Conforti, puso mano al arado para nunca volverse más atrás. Su padre Don Rinaldo muerto el 8 de marzo de 1895, le había dejado una pingue herencia.

Con esta providencia de Dios, compró un edificio en Borgo León D'Oro No. 12, a un centenar de metros del seminario mayor. Lo restauró y acomodó para pequeño seminario: tres dormitorios capaces para treinta camas, unas habitaciones para los superiores, un comedor único para todos, una capilla y un pequeño recibidor.

El 3 de diciembre de 1895, fiesta de San Francisco Xavier, fue inaugurado el nuevo Instituto. Lo bendijo el obispo de la diócesis Mons. Francisco Magani, estando presentes muchos sacerdotes y amigos de Conforti.

Los primeros muchachos, 17 en total, provenían de las diversas parroquias y del mismo seminario. Los más cursaban el primer año de secundaria: pero había también algunos de preparatoria, uno de teología y un sacerdote, Don Cayo Rastelli.

Don Cayo acababa de ser ordenado sacerdote y era el hombre providencial que necesitaba el

fundador para su pequeño rebaño de Borgo León D'Oro. Lo nombró en seguida vicerector del seminario misionero.

Al principio, algunos sacerdotes y seglares empezaron a llamar a aquellos muchachos "Confortini"; pero este nombre no fue nunca animado por el fundador Conforti, porque, de haberlo querido, no era difícil que arraigara. Ni se preocupaba del nombre el canónigo Conforti. Solamente después de su muerte, los misioneros de Parma empezaron a llamarse Xaverianos, del nombre de su Patrono, San Francisco Xavier.

Mientras se dedicaba a su oficio de canónigo de la catedral y al más empeñativo de Vicario General de la Diócesis, Conforti cuidaba a sus alumnos de Borgo León D'Oro. Su intención era prepararse unos buenos colaboradores, clérigos y sacerdotes, que llevasen adelante su instituto, formando buenas vocaciones misioneras.

"Por la mañana temprano entraba en la capilla —recuerda Americo Guareschi— para predicarnos la meditación. Manifestaba un fervor y una piedad angelical. En aquellas meditaciones manifestábase plasmador de caracteres y conciencias misioneros. Luego, volvía por la tarde, acabadas sus ocupaciones en la vicaría, y se entretenía amablemente con nosotros, preguntaba cómo habían ido las clases en el seminario, qué habíamos comido. Quería que sus muchachos sacaran las mejores calificaciones y se llevaran los primeros premios en el seminario".

Juan del Monte, otro de los 17, recuerda aquellos primeros pasos:

Cuando entró don Cayo Rastelli, nosotros ya éramos los dueños de la casa de Borgo León D'Oro desde hacía un mes. El acababa de cumplir catorce meses de servicio militar y era cura; dos motivos que nos lo hacían importante y lejano. Era un hombre alto y fuerte, con la voz resonante y decidida y el paso enérgico del soldado. Pronto se nos hizo amigo.

Compartía su vida con nosotros, comía lo que nosotros comíamos y dormía en una habitación sencilla, cerca de nuestro dormitorio. Recuerdo que en nuestro dormitorio de pequeños, se había difundido un extraño sentido de miedo, que turbaba nuestros sueños. Don Cayo puso su mesita de estudio en medio del dormitorio, con una lamparita velada y unos libros, y se quedó allí, como una madre que vela el sueño de sus hijos, dándonos un sentido de seguridad.

Supimos por Don Cayo que en aquellos días nuestro fundador había pasado un examen en Roma y que ahora era doctor en sagrada teología.

Un día, durante el recreo, Don Cayo bajó con un retrato; teniéndolo aún tapado, nos dijo:

—Muchachos, ahora les voy a mostrar el retrato de un santo.

Todos nos apiñamos a su alrededor, curiosos de ver de quién se trataba. Era la última foto de Mons. Conforti.

Pasaron de prisa los primeros dos años. En 1897 llegamos a ser 36 aspirantes. Del colegio salesiano vino Luis Calza. Tenía dieciocho años y había terminado la Preparatoria. Su historia merece ser mencionada.

Luis, durante las vacaciones de verano de 1897, dijo un día a su padre:

—¿Sabes, papá, que en Parma el canónigo Conforti ha fundado un instituto misionero? Allí se paga mucho menos que en el seminario y he pensado reducir tus preocupaciones respecto a mis estudios.

—No me vengas con historias —le contestó el padre. ¡O es quizá, que alguna vez, te he hecho quedar mal en el colegio de los salesianos cuando se trataba de pagar tu mensualidad? La única manera de quitar mis preocupaciones es que no me amargues la vida con tus caprichos. ¡Entendido?

—¡Déjalo probar! —decía el cura a Don José, papá de Luis. Quedan tantos años por delante. . . Caprichosos como Luis hay tantos. . . ¡Déjalo probar!

Y el señor Calza permitió que su hijo Luis partiera para el Instituto del canónigo Conforti. Lo visitaba de vez en cuando, esperando siempre que se esfumasen los caprichos y volviese el hijo al hogar. Razones, súplicas, amenazas: todo fue inútil.

Pero llegó el día en que Don José pensó hacer valer sus derechos y se produjo el tremendo choque.

Se hallaba en la sala de visita de Borgo León D'Oro, y en el curso de la conversación, ya algo agitada, Luis dijo claramente a su padre:

—Cada día voy convenciéndome de que el Señor me quiere misionero y la única pena, la más grande que siento, es que un día tendré que dejarte, papá.

El padre, ciego de cólera y fuera de sí, repuso con indignación:

—Antes que verte partir para las misiones, prefiero que te saquen muerto de esta habitación.

A esta insensata expresión de Don José, Luis no pudo contestar, ya que había caído al suelo, sin sentido.

Cuando Luis recobró el conocimiento su padre ya estaba arrepentido, y, besando aquella frente aún lívida, le prometió dejarle seguir la voluntad de Dios.

Regresó a Roccaprebalza, desconcertado. Ni comió ni habló con nadie. Dio unas vueltas por la casa y luego fue a hablar con el señor Cura. De allí salió una carta dirigida a los superiores del Instituto Xaveriano, que decía:

“Muy reverendo señor: recién llegado a Roccaprebalza, algo ya reposada la mente, he meditado lo que podía haber dicho en el instituto respecto a las decisiones de mi hijo. Aunque ciertamente no lo recuerdo todo, queda en mi memoria haber dicho algo contrario a la moral cristiana y pido perdón a cuantos haya ofendido. Pongo las cosas en manos de Dios y lo mismo deseo que haga mi hijo Luis. Devotísimo siervo, José Calza”.

El año siguiente, 1898, entró otro montañés de los Apeninos, Juan Bonardi, proveniente del seminario menor de Berceto. Para Juan la lucha en favor de su vocación se trabó con el abuelo Don Pedro. Fue al Instituto de Borgo León D'Oro para llevarse a casa al nieto. Bonardi corrió a pedir ayuda al Padre Cayo, el vicerector, pero el abuelo invocando la patria potestad, se llevó a casa al muchacho.

“Durante el viaje —escribe en sus memorias el padre Juan— no dije ni una palabra a mi madre y a mi abuelo. En mi mente iba estudiando y organizando la batalla en defensa de mi vocación: silencio y huelga de hambre; sólo tomaría pan y agua.

“El encuentro con mi padre fue sin palabras. No participaba en la comida común. Así durante dos meses. Mi padre se quejaba y lloraba. También yo sufría, pero la defensa de mi vocación me pedía ésto y aún más.

“Hacia finales de noviembre, una noche, cerca de las dos, mi padre entró en mi habitación y me dijo: ¿Quieres irte de veras? El diálogo fue largo, pero vino la victoria y pude volver al Instituto.

“Cuando llegué por la mañana temprano, fue una sorpresa para todos mis compañeros, porque nadie pensaba que iba a ganar la resistencia de los míos. Fui nombrado por el Fundador asistente de las primeras tres clases de gimnasio, Luis Calza de la cuarta y quinta”.

El primer grupito de los 17 alumnos de 1895 había desilusionado un poco al fundador: eran

buenos seminaristas, la mayoría de los cuales llegarán a ser buenos sacerdotes en la diócesis, pero no misioneros como él pretendía.

De todas formas aquellos años le dejaron un buen fruto: 1895 Padre Cayo Rastelli, 1896 Vicente Dagnino, 1897 Luis Calza, 1898 Juan Bonardi, 1899 Antonio Sartori. Cinco, uno cada año, pero columnas. Con estos muchachos el canónigo Conforti tuvo por fin la seguridad de haber echado unas raíces seguras para su instituto.

Al obispo Andrés Miotti, muerto en 1893, le sucedió Mons. Francisco Magani. El nuevo obispo apadrinó al Instituto misionero de Borgo del León D'Oro, al mismo tiempo que nombró a Conforti como su vicario general.

Esta distinción era mucho más que un cargo honorífico: el vicario general de una diócesis es la primera autoridad diocesana después del obispo, del cual viene a ser el principal colaborador y el intérprete más calificado.

Algunos de los curas ancianos, por motivo de los 28 años de Conforti, comentó: "Es un muchacho". Sin embargo era necesario un "muchacho" cerca del impetuoso obispo Magani el cual, presentándolo a sus amigos de Pavia, dijo una vez: "Este es mi David".

"He sido afortunado en la elección de mi vicario general —confesará en otra ocasión el fogoso obispo—. Yo soy un hombre fuerte, y esto cae bien en el que es padre de la diócesis; pero es necesario también una madre: Mons. Conforti es la madre de mi clero".

Se le escapaban, además otros apodos al obispo Magani, apodos muy honrosos desde luego, como cuando llamaba a Conforti "Niño del pese-

bre" por motivo de su amabilidad y candor, o "Virgencita de las Gracias", porque todo lo concedía el vicario general.

Cortésmente, Conforti sabía decir también que no. Magani rechazó un día en forma enérgica unas palabras de recomendación en favor de una casa comercial, y encargó al Vicario que lo hiciera por escrito. Mons. Conforti lo hizo con estas expresiones: "El señor obispo, aunque aplaude la nobleza de la causa de esta empresa, no quiere modificar la práctica constantemente seguida de no poner su firma, si no es para cosas estrictamente eclesiásticas".

Por eso los curas preferían confiarse al vicario general más bien que enfrentarse con el obispo. Decían: "Mejor un "no" de Mons. Conforti que un "sí" del obispo Magani". Las tremendas explosiones del obispo Magani —recuerda un cura— nos dejaban indiferentes; pero nos impresionaban las amables y sosegadas palabras de su vicario".

Esa preferencia de los curas por el vicario general, no era un secreto ni un motivo de recelo para Magani, aunque a veces, bromeando acerca de la cola de curas que esperaban delante del despacho del vicario, dijo un día a Conforti:

—¿Qué está haciendo usted abajo en la vicaría? ¿Qué está vendiendo allá dentro? ¿Azúcar, nada más que azúcar?

Mons. Conforti se limitó a sonreír. Pero el que fue testigo de la escena, Mons. Ajcardi, pensó en sus adentros:

—Y usted, Excelencia, ¿Qué está vendiendo allá arriba? ¿Pimienta, nada más que pimienta?

Pero, por respeto (¿o temor?) no se lo dijo.

El dulce David sí se atrevió una vez a hacer notar a su terrible Saúl que se cazan más moscas con una gota de miel que con un odre de vinagre. A lo que contestó el arisco Magani:

—¡No sé qué hacer con sus moscas!

Aunque Mons. Conforti no podía aprobar el sistema de gobierno de su superior, “opuesto a sus ideas y sentimientos”, como dirá escribiendo al Papa Pío X, siempre fue respetuoso y obediente con su obispo; jamás permitió que se hablara mal de él en su presencia. Lo cual no le impedía hablarle con caridad y claridad.

Por aquellos días hizo una visita a Parma y a su seminario Andrés Ferrari, recién nombrado arzobispo y cardenal de Milán. En una reunión con los seminaristas y profesores (ausente Mons. Conforti por estar enfermo), el cardenal dijo de su amigo:

—¿Ven ustedes a Mons. Conforti? Es dulce, ¿verdad? Sí, es muy dulce. Ustedes lo apodan “El Vicario de las Gracias”, y el señor obispo Magani suele llamarlo “Virgencita de las Gracias”. Pero, ustedes, no conocen su fortaleza. Cuando ha tomado una decisión, es como un clavo: nadie se la quita. Tiene un puño de hierro enguantado en terciopelo”.

Algunos sacerdotes y seculares amigos que habían tenido con él una mayor familiaridad, pen-

saban seguir teniendo ante él un cierto ascendiente. Pero tuvieron que desengañarse pronto; Mons. Conforti asumió respecto de ellos una postura independiente y, cuando se daba el caso, autoritaria. Era prudencia y era libertad.

Cuando Mons. Conforti era vicario general, el clero de la diócesis de Parma se hallaba dividido en dos bandos por una cuestión económica que no vale el caso referir aquí. El vicario intentó reducir la excitación de las pasiones y llevarlos a la reconciliación. Su intento no tuvo éxito. La mutua desconfianza desembocó en luchas y polémicas en los periódicos y, por fin, en un clamoroso proceso.

“Se vieron así —escribe un abogado presente en el aula— curas contra curas en los tribunales, con indecible solaz de los anticlericales que henchían la sala para cebarse con los más sabrosos chismes clericales. En uno de los momentos más críticos del proceso, apareció ante los jueces, llamado por una de las partes, Mons. Guido María Conforti. Cuando, entre el unánime silencio y respeto, profirió sus primeras palabras, todo en aquella sala cambió como por encanto. Los querellantes de sotana en aquel momento sintieron la vergüenza de haber llevado a aquel lugar su miserable pleito y en los labios de los espectadores se apagó la sonrisa maliciosa. Por fin, una luminosa y reivindicadora figura de sacerdote, había aparecido”.

XAVERIANO NUMERO 2

Dejemos al Padre Juan Bonardi, uno de los primeros alumnos y brazo derecho del Fundador, contarnos la historia de su amigo Padre Cayo, misionero número dos del instituto xaveriano.

El año 1898 trajo grandes acontecimientos para nuestro pequeño instituto.

En marzo llegó al convento franciscano de Parma, proveniente de China, el obispo misionero Francisco Fogolla. Traía consigo a cinco jóvenes chinos que, con su típica coleta, atraían nuestra curiosidad. El Fundador lo invitó a Borgo León D'Oro para que nos hablara de sus misiones.

Su majestuosa figura, con la barba blanca y fluente, el paso grave y la voz fuerte y dulce a la vez, y, sobre todo, los episodios de su vida misionera, nos entusiasmaron a todos, hasta el punto de que el Padre Cayo y el diácono Manini pidieron irse con él a China.

La solicitud de los dos pareció atrevida y hasta imprudente. ¿Cómo iba el Fundador a desprenderse del único sacerdote que tenía? De otra parte —se preguntaba Mons. Conforti— ¿no sería aquélla una ocasión para hacer entrar a nuestros misioneros en la China de nuestro Patrono San Francisco Xavier?

Un mes más tarde, Rastelli y Manini hicieron la Promesa Apostólica. Después ya no se hablaba más que de su salida para las misiones.

El 12 de septiembre de aquel mismo año de 1898 celebramos en la Villa de Vigatto, donde pasábamos las vacaciones, la fiesta onomástica de nuestro Fundador. Preparamos aquel encuentro con mucho entusiasmo, bajo la dirección del Padre Cayo. El mismo quería que esa fiesta, por ser la última que pasaba en la patria, tuviese la máxima solemnidad.

Las avenidas de la Villa y los árboles fueron empavesados con festones y banderas. Por la tarde llegaron el Fundador y algunos sacerdotes amigos.

Por la noche, después de la cena, al salir al parque, nuestros huéspedes se encontraron con una espléndida luminaria de linternas venecianas y de vasos colorados con una velita encendida dentro. La fiesta fue un verdadero éxito. El fundador no cabía en sí de la alegría y no acababa de felicitarnos.

El 3 de diciembre, fiesta de nuestro Patrono Xavier, el obispo Magani, invitado de honor, en la misa solemne nos leyó el decreto diocesano de aprobación de nuestra Congregación. Tuvimos la clara impresión de nuestra entrada oficial en la Iglesia, como misioneros.

Mons. Conforti, dos años antes, cuando me encontré con él la primera vez en Berceto, me había regalado una estampita con estas palabras

escritas detrás: "Sea por todos conocido y amado, Nuestro Señor Jesucristo". Esa expresión llegará a ser la oración jaculatoria propia de los Misioneros Xaverianos.

Yo aproveché la presencia y la amistad de Patricio Tung, uno de los cinco chinos de Mons. Fogolla, para que me tradujera aquella oración en chino. Aun la guardo como recuerdo de un mártir.

El 4 de marzo de 1899 Rastelli y Manini recibieron de la mano del obispo Magani el crucifijo del misionero. El rito de la despedida tuvo momentos de intensa emoción: era la primera vez que los ciudadanos de Parma veían salir a sus hijos hacia un país tan lejano y misterioso como China.

Hicieron el viaje con el obispo Fogolla, además de los dos nuestros, los chinos Patricio Tung, Juan Wang, Silón Ceng y siete misioneras franciscanas de María, llegando a la provincia china de Shan-Si y estableciéndose en la ciudad de Taiyuan-fu.

A los seis meses el Padre Cayo fue destinado a un pueblo de la montaña. Antes de irse nos envió su primera carta: "El Vicario Apostólico me habló de las dificultades que tendré que sufrir por el clima y la comida. No tengo miedo. Estoy contento. Sí, sí, parto para el paraíso".

El Fundador nos reunía en la capilla para leer nos las cartas de los dos compañeros. "Quisiera —escribía en otra el Padre Cayo— hacerles oír

las oraciones que, durante dos horas, nuestros cristianos chinos cantan con devoción. Yo me pregunto cómo uno puede ser infeliz con tantas consolaciones que nos regala el Señor. Estamos contentos, contentísimos. Vengan pronto y se persuadirán. Son cosas que sólo se sienten”.

El pueblo chino, de milenaria cultura, al principio de 1800 se hallaba cerrado a la penetración europea. Los Ingleses forzaron la entrada por medio del comercio del opio. China se opuso a ese tráfico. Estalló la guerra, que los Chinos perdieron frente a la escuadra de navíos ingleses. Con el Tratado de Nankín (1842) se abrieron las fronteras chinas al comercio europeo y a los misioneros. Otro intento chino de cerrarse, y nueva intervención de tropas de Francia e Inglaterra con la imposición del Tratado de Pekín (1860).

Todo este conjunto de hechos desembocó en una campaña nacionalista china en favor de la expulsión de todos los extranjeros. La secta más importante que produjo la violencia contra los europeos, en el verano de 1900, fue la de los Boxers.

También la misión católica de Tai-yuan-fu fue atacada. Fueron asesinados los dos obispos Grassi y Fogolla, dos franciscanos, las siete religiosas, Patricio, Juan y Silón, más otros cristianos chinos. De los dos xaverianos ninguna noticia.

Era verano y estábamos pasando las vacaciones en la villa de Vigatto. Leyendo las noticias que traían los periódicos, nos preguntábamos: “¿Dónde se encontrará ahora el Padre Cayo?”.

Uno de aquellos días entró en la capilla el Fundador y nos comunicó las malas noticias que llegaban de China.

“Afortunados ellos —acabó diciendo— si tuvieron la gracia del martirio. Piensen, queridos jóvenes, qué suerte poder derramar la sangre por Cristo. Y, afortunado también nuestro humilde instituto si le es dado este honor”.

Al final de año llegaron más y mejores noticias: Manini con un padre franciscano había conseguido escaparse descolgándose de noche por la muralla dentro de una espuerta. El Padre Cayo, por orden del superior, se había refugiado en Mongolia donde los misioneros belgas habían organizado la resistencia. El viejo soldado y buen tirador, que en la milicia había ganado tres premios, fue de los más valientes defensores de la residencia misionera, en las dos semanas que duró el ataque de los Boxers. Al tener noticia de la entrada de las tropas europeas en Pekín, los atacantes levantaron el asedio.

“¡Bendito sea Dios!”, comentó el Fundador.

Pero la prueba fue sólo aplazada. Al año siguiente, 1901, un telegrama de China anunciaba la muerte del Padre Cayo. Agotado por las fatigas de la larga marcha hacia Mongolia y por los sufrimientos del asedio, no consiguió superar un fuerte ataque de tifo. Tenía 28 años.

Fue una tristeza muy grande para nosotros que lloramos con el Fundador la pérdida de nuestro hermano mayor.

EL NIDO DE LOS AGUILUCHOS

Cuando, en 1895, Mons. Conforti estaba restaurando y acondicionando la casa de Borgo León D'Oro, su amigo Don Venturini le había objetado:

—Es un poco pequeña la casa.

—Sí, pero la ensancharé —contestó con seguridad el Fundador.

Pero nadie iba a pensar que la necesidad se presentaría tan pronto. El número de alumnos y la promesa de su aumento orientaron al Fundador hacia la solución de una sede más amplia y definitiva.

La herencia paterna no era suficiente para cubrir todos los gastos de la compra del terreno y de la construcción del edificio. Mons. Conforti pensó, lo primero, en una lotería nacional; pero el gobierno liberal y masón no dio la autorización. Intentó otro camino.

En el umbral del año jubilar de 1900, en muchas diócesis se había ventilado la idea de erigir monumentales cruces en las más altas cumbres de las montañas, para conmemorar el año santo de nuestra redención.

Conforti, más realista, escribió al comité regional de Bolonia encargado de organizar el jubileo,

proponiendo la construcción de un instituto de la región eclesiástica de Emilia para las misiones extranjeras, cuya finalidad sería llevar la redención al mundo entero.

El proyecto de Conforti era apoyado por el obispo de Parma, Mons. Magani, que invitaba a todos a colaborar en la construcción de un monumento material y espiritual, destinado a transmitir a los hombres del siglo XX la fe y el amor del Redentor.

La respuesta del comité fue decepcionante. La proposición de Mons. Conforti no podía ser tomada en consideración "por ser de interés demasiado local". La predicación del evangelio en el mundo, por medio de los misioneros, ¿un hecho de interés demasiado local?

Mons. Conforti quedó vivamente mortificado. Más que la falta de recursos para su obra, le dolía la falta de espíritu misionero. Era comprensible en un gobierno masónico. Pero no lo era en el pueblo católico. Lejos de sumirse en el desánimo, comenzó a buscar el terreno, con la confianza amorosa en la Providencia, que, cuando es necesario, hace milagros.

Y vino el milagro. El 24 de abril de 1900, el obispo Magani pudo bendecir la primera piedra del gran edificio de las Misiones Extranjeras, en la periferia de Parma, en el lugar llamado Campo de Marte. El obispo usó la cuchara de plata con la cual la duquesa María Luisa, ochenta años

antes, había colocado la primera piedra del famoso puente sobre el río Taro.

En su discurso, el obispo Magani definió a los aspirantes misioneros como "Aguiluchos del Evangelio", y como "Nido de Aguiluchos" la casa que los prepararía para el gran vuelo.

"Día vendrá —dijo en tono poético y profético el venerado pastor —en que, mientras mis restos descansan aquí cerca en la "Villetta" (panteón de la ciudad), de este nido bendito emprenderán su vuelo robusto los aguiluchos del evangelio, para llevar la fe a los que todavía viven en tinieblas y en sombra de muerte; mis huesos se estremecerán y mi espíritu se alegrará con la visión de las magníficas conquistas que ellos obrarán".

El Fundador no tomó la palabra. Quiso quedarse en la sombra y dejar todo el honor y toda la tarea al obispo diocesano.

Igualmente se opuso a que se repartiera una cartulina conmemorativa del acontecimiento porque en ella estaba reproducido su retrato. La obra no era suya, sino de Dios. El era un instrumento, además inepto, en las manos del Sumo Artífice. Nunca se le oirá decir: "mi instituto", "mi congregación", sino siempre y sólo: "nuestro humilde instituto", "nuestra congregación".

Ironía de la historia: el autor del proyecto y de la conducción de la obra fue el arquitecto Carlos Pelleri, un hombre que ni pisaba la iglesia ni quería saber nada de curas. Sin embargo, Conforti le cayó bien. Se prestó gratuitamente. Conquistado

por la bondad del siervo de Dios, más de una vez había repetido:

—Si un día he de confesarme, lo haré solamente con Mons. Conforti.

Así fue. Frustrada toda tentativa del párroco de Collecchio para que a la hora de la muerte se confesara, fue llamado el obispo Conforti con el cual se confesó, entregando en sus brazos el alma a Dios.



Mons. Guido María Conforti, Arzobispo de Ravena y obispo de Parma.

OBISPO EN LA IGLESIA DE CRISTO

1902-1904

“Y para enviarlo a predicar” (Mc 3,14)

Archivio Saveriano Roma

ARZOBISPO DE RAVENA

El experimento de China había terminado con un aparente fracaso; un misionero ejemplar el Padre Cayo Rastelli muerto en el campo; otro misionero Odoardo Manini, volvió de China a Italia. Después de haber puesto mano al arado, se volvió atrás y salió del Instituto.

El Fundador seguía siendo el vicario general de la diócesis cerca del obispo Magani. Todavía, el viejo Saúl amaba y estimaba a su David, y lo defendía frente a los asaltos de Roma que quería quitárselo para enviarlo como obispo a Livorno o a Reggio Emilia.

"Ciertamente Mons. Conforti —confesó Magani al Papa— es muy digno de ser elevado al episcopado. Pero el éxito que está logrando en Parma, ante el clero y el laicado, hace que no pueda ser sustraído de esta diócesis que tanta necesidad tiene de él".

Un nuevo asalto por parte de Roma, fue igualmente rechazado por el obispo Magani. La tercera vez, el Papa León XIII, saltó las formas usuales e invitó directamente a Conforti a presentarse con urgencia en Roma para una audiencia particular.

—Os he invitado a venir a Roma —empezó con lentitud y solemnidad el anciano Papa —para romper las amarras y deciros que os he destinado como arzobispo de Rávena.

Mons. Conforti sintió que se desmayaba. Con lágrimas en los ojos, empezó a suplicar al Santo Padre que le ahorrara esta carga.

—Santidad, entre otras cosas, no tengo salud suficiente.

—Haréis lo que podáis. Yo he sido elegido Papa a los 71 años y aún estoy aquí.

—Sí, Santidad; también tengo que cuidar al recién nacido instituto de misiones.

—Bueno; sólo se trata de un cambio de guardia. Si Conforti muere, ¿acaso la institución viene a menos? Muerto un Papa se elige otro.

—No tengo experiencia para un ministerio tan alto.

—Yo soy papa y tengo mis consejeros. Así tendrá que hacer el arzobispo de Rávena: buscarse sus buenos consejeros.

—Santidad, no soy digno del cargo episcopal.

—Y nosotros, si se tratara de dignidad, ¿estaríamos sentados en esta cátedra? —Luego cambiando tono de voz, el Santo Padre añadió:

—Tanta resistencia al Vicario de Cristo no nos gusta. Resistiendo de esta forma, tendríamos que llegar a un autoritario “orden y mando”, lo que no nos gustaría.

Y abriendo entonces un cajón de su escritorio, entre serio y chistoso, dijo:

—Ved, este cajón está lleno de excusas; las vuestras ya no caben.

—Santidad, si es así, "in verbo tuo laxabo rete" (en tu palabra, echaré la red) —Y cae de rodillas a los pies del Papa, mientras el llanto sofoca sus últimas palabras.

El Santo Padre, volviéndose otra vez afectuoso, terminó diciéndole:

—Mañana os espero en el Consistorio, pero con las gafas ribeteadas de oro. Os doy mi bendición.

Un abrazo. La audiencia ha terminado.

Aquella noche Conforti tuvo calentura y no cerró los ojos. Estaba desolado. Su fundación quedaba muy comprometida, si no es que condenada a morir. El Sumo Pontifice había aprobado y bendecido su instituto; ahora, la misma suprema autoridad, arrancaba al padre de su creatura recién nacida. ¿Cuál era la voluntad de Dios? ¿Aquella o ésta? Se repetía en el corazón de Conforti el drama de Abraham: Dios le había concedido milagrosamente a Isaac, el hijo de la promesa; y luego, por obediencia, se lo pedía otra vez, en sacrificio cruento.

"El siervo de Dios nunca había deseado honores —escribe un testigo— y siempre los soportó con repugnancia. La aceptación del episcopado debe ser considerada como un acto de virtud heroica".

Mons. Conforti no solía avisar ni molestar a nadie por su llegada. Pero esta vez envió un tele-

grama a Parma: "Estado indescriptible; envíen carroza estación".

Los primeros que tuvieron sus confidencias, entre otros el Padre Ormisda Pellegri vicerector de su instituto, se dieron cuenta de que estaba acongojado por el dolor y extremadamente pálido en el rostro.

—¡Me ha ocurrido una desgracia! —empezó diciendo a sus muchachos, reunidos en la capilla del nuevo nido de los aguiluchos—. ¡Buena me ha sucedido!

Mientras que de todas partes le llovían las felicitaciones, Mons. Conforti se encerró en la casa de retiro de los Jesuitas de Mantua para meditar y prepararse a sus nuevas responsabilidades. Visitó en Milán a su amigo el cardenal Ferrari. Compró dos cruces pectorales, una con piedras fingidas por 60 liras y otra de metal dorado por 20 y salió para Roma.

No pudo el obispo Magani consagrarlo, como hubiera deseado. León XIII quería que los obispos salieran de Roma.

En la mañana del domingo 11 de junio de 1902, en la Basílica de San Pablo Extramuros fue consagrado por el cardenal Parrochi. Fuera, la campiña romana estaba llena de sol y de mieses maduras.

El Abad de San Pablo, Caronti, recuerda que el viejo cardenal, al momento de la consagración, frente a la figura majestuosa de Conforti, con ese

rostro hierático, exclamó: "¡Esta es una visión angelical!"

Pero nadie advertía la pena que embargaba su corazón.

Ahora que el pastor se iba lejos, ¿qué pasaría con su pequeño rebaño de Campo de Marte? ¿Quién lo cuidaría? Como Abraham, Conforti se agigantó ante la prueba. El siguió creyendo contra toda evidencia. La obra era de Dios, y Dios era poderoso como para cuidarla sin él.

Rogó, pues, a su amigo padre Ormisda Pellegrini que tomara las riendas de su instituto, como rector, y partió para el campo que el Papa le había asignado.

UNA VIÑA DESOLADA

—Sé que usted quería ir a China de misionero; pues bien, Rávena es la China de Italia.

Así había hablado León XIII a Conforti, para cerrar el paso a todas sus objeciones.

Rávena había sido evangelizada por San Apolinar, discípulo de San Pedro y reevangelizada por San Pedro Damián. La antigua capital del Imperio romano de Occidente, además del Palacio y Mausoleo del rey Teodorico y de la emperatriz Gala Placidia, guarda las extraordinarias basílicas bizantinas de San Apolinar en Clase, San Apolinar Nuevo y San Vital, señal del esplendor cristiano.

Pero ahora Rávena, en lo religioso, parecía más bien a una matrona que se gloria de sus memorias. Medio siglo de propaganda anticlerical, masónica y republicana, había dejado profundas fisuras en su religiosidad: iglesias vacías, niños sin bautizar, bodas sólo por lo civil, difuntos llevados al panteón sin el cura, tumbas sin cruz. Una viña desolada.

Desde Roma, el nuevo arzobispo Guido María Conforti envió una carta afectuosa a su grey:

“Desde el momento en que el Santo Padre me confió el cuidado de la arquidiócesis de Rávena,

no he cesado de pensar en ustedes. Mi corazón se deshace por el deseo de verlos, abrazarlos y quedarme con ustedes. Estoy dispuesto a estar con ustedes con corazón de amigo, de hermano y de padre”.

Para evitar posibles demostraciones anticlericales, el nuevo arzobispo hizo su entrada a Rávena, casi a escondidas, de noche. Hasta la estación anterior de Rávena viajó en tren, luego en carroza hasta el palacio arzobispal.

Los jóvenes de Acción Católica lo esperaban en la estación de la ciudad. Viendo que no llegaba con el último tren de la noche, se fueron al arzobispado, y allí lo encontraron. Resonaron en la noche los aplausos de los jóvenes, a los cuales respondió conmovido el arzobispo:

—Seré vuestro por toda la vida.

Era el 5 de enero de 1903, víspera de Epifanía.

Un cura de Rávena había pronosticado: “El nuevo arzobispo, antes de roturar el terreno tendrá que remover las piedras”.

Mons. Conforti empezó, pues, a remover las piedras con el tesón de un verdadero apóstol. Se acercó al pueblo con la visita pastoral, llegando a todas las parroquias. Llegó a veces a iglesias desiertas, llorando por la desolación. Encontró curas desalentados, divididos en bandos, descuidados en su vida espiritual y pastoral. Había, pues, que empezar por los pastores. Introdujo la práctica del retiro mensual, de los ejercicios espirituales anuales y de las reuniones del clero.

Amó a sus sacerdotes. Les decía: "Ustedes son mis amigos, porque a ustedes yo abro mi corazón". Los visitaba en las pobres y lejanas aldeas, a pesar del quebranto en su salud.

Un día, mientras iba la carroza por un camino flanqueado por un canal de agua, el caballo se desbocó. En un abrir y cerrar de ojos, caballo, cochero y personas se encontraron tomando un baño de agua fría. "El arzobispo aceptó el percance con calma —cuenta su secretario Don Caselli—. Alguien dijo que se trataba de una jugada dolosa. El no expresó ningún juicio. El cura de Corlo nos acogió con mucha caridad y nos prestó ropas para cambiarnos".

Cultivó con cariño el seminario, "la niña de sus ojos" y "la más hermosa esperanza de la Iglesia" y consideraba a los seminaristas como "los benjamines de su corazón de pastor y padre". Les predicaba todos los domingos la meditación e iba a visitarlos, en el verano, en la villa de descanso de Piangipane.

En la crónica del seminario (20 de abril de 1904) podemos leer: "Salen del seminario los clérigos Giunchetti y Cavazzale. Después de haber saludado anoche a sus compañeros, han ido esta mañana con el arzobispo. Oyeron su misa en la capilla privada y recibieron de él la sagrada comunión. Es la primera vez que uno sale limpiamente del seminario, sin que la salida tenga todas las apariencias de una huída".

"Recuerdo —refiere otro— que, habiéndose

enfermado un seminarista, vino a visitarlo y consolarlo; esta amabilidad hizo mucha impresión en nosotros. También a mí me vino a ver, estando enfermo. De veras, él amaba el seminario”.

Era exigente, eso sí. Y lo demostró cuando en la inminente apertura del seminario, 1903-04, exoneró de la enseñanza, por motivos graves, a dos profesores. La disposición provocó una viva reacción en el cuerpo de profesores que, por solidaridad, no acudieron a la junta, convocada por el mismo arzobispo, con ocasión de la apertura del año académico.

El arzobispo no podía tolerar esa postura rebelde y escribió una carta al rector, amenazando con la clausura del seminario y la despedida de todo el profesorado. El rector, de rodillas y llorando, le rogó que retirara tal decisión y que convocara a una nueva junta, pues él se empeñaría en convencer a los rebeldes. Se hizo la junta. Los profesores se dieron cuenta de la bondad de los motivos del arzobispo, y el seminario quedó abierto.

A causa de este hecho, algún cura se permitió chismear con artículos ofensivos contra el arzobispo y el clero, en el periódico local “Ravennate”. Mons. Conforti envió una carta reservada a todos los sacerdotes, conminando la suspensión “a divinis” a quien tales artículos escribía. Desde aquel momento cesó el abuso.

¿Qué estarían haciendo sus aguiluchos, allá arriba, en Campo de Marte? Un día el Fundador

tuvo la sorpresa de ver llegar a uno de sus alumnos, Juan Bonardi, con un canastito debajo del brazo. "Oye —le había dicho el rector Ormisda Pellegri—, ¿quieres llevar al Fundador este canastito de fresas de nuestra huerta? Le hará bien y le llevarán el perfume y recuerdo de nuestra casa".

Salió pues, en tren, con sólo el breviario y el canastito debajo el brazo. Nadie pensaba que aquel muchacho así equipado iba a Rávena a ordenarse de cura. Llegó a Rávena. En el camino lo pararon los aduaneros:

—Oiga, ¿qué lleva usted?

—Fresas.

—Veamos—, y pusieron las manos en el canastito.

—Señor cura (llevaba Bonardi la sotana), y ésto ¿qué clase de fresas son? —dijeron al descubrir en el fondo del canastito un grueso salchichón casero.

Bonardi, de verdad, no se había dado cuenta; no se había atrevido a curiosear en el canastito. Declaró la pura verdad. Nada que hacer. Tuvo que dejar el canastito en la oficina porque no tenía dinero para pagar el impuesto. Calzolari, el hombre de confianza del arzobispo, despachó luego en la aduana la mercancía.

Después de la ordenación, el Fundador llevó a parte al Padre Juan Bonardi y le dijo: "Es una fiesta grande para usted y para mí. Con corazón de padre, quisiera hacerle un gran regalo; pero

tuvo la sorpresa de ver llegar a uno de sus alumnos, Juan Bonardi, con un canastito debajo del brazo. "Oye —le había dicho el rector Ormisda Pellegri—, ¿quieres llevar al Fundador este canastito de fresas de nuestra huerta? Le hará bien y le llevarán el perfume y recuerdo de nuestra casa".

Salió pues, en tren, con sólo el breviario y el canastito debajo el brazo. Nadie pensaba que aquel muchacho así equipado iba a Rávena a ordenarse de cura. Llegó a Rávena. En el camino lo pararon los aduaneros:

—Oiga, ¿qué lleva usted?

—Fresas.

—Veamos—, y pusieron las manos en el canastito.

—Señor cura (llevaba Bonardi la sotana), y ésto ¿qué clase de fresas son? —dijeron al descubrir en el fondo del canastito un grueso salchichón casero.

Bonardi, de verdad, no se había dado cuenta; no se había atrevido a curiosear en el canastito. Declaró la pura verdad. Nada que hacer. Tuvo que dejar el canastito en la oficina porque no tenía dinero para pagar el impuesto. Calzolari, el hombre de confianza del arzobispo, despachó luego en la aduana la mercancía.

Después de la ordenación, el Fundador llevó a parte al Padre Juan Bonardi y le dijo: "Es una fiesta grande para usted y para mí. Con corazón de padre, quisiera hacerle un gran regalo; pero

usted sabe que yo soy pobre. Le regalo este librito Vademécum; téngalo como recuerdo mío y úselo en su vida misionera en Italia y en la misión”.

El primer sacerdote xaveriano ordenado por el Fundador, vuelto a Parma con el breviario y el Vademécum dentro del canastito, fue acogido con fiesta por sus compañeros.

La tensión del primer año de trabajo y el clima malsano de Rávena habían llevado al agotamiento sus fuerzas y sus bronquios. Dos abundantes hemoptisis alarmaron a su médico de cabecera que le ordenó reposo absoluto en el clima de su tierra parmense.

En Parma se repitieron los graves fenómenos reconocidos también por su antiguo médico de Parma, el profesor Gámbara. Este encontró su paciente con calentura diaria, víctima de bronquitis difusa y de hemoptisis, y declaró que el clima de Rávena no convenía a la constitución de Conforti.

Impresionado por el veredicto de los médicos, empezó en el alma de Mons. Conforti una crisis de otro tipo: es decir, si él, en conciencia, podría continuar en la responsabilidad de gobernar a la arquidiócesis. Lo que espantaba su conciencia delante de Dios era el tener que asistir, sentado en una butaca, al desmoronamiento de las almas a él confiadas, sin poder hacer nada para impedirlo.

Por eso empezó a madurar la idea de renunciar a la arquidiócesis. “Después de haber reflexionado mucho —escribe al Padre Pellegrini—, rezado y pedido consejo, he pensado en renunciar a la dió-

cesis. Estuve en la duda de si renunciar a la Diócesis o al Instituto. Considerando luego que la diócesis me fue confiada por el Papa y la fundación del Instituto me fue inspirada por Dios, he dado la preferencia a éste. He expresado este mi deseo al Santo Padre, del cual espero la decisión”.

En efecto, a finales de septiembre de 1904, había ido a Roma a consultar al Papa, que lo había escuchado paternalmente. Ahora estaba en espera de la voluntad de Dios.

El Santo Padre Pío X aceptó la dimisión “con vivísimo sentimiento por la pérdida por parte de la arquidiócesis ravenés de tan solícito pastor”.

Mons. Conforti escribió una carta pastoral al clero y al pueblo de Rávena manifestando su profundo dolor de tener que abandonar a aquel campo por motivo de salud. Más tarde, al final de su vida, confesará al Padre Bonardi: “Ahora no haría aquella renuncia, porque el obispo debe morir en la brecha”.

En la villa de descanso de Piangipane se encontró con sus seminaristas. Una vez reunidos todos en la capilla, entró con paso inseguro, se arrodilló en su reclinatorio y luego se levantó para hablar. Estaba despidiéndose de sus muchachos. Sus palabras fueron breves, interrumpidas por los sollozos de los presentes que no sabían darse cuenta de lo que estaba pasando. También él estaba conmovido y no pudo continuar.

De todas partes se lamentaba la pérdida del pastor. Un párroco comentó: “Dios nos ha cas-

tigado quitándonos un pastor tan bueno". El domingo pasado, en la iglesia, lloraba mi pueblo al escuchar la carta de despedida del arzobispo", escribe otro cura. "Era el obispo que nos hacía falta; es una verdadera desgracia el perderlo. Tal vez no lo merecíamos", así otro.

Así terminó el brevísimo período de su episcopado en Rávena, una sede muy antigua y de mucho prestigio, cuyos arzobispos estaban destinados, a corto plazo, a la púrpura cardenalicia.

"En Ravena —dirá bromeando el siervo de Dios —de Conforti tuve solamente el apellido".

Un testigo de aquel tiempo, Mons. Serafini, depone en el proceso de beatificación del siervo de Dios: "Rávena representa en la vida de Conforti un poema escondido de sufrimientos, en el espíritu y en el cuerpo, un verdadero calvario. No dudo en llamar "sacrificio heroico" el paso de Conforti por la arquidiócesis de Rávena".

Hoy día, una renuncia como la de Conforti a Rávena, es considerada de ordinaria administración en la praxis de la Santa Sede. No sólo es aceptada, sino a veces aconsejada y pedida. En el periódico "L'Osservatore Romano", en sus noticias oficiales, cada semana se lee una notificación de este tenor: "El Santo Padre, acogiendo el deseo del obispo Fulano de Tal, lo ha liberado, por motivos de salud, del gobierno de la diócesis". Exactamente lo que ocurrió a Conforti en el lejano 1904.



Mons. Conforti en visita al Seminario de Ravena.



Primer grupo de misioneros xaverianos salidos para China el 18 de enero de 1904: Brambilla, Sartori, Calza y Bonardi.

INTERMEDIO PROVIDENCIAL

1904-1907

*“Venid conmigo aparte
a un lugar solitario,
para descansar un poco” (Mc 6,31)*

Archivio Saveriano Roma

HEROES EN LA PISTA

En Rávena el fundador no había olvidado su instituto. Durante su permanencia allá, se efectuó la segunda expedición de misioneros a China.

Fue el 18 de enero de 1904. Llegar a ese momento constituyó una agonía. Ya desde 1902, tenía preparados cuatro valientes misioneros, que ofreció a Propaganda Fide para que los enviara dónde falta hiciera, de preferencia a China. Roma contestó que ya había proveído a las más urgentes necesidades y que Conforti podía ofrecerlos a otro instituto.

El fundador se dirigió al instituto de Milán que tenía misiones en China, en la India y en Oceanía. Milán contestó que era contra su costumbre aceptar misioneros que no fueran de su gremio.

Mons. Conforti intentó entonces la vía directa: pidió a Propaganda Fide una misión propia. No era un gesto de vanidad y presunción. La experiencia le había enseñado que ésa era la forma más expedita, adoptada ya por otras congregaciones. Roma respondió con bellas promesas, pero nada más.

Pasaban meses que parecieron años; una eternidad para los que tenían ya todo preparado para viajar. El fundador volvió al ataque escribiendo

una, dos, tres, cuatro veces en pocos meses. Sus ros de este instituto esperan con ansia desde hace acentos eran angustiados: "Los jóvenes misionero-dieciocho meses ver satisfechos sus ardientes deseos de salir para misiones. Debo confesarle que, después de tan larga espera, sin saber nada de su salida y destino, empiezan a desanimarse, mientras la gente hace los más variados comentarios. Cualquier retardo los perjudica a ellos y perjudica al instituto al cual he dedicado toda mi vida y todos mis bienes. Si las misiones de China ofrecen dificultades, envíelos a otra parte. Están enteramente en manos de esa Sagrada Congregación".

En aquel angustioso año 1903, el fundador, hubiera podido, (en espera que sus aguiluchos tomaran el vuelo hacia China) emplearlos de momento en su arquidiócesis, muy pobre en sacerdotes, con la ventaja de iniciarlos al apostolado bajo sus ojos. Sería una solución para el momento; solamente en espera de luz verde.

Pero no cedió a esta fácil tentación. Aquellos jóvenes habían sido formados para el apostolado misionero, finalidad única y exclusiva del instituto, y el instituto no podía defraudarlos.

Tampoco cedió al sugestivo lamento, que suena como reproche hacia los misioneros: "¡Las misiones están aquí!" Que aquí cerca de casa, trabajen los sacerdotes y religiosos llamados a cultivar la viña del Señor. Para Mons. Conforti y para sus hijos las misiones están allá, y sólo allá.

Conforti inauguró un sistema: los jóvenes mi-

sioneros, con las manos aún perfumadas del sacro crisma, el mismo día de la ordenación sacerdotal, recibían su destino.

Tal vez la más amarga "caricia" del Crucifijo de nuestra Señora de la Paz, parecía aplastarlo ahora definitivamente. Del ansia apostólica, el fundador pasa a la preocupación, a la angustia, a la duda: la duda de que la suprema autoridad de la Iglesia, ya no "tuviese confianza en su obra". Escribe al Prefecto de Propaganda Fide:

"Por tres veces he ofrecido mis cuatro misioneros a diversos institutos, rogando que fueran aceptados como soldados rasos, y me los ví, más o menos, amablemente rehusados. He fundado este instituto con la aprobación de esa Sagrada Congregación, siempre animado por los estímulos y sugerencias de la misma que consideré como voz de Dios; pero, si ahora, por razones que yo no puedo pedir ni indagar, no hubiese más confianza en mi pobre obra, a mí no me quedaría más que recoger las velas y hacer punto para siempre, esperando que Dios tenga igualmente cuenta de mi buena voluntad".

Aplastado por el dolor, en la cabecera de su creatura que estaba entre la muerte y la vida, el padre seguía luchando con la fe de Abraham. Los días parecían contados. El fracaso de su obra constituiría el triunfo de sus adversarios. No importa. La fe le decía que, humanamente hablando, triunfo y fracaso son engañadores. La fe le sostenía, pero el corazón sangraba.

La respuesta de la Roma eterna no llegaba. Tomó el tren y fue directamente a visitar al cardenal. Volvió la calma.

En la capilla del Instituto Xaveriano de Parma, los cuatro Misioneros, Luis Calza, Juan Bonardi, José Brambila y Antonio Sartori, recibieron el crucifijo de manos del fundador. Entonces percibió claramente que, con aquella expedición, empezaba de verdad la tradición misionera de su instituto.

“El Señor ha escuchado sus deseos —dijo en el discurso de despedida—, ha aceptado el sacrificio de su vida en favor de la más noble de las causas. Les esperan tribulaciones y padecimientos de toda clase y, tal vez la corona del martirio. Les conforte el Crucifijo que llevan colgado sobre el pecho; les conforte la gracia divina; les conforte el pensamiento de que muchas almas les ayudarán; les conforte la esperanza del premio eterno”.

Los cuatro misioneros llegaron a Kin-Kia-Kang, en la provincia del Honán, China, el 24 de marzo de 1904. En seguida informaron al veneradísimo Padre que ya habían cambiado su sotana por los más cómodos y amplios pantalones y chaquetas chinos y que, pues su cabello iba creciendo con la acostumbrada lentitud, habían pedido prestada, para cada uno, una coleta.

RETORNO AL NIDO

Octubre de 1904. Es otoño, cuando caen las hojas y la naturaleza empieza a palidecer. El arzobispo Conforti, dolorido en el alma y en el cuerpo, deja Rávena. Pese a que él no lo haya confesado, Rávena fue para él un verdadero calvario, un poema escondido de sufrimientos, una breve página escrita con sangre.

“¡Bendito sea Dios que abate y levanta, que prueba y consuela! Sólo pido retirarme a la soledad de mi instituto para emplear el resto de mis años, que no pueden ser muchos, en la formación de mis queridos jóvenes que aspiran a las pacíficas conquistas de la fe y al martirio”. De esta forma participaba la noticia a su gran amigo cardenal Ferrari.

Desde Asís, “el país del alma”, donde se había retirado para unos días de recogimiento como hijo de la tercera orden franciscana, Mons. Conforti escribió al rector de su instituto en Parma:

“Ahora dedicaré todos mis pensamientos y afecto a nuestro instituto, en el cual pienso terminar los días de mi vida, que hasta el día de hoy ha sido un tanto tormentosa. Vuelvo con los bolsillos vacíos, gracias a Dios”.

Dejó las insignias episcopales, y revistió la sencilla sotana negra. Del pasado le quedó sólo el título de Arzobispo de Staurópoli, una sede antigua del Asia Menor que ya no existe, pero que para Conforti seguía teniendo un significado real: ciudad de la cruz. Bromeando sobre el significado de su título, decía: "La cruz de ninguna manera quiere dejarme".

Las dos grandes tormentas, el episcopado de Rávena y la angustiosa espera del envío de los cuatro misioneros a China, habían pasado. Sus misioneros se encontraban ya en el campo muy contentos y él en el nido de los aguiluchos preparando nuevos refuerzos. Cristo había llamado a sus discípulos para que estuviesen con él y para luego enviarlos a la misión. Eso mismo se proponía ahora el siervo de Dios.

Llevó una oleada de purísima alegría a aquellos jóvenes que se habían visto huérfanos por un tiempo. Fue padre y educador, más con el ejemplo que con la palabra. Era fiel en todo como un novicio; participaba con gozo en la vida comunitaria, en la observancia del horario y de la disciplina; siempre diligente y puntual al levantarse, en la comida, en la capilla, en el recreo. Rehusó cualquier distinción y privilegio.

Una vez, por deferencia hacia su persona y su salud, en lugar del segundo plato común, le presentaron dos blanquillos estrellados:

—¿Qué comen los demás? —preguntó al mesero. El muchacho contestó.

—Bien —dijo amablemente—, déme también a mí lo que come la comunidad; estos blanquillos páselos a los enfermos.

Los pocos años que pasó en su instituto, los empleó en la formación espiritual de sus jóvenes y en el desarrollo de los estudios.

Mons. Conforti —recuerda un aspirante de aquel tiempo— era un personaje nada común. Su porte, su elevada estatura, su andar grave, sus modales distinguidos y su lenguaje agradable daban una fascinación que nos impresionaba a todos. Sin embargo, era una impresión que no infundía temor; al aparecer entre nosotros agradable y respetuoso, surgía en nosotros un gozo íntimo y una confianza filial. Nos trataba con amabilidad y dignidad tales que nos hacía sentirnos importantes.

Cuando por las mañanas entraba en la capilla del instituto, lo encontraba arrodillado delante del sagrario, con los codos apoyados en el reclinatorio y la cabeza entre las manos. Nosotros sabíamos que entonces el Fundador hacía su oración meditando sobre el evangelio.

Por entonces éramos pocos en la Casa Madre, y el ambiente era completamente de familia. Nos queríamos mucho, poniendo por obra la frecuente exhortación del Fundador sobre la caridad: “Amense como hermanos y respétense como príncipes”. Para él, la caridad fraterna debía anteponerse a cualquier otro sentimiento en nuestro trato cotidiano: según sus enseñanzas, todo debíamos sacrificarlo en el altar de la concordia. Además,

era su deseo que todos nosotros tuviésemos un "sello auténticamente alegre, desenvuelto, cortés, fuerte y leal, enemigo de toda doblez y fingimiento, y siempre dispuesto a someterse a fatigas y a afrontar dificultades para la gloria de Dios y el bien de las almas".

Aquello que principalmente urgía al Fundador era inculcarnos el espíritu misionero. El mismo nos contaba cómo había surgido y desarrollado su vocación misionera desde tercero de secundaria leyendo la vida de San Francisco Xavier. La vocación misionera a la que hemos sido llamados —nos decía— no puede ser más noble y grande. Nos hace semejantes a Cristo y a los Apóstoles. ¡El Señor no ha podido ser más bueno con nosotros!

"A este nobilísimo fin debemos dirigir todas nuestras mejores energías —insistía el Fundador—, considerándolo como el deber de todos los días y saludando con entusiasmo el día de la salida a misiones".

Otro pensamiento frecuentemente propuesto por Mons. Conforti era el del martirio: "Pensad, queridos míos, —decía con motivo de la partida de algunos misioneros—, pensad qué gran fortuna sería el verter la sangre por la fe, por amor a Jesucristo. Afortunado será nuestro Instituto si le está reservado el honor de haber ofrecido sus hijos, no sólo al apostolado sino al martirio de sangre".

La acción formativa del Fundador se basaba sobre todo en el evangelio y en la tradición de los

institutos religiosos. Su pedagogía era de los santos en general, y en particular de los fundadores. El pensaba que, cuando un joven es nutrido espiritualmente con los principios del evangelio y vive en la práctica de las virtudes teologales, cardinales y morales, está suficientemente provisto para el apostolado del mañana.

En los retiros mensuales no hacía disquisiciones sobre temas teóricos, sino prácticos; hay que recordar, en particular, los discursos que nos hacía sobre el santo patrono Francisco Xavier. Cada año se estudiaba un aspecto práctico de su vida, a fin de suscitar deseos de imitarlo. Opinaba que, un hombre de oración, devoto de la Eucaristía, del Sagrado Corazón y de la Virgen, era un hombre de acción segura y eficaz en favor de las almas.

Solía hacer varias recomendaciones que tenían valor de órdenes para nosotros; como de no perder el tiempo, gran don de Dios, y del cual se deberá rendir cuenta; la de la compostura en el estar y en el andar; la de la limpieza en la persona y en el vestido, excluyendo todo lujo y rebuscamiento; la de la gentileza en el trato. Desde luego él era el primero en darnos ejemplo. Nadie lo sorprendió con la sotana manchada, rota o no totalmente abrochada, o sin alzacuello, o en zapatillas, aun con los familiares. Nadie lo vio sentado de forma descuidada, floja, con las piernas sobrepuestas, apoyado en la pared o parado descansando sobre un pie. Nadie lo ha visto andar de forma apresurada, con mirada aburrida, o gesticu-

lar demasiado vivamente, levantar la voz, reír ruidosamente.

Por respeto a la persona era muy puntual. A sus hijos encomendaba el reloj no sólo para que supieran usar bien del tiempo, sino también para cultivar la puntualidad.

Poseía el culto a la sinceridad.

El padre Bonardi un día, entre serio y bromista, le dijo al Fundador:

—Excelencia, una mentirita a su tiempo y en su lugar, puede rendir, alguna vez, un buen servicio.

"El siervo de Dios —cuenta padre Bonardi— me contestó con una mirada tan severa que no volví a repetir semejante expresión en toda mi vida, ni por broma. Pero caí en otra, casi sin darme cuenta y pensando que le prestaba un buen servicio. Se le había pasado un día escribir y dar las gracias a una persona. Yo le sugerí que pusiera en la hoja la fecha del día anterior; a lo más, la culpa sería del correo. Esta proposición me mereció otra reprimenda aún más severa. Salí de su despacho sin palabra".

A propósito de la caridad con los necesitados, recordaba: Es bello el dar, pero es más bello el dar bien.

Cincuenta años más tarde, el Concilio Vaticano II dirá: "Mucho contribuyen a lograr el fin de atraer a los fieles aquellas virtudes que con razón se estiman en el trato humano, como son la bondad, la sinceridad, la fortaleza de alma, la constancia, la urbanidad y otras".

FORMADOR DE MISIONEROS

Su formación no se reducía a las bonitas pláticas de la sala de conferencias o de la capilla. Después de haber comido junto a sus muchachos en el comedor grande y luminoso de la casa Madre, era esperado afuera para pasear juntos durante el recreo en el jardín o bajo los pórticos. Todos recuerdan estos encuentros con gran emoción.

“Fue en uno de esos encuentros —recuerda el padre Zulián —cuando nos confió que pensaba ir a China a visitar a los misioneros. Otra vez nos dijo que pensaba pedir al Papa una misión en Africa. Prefería hablar de misiones. Nos daba noticias de nuestros hermanos que trabajaban en China.

“También le gustaba hablar de materias escolares, de los clásicos latinos e italianos. Una vez, mientras paseábamos, pasó por allí de prisa el padre Bonardi, siempre muy atareado. El fundador nos dijo:

—El padre Juan es mi brazo derecho; deben ustedes agradecerle mucho.

“Era intransigente —nos dice el padre Bonardi— en el cumplimiento del propio deber. La

vida puede ser alegría y puede también ser dolor; pero, tanto en un caso como en otro, es siempre deber: para cumplirlo, se requiere fuerza de voluntad. No es la exigencia de los propios derechos, sino la práctica del propio deber lo que da valor al hombre.

“Tenía como riguroso deber el amonestar al que erraba; sin embargo, la amonestación no era una humillación, sino un incentivo para mejorar”.

“Daba importancia al origen familiar —añade el padre Bonardi—, pero sin hacer de él una norma exclusiva de valoración. Atribuía mucha importancia a la educación recibida en la juventud. Al elogiar las buenas cualidades de sus sacerdotes diocesanos, no faltaba el atribuir una parte del mérito al obispo Mons. Domingo María Villa o al rector del seminario Andrés Ferrari. Todo sin quitar nada al valor de los esfuerzos personales”.

En aquel tiempo, (1904-1907), abrió las escuelas en casa. Es verdad que sus alumnos eran muy bien atendidos en las escuelas del seminario diocesano; pero la distancia les hacía perder dos preciosas horas diarias. Unos amigos sacerdotes se prestaron generosamente a dar clase. Todas las mañanas el fundador los esperaba a la puerta y lleno de bondad y gratitud, los acompañaba a los salones de clase.

El mismo daba clases de filosofía, de apologética y de literatura, y estaba dispuesto para suplir a los profesores ausentes o enfermos. Nunca

dejó de asistir como fundador y como obispo, a los exámenes finales de sus alumnos misioneros o seminaristas de la diócesis. Así lo recuerda un alumno de aquel tiempo:

“Lo que más me maravillaba en los exámenes finales, era la presencia del fundador. El estaba largas horas en su lugar de presidente, observando con suma atención, ayudando y corrigiendo. No se ausentaba sino por llamadas de grande importancia. Nadie lo vio tomar refrescos, aunque sí los tomaban, invitados por él, los otros profesores. Algunos de éstos con dificultad aguantaban la inmovilidad y la monotonía de las interrogaciones”.

El padre Zulián, en su libro “Gloria de Casalora”, consigna lo que le ocurrió en uno de esos exámenes.

“El profesor de matemáticas me había pedido sacar la altura de una torre por medio de la trigonometría. Yo, en el pizarrón, solucioné el problema con las reglas de las proporciones, buscando la incógnita.

“La comisión se quedó muda, no así el profesor Caselli.

—Usted no operó aplicando la trigonometría —protestó serio.

“Me sentía ya perdido, cuando mi superior, Mons. Conforti, dulce, dulce, rompió aquel terrible silencio:

—Bueno, pues... trigonometría o proporciones... ¡sacó la altura de la torre, ¿verdad?

Y el estudiante Zulián fue aprobado.

En aquellos años vio la luz el boletín misionero "Fede e Civiltá", (fe y civilización). Hasta entonces, el contacto con los bienhechores y admiradores de las misiones se había mantenido por medio de cartas circulares. Se imponía una comunicación más consistente y periódica, ahora especialmente que llegaban de China cartas, noticias e impresiones vivas de la misión. El periódico fue desde el principio mensual e ilustrado. Se llamó Fe y Civilización, porque la primera razón del apostolado misionero es la predicación de la fe, y su primer fruto, la civilización.

Después de las clases y del estudio, se veía a los aspirantes acudir en grupitos al salón llamado "Apostolado", en donde cada uno tenía su tarea: escribir direcciones, pegar timbres, introducir el boletín en el sobre, repartirlo por provincias, llevarlos al correo.

También esto entraba en la pedagogía de Mons. Conforti: favorecer las buenas aptitudes naturales de cada uno, pero siempre bajo el aspecto eminentemente práctico, de las ventajas que se derivaban para el instituto, el cual preparaba así los elementos idóneos más variados para su actividad.

El aspecto cultural-artístico estaba constituido por la pequeña orquesta de alumnos aficionados y por el conjunto de la banda a la cual, todos por obligación debían pertenecer. Soplando una hora diaria en la corneta, trombón o bombardino, se ensancha el tórax; esta sugerencia fue dada por

un médico al fundador para sanear los pulmones débiles de algunos alumnos.

Pero, si alguno se dejaba arrastrar únicamente por el placer de la música, llegaba la nota del fundador, dejada en el escritorio del padre rector: "Avisé, por favor, al alumno Zulián que pase el recreo con los demás, especialmente en el tiempo después de la cena: que no se quede siempre en la sala de orquesta tocando el violín por toda la hora de recreo". No sobra nada. Arte, sí, pero primero la salud.

La fiesta anual del Papa y del Fundador, las profesiones religiosas, los recibimientos, las salidas a misiones eran siempre acompañados por la banda.

En Fornovo —escribe el padre Zulián— el fundador estaba de visita pastoral. Nosotros estábamos de vacaciones en Perlaro y bajamos con nuestros instrumentos musicales. El quinteto de arcos acompañó la misa solemne en la antigua iglesia románica. Después, nuestra banda tocó en la plaza unas piezas clásicas. La gente nos aplaudió mucho. Llegado el momento, apareció en el balcón del palacio municipal la figura amable de nuestro fundador acompañado por el alcalde de la ciudad. Los dos aplaudían. El cornetín dio el toque de silencio, y los cuarenta músicos miramos arriba. Mons. Conforti nos saludó, contento como una pascua:

—¡Bene! ¡Bravo muchachos!

VINCULOS SAGRADOS

El "Decretum laudis", es decir, el decreto de aprobación por parte de Roma, llegó en marzo de 1906. Con este documento pontificio el instituto pasaba de la autoridad diocesana a la dependencia directa de la Santa Sede.

Ese reconocimiento, autorizado y solemne, de la Obra del arzobispo Guido María Conforti, era un voto de confianza que hacía olvidar tantas tribuaciones anteriores y daba alas a la joven congregación xaveriana.

Al mismo tiempo, Roma aprobaba las Constituciones.

"Recuerdo cuando el fundador entraba en la sala de conferencias —anota un alumno de aquel tiempo—. Hacia una breve oración y luego se sentaba. Abría el librito de las Constituciones y nos leía un artículo. Luego lo explicaba con su palabra flúida y sencilla, adaptada a nuestra inteligencia, sugerida por las necesidades del momento y del apostolado. Nunca hablaba en primera persona, como a recordar que aquéllas eran su patrimonio, escritas por él. Después de la aprobación del Vicario de Cristo, las Constituciones eran palabra de Dios, que todos nosotros, y él primero, teníamos que escuchar y practicar".

Conforti era el número uno de la congregación. Como tal, fue el primero en emitir los votos religiosos temporales al fundarla, (1895) y perpetuos con ocasión de su consagración episcopal en la Basílica de San Pablo en Roma, (1902).

¿Cómo podía conciliar la vida religiosa con su ministerio episcopal? En Rávena como arzobispo y en Parma como obispo, Conforti fue el hombre de la observancia rigurosa y ejemplar de sus votos religiosos.

Los votos no eran para él un peso, sino el medio de mantenerse más ligero y más despegado de las cosas. Eran unas sagradas ataduras que lo vinculaban más estrictamente a Dios. Eran una total liberación para poder más fácilmente aspirar a cosas mejores.

Antes de ser legislador y maestro, él mismo se sometió al aprendizaje. Se despojó de todos sus bienes de familia. En Rávena no cobraba la pensión que la Santa Sede suele asignar a la mesa arzobispal; no quiso tener coche propio, pues le parecía un lujo; vestía pobremente, aunque siempre decoroso; usaba las prendas remendadas que él mismo había reparado varias veces. Rehusó propiedades que se le ofrecieron.

La baronesa Bolla que admiraba la nobleza del ideal misionero, había ofrecido espontáneamente a Mons. Conforti, un bonito rancho. Se estipuló un contrato de compra-venta (en lugar de donación) a través del notario Pedretti. Al momento de firmar las escrituras y en presencia de

los testigos, fue entregada a la baronesa la suma convenida, suma que la bienhechora restituyó íntegramente a los representantes del fundador. Contrato, pues regularmente estipulado y firmado por ambas partes.

Varios años más tarde, la ya anciana y voluble baronesa, revocó la donación y exigió la devolución del ranchito, bajo la amenaza de un proceso legal. Los consejeros del Siervo de Dios le sugerían mantenerse firme, pues tenía de su parte una escritura regular. Mons. Conforti los desoyó y renunció a la propiedad.

“Antes renunciar a los haberes que meterse en pleitos”, solía decir.

Si para sí mismo era pobre y vivía como pobre, con los demás era muy generoso. Nunca quiso meterse en las cosas económico-administrativas. Solía decir, con amable sonrisa y en su dialecto parmenese, que poner dinero en sus manos era como hacer “el seguro del hielo”.

El dinero desaparecía de sus manos, como el hielo se derrite al calor del sol. Como superior y como obispo, dejaba la tarea administrativa a sus colaboradores. “La generosidad del Siervo de Dios —depone un testigo— era tan excesiva que procurábamos que no tratara personalmente los asuntos relativos a las construcciones, pues fácilmente se dejaba conmover y hasta engañar por la gente”.

Quería que se atendiera a todos los pobres que se presentaban a la puerta de su instituto. En su escritorio guardaba sobres con dinero para los po-

bres. Se ocupaba también de visitar a los pobres en sus casas y se preocupaba por las personas nobles venidas a menos.

"Un día —cuenta un xaveriano— fui al obispado para acompañar al fundador a Monticelli. Era ya tarde. Al bajar, se le acercó un pobre, que acostumbraba esperarlo en la puerta. Dándose cuenta de que no tenía nada en el bolsillo, le dijo: "Buen hombre, tenga usted un poco de paciencia pues bajo en seguida". Y subió otra vez las escaleras para traer el dinero de la limosna".

Por lo que se refiere al segundo voto, un sacerdote afirma que el Siervo de Dios fue "la castidad personificada, un verdadero ángel bajado del cielo a la tierra para demostrar este milagro".

Arzobispo en Rávena, adoptó la norma de no recibir en audiencia privada a mujeres jóvenes si no venían acompañadas. Una dama que, más por curiosidad y vanidad de verle y platicar con él que por devoción, había solicitado audiencia, recibió una respetuosa pero clara negativa; porque era un hombre humilde desconfiaba de sí mismo y se precavía no sólo frente al mal, sino también frente a la apariencia del mal.

En esta delicadeza de conciencia educaba el Padre a sus hijos. Les recordaba a menudo, como un estribillo, que en este campo de batalla gana el que huye: "Huye pronto, huye lejos, huye siempre".

No hay que pensar que Conforti fuera un misógino; no sería un siervo de Dios ni un santo. El

consideró a la mujer como lo que es: una creatura de Dios, digna del más grande respeto; una ayuda y complemento del hombre no sólo en el plan afectivo y familiar, sino también en el espiritual y apostólico. Llamó a la mujer a cooperar en el apostolado de la catequesis, de la acción católica y social, de la beneficencia y de las misiones.

La doctora Antonieta Capelli había ideado una institución con el fin de acercar a Dios a los intelectuales alejados de Él. En el obispo Conforti encontró el primero y más válido patrocinador.

Cuando se enteró de la idea, dijo a la fundadora: "Hace nueve años que todos los días en la Misa he pedido a Dios que surgiera una obra como ésta". Quiso él mismo apadrinar la nueva asociación, fue su primer asistente eclesiástico, les ofreció un local en el obispado para sus reuniones y la capilla para sus pláticas religiosas.

Y pensó en la mujer como misionera, desde el lejano 1907. Cuando Don Domingo Dagnino ofreció al fundador a sus dos hijos Vicente y Amador, el Siervo de Dios pidió a ese óptimo padre también una hija, estudiante universitaria, para que fuera la primera piedra de la rama femenina de su instituto.

Uno podría preguntarse cómo pudo ser religioso obediente un hombre como Mons. Conforti que estuvo mandando toda su vida. Sin embargo, la obediencia del Siervo de Dios llegó al heroísmo en varias ocasiones.

Aunque de temperamento vivaz y rebelde, obedeció siempre a sus padres. Su mamá pudo decir: "Cuando tengo algún disgusto, me basta pensar en el consuelo que me da aquel hijo, para sentirme aliviada y contenta". Según algunos testigos, su respeto, afecto y obediencia a los superiores del seminario y al obispo Magani, fueron perfectos.

Pero la más heroica obediencia la ejerció con los Papas León XIII y Pío X. Por dos veces tuvo que beber el amargo cáliz de abandonar el instituto misionero por él fundado. En balde suplicó: "Padre Santo, si es posible, pase de mí este caliz". Los Papas quisieron el sacrificio, y el sacrificio fue aceptado.

Por otra parte, mientras era condescendiente y bueno al exigir la práctica de las demás virtudes, nunca fue indulgente en el campo de la obediencia. Explicaba: "Esta virtud reside toda en la voluntad, y la voluntad siempre tiene que ser sojuzgada". "Para quien tiene fe, —añadía— la obediencia es un juego de niños". "La desobediencia es inseparable de la soberbia y de la rebelión, y ambas son posturas de Luzbel".

"Del espíritu de obediencia —escribe en el reglamento— dependerá la vida, la prosperidad y la fuerza de nuestro instituto, el cual deberá formar un ejército ordenado y compacto a las órdenes del Vicario de Cristo. Si llegara a debilitarse este espíritu, muy pronto el instituto iría a la decadencia y a la ruina".

SOCIEDAD DE ELOGIOS MUTUOS

Desde su atalaya de Campo Marte, situada en la esquina del gran edificio, el Fundador seguía con el pensamiento y el corazón la marcha apostólica de sus misioneros de China. Les escribía carta tras carta. “Esta es la quinta que les envío en lo que va de año, para que sepan ustedes que no los olvido y que los considero más queridos que si fueran mis hermanos en la carne”. “Siempre estoy pensando en ustedes —dirá en otra—; a menudo hablo de ustedes que tanta parte tienen en mi corazón. Los abrazo y, en el beso santo, me confirmo afectísimo hermano en Jesúcristo, Guido María Conforti”.

De su parte los misioneros lo querían con locura, y le enviaban todas las noticias, en detalle, del nuevo campo apostólico de China. “Nosotros cuatro —escribe uno de ellos— estamos un poco lejos uno de otro, pero, ¿qué importa? Nuestros corazones están aún más unidos en la caridad y en las comunes aspiraciones”. “No puede imaginar, Exce-lencia —escribe otro— la alegría que probamos encontrándonos juntos, animándonos mutuamente, hablando de nuestro instituto, de su fundador, y de la futura misión que se asignará al Instituto”.

La unión fraterna de aquellos cuatro misioneros, aprendida del fundador en el nido de aguiluchos y aumentada ahora en la misión, atrajo en seguida la atención y admiración sincera de los demás misioneros, los cuales bromeando, llamaban a los cuatro: "la sociedad anónima de elogios mutuos". Este detalle llegó a oídos del fundador, que se alegró profundamente porque veía que su máxima "Amense como hermanos y respéctense como príncipes", había encontrado óptimo terreno también en China.

Años más tarde se le aseguraba: "La sociedad anónima de elogios mutuos" aun no da señal de quiebra. Y me alegra poder decirle, para consuelo de vuestra Excelencia, que entre nosotros reina el amor mutuo y la santa emulación en el bien".

Mons. Conforti había querido que su instituto fuera, ante todo, una familia y que el espíritu de familia fuera una de sus características: "Espíritu de amor intenso a nuestra familia religiosa, a la que hemos de tener por madre, y espíritu de caridad a toda prueba para con los miembros que la componen". Porque: "Tenemos en común la vida, los ideales, las fatigas, la dirección, todo".

La vida de familia es el quicio de la vida del xaveriano, el hogar donde se alimenta el empeño misionero, el medio que hace ligero el peso del apostolado y garantiza la perseverancia, la regla constante de todas las mutuas relaciones.

¿Cómo expresó el Fundador su paternidad dentro de esta familia? Entregándose a ella con todo

el ardor y el entusiasmo de sus 29 años, dispuesto a "sacrificar todo su ser y todas sus cosas", hasta el punto de hacerse mendigo para mantener a sus hijos. Las preocupaciones económicas serán un constante estribillo en sus cartas. Una paternidad, pues, responsable en relación con la creatura que era su deber mantener en vida.

"Afecto" es la palabra que más se repite en las páginas de su epistolario. Los misioneros le son queridos "como su alma" y "como la niña de sus ojos". "Les pido perdón por no escribirles tan a menudo como es mi deseo; pero, con mi mente y mi afecto, estoy muy cerca de ustedes. Vivan seguros de esto".

Al mismo tiempo, recuerda y saluda "con afecto paterno a los pequeños aspirantes del seminario menor de Vicenza, hijos primogénitos y el más precioso de nuestros tesoros", "le parece un siglo que no los ve", pero se consuela cuando los mira "en la foto que tiene siempre en su escritorio, y de esas miradas recibe ánimo para seguir adelante". Lo mismo llora por un misionero que muere en el campo de las misiones, que por un alumno del seminario menor de Vicenza.

Si se ve obligado a usar la mano fuerte, declarará que "es el afecto lo que lo hace hablar, porque quien ama, teme". Por eso llama la atención al padre Uccelli porque no es bastante diligente en responder a sus cartas y en tener en orden el registro de las cuentas; se queja porque el padre Frassinetti se ha ido a Tripolitania para filmar la

película "Africa Nuestra" sin despedirse de él y sin pedirle la bendición; le duele profundamente y le humilla el saber que hay diferencias entre los padres Sartori y Bonardi.

En una dura carta al padre Sartori se pregunta "si no será mía la culpa de que, después de 25 años del instituto, falte todavía en algunos de sus miembros el espíritu de concordia, de disciplina y de mortificación, y hasta las columnas maestras vacilen, amenazando hundirse".

Después de invitarlo a corregir su carácter arisco y difícil, con dulzura de padre, lo anima a perseverar, y le ordena que nada de todo lo ocurrido sepan los jóvenes, para que no se merme la autoridad del superior ni cause en ellos desaliento.

Si, en los miles y miles de cartas, repite machaconamente las palabras concordia, paz, armonía, santa unión, vínculo santo, un corazón solo y un alma sola, al mismo tiempo estigmatiza lo que rompe el espíritu de familia: el egoísmo, la censura y murmuración, la tendencia a las disputas y a las singularidades, la manía de lucirse y sobresalir en todo.

Notas fundamentales del espíritu de familia son: la corresponsabilidad, la mutua confianza, el diálogo, la sinceridad, la laboriosidad, la alegría. Uno para todos y todos para uno, que el Fundador traducía así: "Cada misionero debe vivir la vida de la sociedad, participando en todos sus gozos y en todos sus dolores".

Cuando los alumnos pasaban las vacaciones de verano en las montañas del Perlaro y Berceto, alo-

jados en rústicas tiendas al Fundador le gustaba subir a visitarlos en los días festivos, celebrar la misa y entretenerse familiarmente con la comunidad. Su llegada constituía un gozoso acontecimiento y su presencia era motivo de viva alegría y de fiesta. Fiesta y acogida bulliciosa, al son de instrumentos musicales, bajo la sonriente complacencia del Padre.

En este clima de familia y durante el período de vacaciones, se festejaba el día onomástico del Fundador, 12 de septiembre. Este festejo le brinda la ocasión para consolidar los vínculos del afecto familiar. "Venerando al superior —decía— se recuerdan a la vez a los hermanos cercanos y lejanos, particularmente los que están trabajando en las misiones lejanas".

Fiesta en familia, el día de Navidad: "Navidad con los tuyos", reza el dicho popular. El Fundador fue riguroso en exigir que todos estuviesen en casa para la cena de Noche Buena y la comida de Navidad. Fue el primero en dar el ejemplo, pues nunca pensó en ir a pasar Navidad con sus parientes y sobrinos de Ravadese o de Parma.

Era tan sagrada esa solemnidad que a nadie se le permitía pasarla ni en su casa ni, por motivos de ministerio, en alguna parroquia.

En aquellos días de vacaciones, quería que no se tocara la campana y el horario era absolutamente libre.

En una de esas reuniones familiares pronunció aquellas solemnes palabras: "El amor es más bien

descendiente. No se ofendan, queridos jóvenes, si les digo que todo el afecto de ustedes hacía mí, es siempre menor que el afecto que, yo solo, tengo por ustedes”.

Su amor era vivo e intenso, y al mismo tiempo lleno de nobleza, respeto y dignidad. Escribió más de 6000 cartas a toda clase de personas: papas, cardenales, obispos, ministros de estado, sacerdotes, hasta el último de sus alumnos. En esas hojas lindas, ordenadas, bien dobladas, agradables hasta en su presentación exterior, no se encuentran borraduras, manchas de tinta o una caligrafía presurosa o ilegible.

Amor y atención especiales para los enfermos y los ancianos que siempre hay en las familias. “La congregación —deja escrito en las constituciones— es madre amorosa que no abandonará nunca a sus enfermos y ancianos, sino que redoblará las atenciones y el afecto en proporción a la necesidad, y les prodigará los cuidados más atentos, aún a costa de gastos y sacrificios”.

El fundador era el primero en cumplir esas atenciones. Al entrar en la Casa Madre, su primera pregunta era si había enfermos; en caso de que los hubiera, la primera visita era para ellos, y luego, la segunda, a la Capilla. Al padre José Brambila enfermo, le ordenó internarse, dentro del plazo más breve, en el hospital de Hankó (Honán), cortando la posible pregunta “¿Quién pagará los gastos?” con “El Instiuto de Parma pagará”.

Al superior Calza encomienda que los "cohermanos se abstengan de toda mortificación no necesaria que pueda perjudicar de alguna forma su preciosa salud".

Los xaverianos de la primera hora quisieron con locura a su padre. Uno de ellos deseaba "morir antes que dar un disgusto a su Fundador", "aceptando la palabra del Padre aun cuando fuera amarga", porque provenía del "mejor de los padres".

Otras dos clases de personas el Fundador incluía en la familia xaveriana: los padres y los bienhechores. "Los padres de los misioneros deben ser considerados como los mejores bienhechores del instituto". Mons. Conforti siempre recordará a sus buenos padres. Y, de su santa madre, dirá: "Yo le debo mucho a mi mamá. No sólo la vida, sino también la educación cristiana, la piedad, la entrada en el seminario y la vocación".

Uno de sus misioneros, el padre Luis Calza, al partir para misiones se había despedido de su padre en forma borrascosa. Don José aún no podía aceptar que su hijo Luis hubiese actuado con la cabeza. Mons. Conforti fue a visitarlo en Roccaprebalza, en el Apenino Parmense, para consolarlo y darle noticias de su hijo que ya estaba en China. Luego escribe al padre Luis: "He ido a Roccaprebalza. No tengo palabras suficientes para expresarle la alegría de su padre y de los demás de su familia. Tengo un mundo de saludos que enviarle de parte de todos y diez liras de parte de su buena madrastra".

UNA MISIÓN EN PROPIO

Dos años después de la primera expedición a China, en enero de 1906, salen otros tres misioneros: Leonardo Armelloni, Eugenio Pelerzi y Pedro Uccelli; un arquitecto, un caballero errante y un santo.

Cuando el fundador los presentó a San Pío X, en visita privada, el Papa les preguntó:

—Y el martirio que tal vez les espera, ¿no les da miedo?

—No, Santidad, antes lo deseamos.

—Bien; si tales son sus deseos, vayan con mi bendición y no olviden este pobre viejo.

Cuando llegaron a Napoles para embarcarse, al padre Pedro no le había llegado el pasaporte. Todo estaba listo: el pasaje, las maletas, las cajas; pero, del pasaporte, sólo los documentos preliminares del municipio. No le quedaba al bueno del padre Uccelli más que esperar otra expedición.

—Eso sí que no —dijo el padre Pedro.

—¿Quiere ir a la cárcel? —le preguntaron sus compañeros de viaje.

—Tampoco. ¡Yo quiero ir a China con ustedes!

—¿Sin pasaporte?

—No es preciso. Basta el barco y el pasaje que tengo en la mano.

En el puerto, se cargó de maletas a más no poder y subió al barco como "acompañante". Se coló entre un grupo de misioneros salesianos, más numerosos, que también iban a Shanghai y sólo reapareció cuando ya la nave estaba en alta mar. En Hankó sacaron un pase de la embajada italiana y así pudo desembarcar felizmente en Shanghai.

Fecha da en Nápoles aquel mismo día de la salida de los tres misioneros, es la carta circular del Fundador Conforti, anunciando que, por fin, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide había confiado al Instituto Xaveriano una misión en exclusiva. Motivo de gran alegría y, al mismo tiempo, de gran responsabilidad ante la Iglesia. Les recomienda ser entre ellos un solo corazón y una sola alma, unidos siempre con el vínculo de la perfecta caridad fraterna que "no piensa mal, no busca su interés, no se irrita, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta".

"Adiós, queridísimos —concluye el Fundador— ¡mi gozo y mi corona! Si pudieran ustedes ver en este instante mi corazón, si pudiera yo expresar todo lo que siento, conocerían cuánto les quiero y cuáles votos yo hago para ustedes".

La nueva Prefectura Apostólica del Honán occidental tenía una superficie de 30,000 kilómetros, con una población de ocho millones de habitantes. Estaba situada prevalentemente en la montaña y era bañada por el Río Amarillo. El clima es sano

y la índole de la gente, buena. Si los cristianos eran pocos, eso se debía más bien a la falta de misioneros.

Fue nombrado Prefecto Apostólico el padre Luis Calza. Tenía 27 años, pero era ya maduro por la prudencia y la virtud. Dirá de él su compañero padre Bonardi, en carta al fundador: "Calza es el verdadero tipo del misionero: amable sin debilidades, firme sin dureza, virtuoso sin presunción, valiente sin ser imprudente. Cualidades que lo hacen objeto de estima. Tendrá ciertamente un magnífico éxito". Como se ve, la famosa sociedad de la mutua incensación estaba muy lejos de quebrar.

Mons. Conforti no se limitaba a enviar hermosas circulares, para animar a sus misioneros a la piedad y al apostolado, sino que "se hacía en dos y en cuatro" para enviarles cajas llenas de objetos de uso sagrado y profano, inclusive bicicleta. Era una alegría para él ver a sus misioneros salir "más cargados que los reyes magos". Era un honor para él y, además un deber, pedir como un fraile mendicante, de puerta en puerta, en favor de sus misioneros. Les escribe: "También este año Fray Galдино (típico fraile mendicante descrito por Manzoni en "Los Novios") se pondrá en camino con su cesta y, si no ha sido mala la cosecha de nueces, espera traer al convento una discreta provisión para el invierno que viene".

multiplica las cartas de solicitud a las varias asociaciones misionales nacionales e internacionales, a las Obras de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia. “No le ocultaré —escribe a Mons. Calza— que los subsidios obtenidos nos han costado cartas y viajes en cantidad. Por eso le recomiendo que proceda no según los buenos deseos, que son muchos, sino según las fuerzas, que son pocas. Yo sería del parecer de que hiciera un buen proyecto de la nueva residencia y fuera poco a poco levantándose, con el tiempo y según los medios de que disponga. Huya de las deudas como del pecado mortal”.

En segundo lugar recomienda al nuevo Prefecto Apostólico la gratitud a los bienhechores: “Escriba a Don Carlos Bassi para darle las gracias por lo que les ha enviado y lo que ha prometido enviar para más adelante”.

Por fin, absoluta confianza y abandono en la Divina Providencia que jamás deja que falte nada de lo necesario a aquéllos que trabajan por la santa causa de las misiones.

Y concluía: “Su norma de gobierno sea ésta: hazlo todo en la caridad. Caridad y humildad: he aquí el secreto evangélico para triunfar de todo y de todos”.

UN PASTOR CON DOS REBAÑOS

1907-1931

*“Obispo de Parma, pero misionero para
todo el mundo” (Card. Roncalli)*

Archivio Saveriano Roma

OBISPO DE PARMA

El arzobispo Conforti había encontrado un poco de la salud que en Rávena parecía comprometida para siempre. Además, había llegado de Roma la aprobación pontificia de su instituto y de las Constituciones así como la asignación de un territorio en Honán; los envíos de misioneros a China se sucedían regularmente; las vocaciones, aunque con cuentagotas, iban en aumento; la vida en la gran colmena proseguía laboriosa y alegre. Y, de pronto, apareció en el horizonte otra caricia del Crucificado de Santa María de la Paz.

Fue el Papa, el Santo Papa Pío X, quien de su puño y letra enviaba a Conforti, una carta que empezaba con estas palabras: "Somos dos los que venimos a pedirle una gran caridad. . ."

El Siervo de Dios, arrodillado en la capilla, delante el sagrario siguió leyendo: "El venerado Mons. Magani, para proveer una diócesis tan vasta y fatigosa como Parma, pide un coajutor con derecho de sucesión. Necesito que Mons. Conforti me diga: Aquí estoy, envíame!"

Nueva escaramuza de parte del arzobispo Conforti para sacudirse de encima esta otra carga. Pero tuvo que beber, también esta vez, el cáliz

amargo de lo que consideró como una especie de "castigo de Dios". "Tal vez porque no he correspondido al primer llamado de la vocación misionera, el Señor, como castigo, me dio la cruz de obispo".

"Cuando el Fundador fue nombrado obispo-coadjutor de Parma —recuerda un xaveriano— fue algo muy doloroso para nosotros, porque teníamos la clara impresión de perderlo. También su aspecto era triste en aquellos días".

El Breve Apostólico de nombramiento fue fechado en Roma el 24 de septiembre de 1907, fiesta de la Virgen de la Merced. Esperaba Mons. Conforti que el fuerte Magani hubiese de vivir más años, pero la muerte le llegó de improviso el 12 de diciembre del mismo año.

Ahora Conforti era nuevamente capitán efectivo en el campo. Escribe al cardenal Ferrari: "Empiezo otra vez a sentirme obispo, añorando la paz y la tranquilidad de Staurópolis. La semana pasada he ido a Roma y el día 23 me recibió el Santo Padre que mucho me animó. Al comienzo de mi nueva tarea sentía la necesidad de escuchar la palabra y recibir la bendición del Vicario de Cristo".

A la vuelta de Roma, después del coloquio con Pío X, dijo a sus misioneros: "Sobre la tumba de los Apóstoles he jurado morir en la cruz".

La exultación de la iglesia parmense fue mayúscula. El cardenal Ferrari vino de Milán, para presentar el nuevo obispo:

“Exulta, oh santa iglesia parmense —empezó diciendo el cardenal— Parma, a ti llega el fuerte, a ti llega el santo”.

Desde el Instituto Xaveriano, el nuevo obispo Conforti dirigió a su pueblo, en la primera carta pastoral, su programa de acción:

“Mi política será siempre el Evangelio; mi partido, el de Cristo; mi programa de gobierno, el que fue trazado por los Apóstoles; mi palabra de orden, la que he querido grabar en mi escudo episcopal: “In omnibus Christus” (En todas las cosas Cristo)”.

Conforti vuelve a revestirse de las insignias episcopales, trasladándose de la humilde “Sala Roja” de su instituto al antiguo palacio, sede de San Bernardo de los Uberti y de los obispos Sanvitale, Rossi, Farnese, Sforza, Villa y Magani, hecho centro y punto de referencia de los ojos de todos sus hijos.

“Hijo yo mismo de la obediencia —prosigue en la carta pastoral —a pesar de mi mezquindad, soy al mismo tiempo consciente de la altísima dignidad y responsabilidad del obispo, representante de Dios, sucesor de los Apóstoles, continuador de la obra de Cristo en la tierra, pastor, maestro y guía”.

Y sobre todo, padre. “No estaré en medio de ustedes para mandar, sino para servir, para orar, conjurar, amonestar. Aunque tenga que luchar contra el error y el vicio, nunca alimentaré amar-

gura con los que yerran; podré ser adversario, pero nunca enemigo”.

En Rávena había encontrado una viña desolada. En Parma la situación no va a ser halagüeña. He aquí, cómo un sacerdote de aquel tiempo describe con pocas pinceladas la situación religiosa y moral de la diócesis:

“Al inicio de su episcopado en Parma, el siervo de Dios encontró la diócesis en condiciones religiosas, morales y sociales preocupantes. En aquel tiempo hubo catorce defecciones de curas, dos de los cuales se hicieron pastores protestantes. Parma era un centro de anticlericalismo volterriano. De su universidad salían médicos y profesionistas ateos y anticlericales. Los escalafones y los puestos de dirección estaban reservados para los inscritos en la masonería. Fue notoria la campaña de los masones organizada en los periódicos contra la pureza de San Luis Gonzaga y contra la teología moral de San Alfonso María de Liguori.

“Junto a la masonería, el surgir del socialismo y su triunfo en 1908, difundiendo en el pueblo ignorante la incredulidad y el desprecio por la religión y por el sacerdote. El bautismo era ridiculizado y se lo sustituía con el bautismo de champagne; confirmar era sinónimo de “pegar”; comulgar era “ir a desayunar en la iglesia”, confesarse se decía: “Ir delante del rallador”; la unción de los enfermos era “untar las ruedas del carro para que corra más veloz”.

Con esta visión por delante, el siervo de Dios como buen pastor se echará a la calle, con la mirada puesta en el objetivo, con el cayado en la mano, la respiración afanosa, a la búsqueda de las ovejas descarriadas.

Será difícil seguirlo ahora, paso a paso, en su larga jornada de 16-18 horas diarias de trabajo agotador; en sus cinco visitas pastorales a lomo de caballo o mulo por las faldas de los Apeninos parmenses; en las audiencias con sus sacerdotes; asistiendo a los exámenes de los dos seminarios el diocesano y el misionero; en la redacción de las múltiples cartas pastorales; en el envío de miles y miles de cartas escritas de su puño y letra a obispos, sacerdotes, misioneros, laicos, religiosos, monjas; en el equilibrado y perfecto servicio y dirección de las dos familias, aparentemente anti-téticas: la familia diocesana y la familia misionera, de las cuales era padre y guía.

Solamente un hombre como Conforti, acostumbrado a ver los hombres y las cosas con una visión de fe y de Iglesia, pudo realizar lo irrealizable, en forma armónica y perfecta, con plena satisfacción de ambas partes.

PROBLEMAS CANDENTES

Nada más con tomar posesión de su nuevo campo de trabajo, el obispo Conforti tuvo que enfrentarse con dos graves problemas en su diócesis: la cuestión social y el modernismo.

El 12 de diciembre de 1907, a la muerte del obispo Magani, Conforti le sucedía automáticamente, según el Derecho Canónico. Sin embargo, sin el *Regio exequatur*, es decir sin la aprobación del gobierno italiano, no podía hacer nada oficialmente. Su predecesor Mons. Magani había tenido que esperar más de un año para obtener dicho placet gubernamental.

A pesar de haber sido arzobispo de Rávena y no obstante los óptimos informes enviados por las autoridades civiles de Parma a Gobernación, el Decreto tardaba en llegar. El buen pastor tenía prisa y estaba afligido por la espera. Escribió al Ministro, solicitando el expediente, que por fin llegó a final de febrero de 1908. Tres meses, pues. Tiempo récord.

Algunos días después, el 4 de marzo, como vimos, envía su primera carta pastoral, y el 25, fiesta de la Anunciación, hace su entrada oficial en la diócesis.

A los pocos días de su entrada, cuando aun no se habían acallado los gritos de júbilo, él "Exulta, oh santa iglesia parmense" del cardenal Ferrari, otros gritos se levantaron en el cielo de Parma. Gritos de protesta, rencor y odio. Era el estallido de la gran huelga agraria que afligió durante dos largos meses la provincia de Parma.

En aquellos años la situación de los campesinos era verdaderamente miserable. El "pan de cada día" era la tradicional molienda de maíz; escasos los frijoles. La pelagra señoreaba en la población campesina de un 20 a un 40 por ciento. Doce horas de trabajo y aun más, para hombres, niños y mujeres.

No hay que extrañarse pues, si en estas condiciones, los campesinos, en gran parte braceros y jornaleros, estuviesen descontentos y deseosos de una mejoría.

El socialismo que en Parma había abierto la primera Cámara de Trabajo en 1890, con 500 inscritos, pasó rápidamente de reformista a revolucionario. Es decir abandonó el programa democrático, volviéndose maximalista y predicando la lucha de clases. Tuvo su prueba de fuego el primero de mayo de 1908.

El obispo Conforti, antes que estallaran los disturbios y la gran huelga, el 10 de abril había dirigido un caluroso llamado a la paz, invitando las partes a un convenio. A los pobres, "los hijos de la fatiga", a los trabajadores, "privilegiados del Redentor", les dice:

"No den fácil escucha a los que siempre gritan contra la tiranía, y al mismo tiempo los tiranizan, exigiéndoles el sacrificio de su fe. No es verdad que la religión les impida la mejoría económica; les impide, eso sí, el odio, la violencia, la exageración en las pretensiones. . ."

A los ricos e industriales les amonesta:

"No olvidense ustedes que los obreros de sus fábricas y los trabajadores de sus campos, son sus hermanos; y como tales deben ustedes tratarlos. Si por una parte el derecho de propiedad es sagrado, por otra parte la avidez de los bienes está condenada por la ley natural y evangélica. Sean siempre humanos y generosos".

Después de esta carta, una semana más tarde, con ocasión de la Pascua, el 16 de abril, vuelve sobre el argumento: "Es el amor que me empuja a hablar, y el amor no engaña. Y ustedes, sin distinción de partidos y opiniones, acojan la palabra del obispo, por lo menos como palabra de quien, sin intereses y dobles fines, desea y busca el bien de todos".

A pesar de estos apremiantes llamados del Pastor, el día primero de mayo estalló la huelga general de todos los asalariados y braceros de la provincia de Parma. Más de once mil trabajadores del campo se cruzaron de brazos en 42 pueblos. La situación se puso pronto al rojo vivo. Los pastos de la primera siega de mayo quedaron sin cortar mientras los animales en los establos.

sin forraje, y las vacas sin ordeñar, llenaban las aldeas de sus mugidos desgarradores.

Los pocos dueños tuvieron que suplir al trabajo con los miembros de su familia; mas donde los establos eran grandes, fue preciso proveer otra forma. Se vieron así los caminos llenos de animales mugientes, llevados a las provincias colindantes, para que no muriesen de hambre, mientras de otras provincias llegaban en ayuda los primeros braceros. Esos obreros que venían a substituir a los huelguistas, eran recibidos hostilmente y llamados "krumiros". La fuerza pública tenía que intervenir para protegerlos.

El primero de junio se intentó un acuerdo que fracasó. El 19 de junio llegó a la estación de Parma un tren con más de un millar de trabajadores voluntarios. Era un auténtico desafío. Los Sindicalistas proclamaron la huelga de todas las categorías. Se levantaron barricadas y empezaron los disparos. Intervino la policía y el ejército que ocuparon la Cámara de Trabajo, dando por terminada, con la fuerza, la gran huelga agraria que había durado 57 días.

Mons. Conforti dijo en aquella ocasión: "Sirvan estas luchas por lo menos a dar mayor realce a las verdades de la Fe. Ricos y pobres se han alejado de la Fe, y ahora sufren las consecuencias dolorosas. No debemos dormir ni perdernos en quejas inútiles".

Y no durmió. Ya desde cuando era Vicario general, había apoyado el Movimiento Católico

obrero, llevado adelante por el senador José Micheli, su gran amigo. Ese movimiento fue vigoroso especialmente en las zonas de los Apeninos, dándose a conocer con la publicación del periódico "La Joven Montaña".

Luego Mons. Conforti, de acuerdo con el salesiano Don Baratta y el amigo Micheli, fundó tres Patronatos, para contrarrestar la acción socialista: uno para los estudiantes, con la sección Jóvenes Universitarios; un segundo para la Prensa con la publicación de "El Despertador"; y, por fin, un tercer patronato para los obreros, con la creación de un laboratorio para las jóvenes sin trabajo y sin instrucción. A los gastos proveía el Obispo con la asignación de una prebenda canonical.

Aun Conforti se encuentra en las primeras armas de una lucha que tendrá su punto culminante más tarde, dentro de unos años. Entonces el Obispo de hoy será el Gran Capitán que se pondrá en medio de la contienda, respetado y escuchado por los dos bandos.

Como si esto no fuera suficiente, en aquellos mismos años, brotaba y serpeaba dentro de la Iglesia un mal grave que la amenazaba en sus mismas raíces: el Modernismo. Bajo el pretexto de querer "modernizar" a la Iglesia, los tres mayores exponentes del Modernismo, Loisy, Tyrrel y Bonaiuti, expresaban ideas que socavaban la Fe e intentaban reducir la misma religión a un puro racionalismo.

El dulce Pío X se levantó en armas contra el

Modernismo con su famosa encíclica "Pascendi". Conforti no tardó entrar en campo con una enérgica carta pastoral. Reseña ante todo los errores principales de esa pretendida Reforma de la Iglesia. Para los nuevos reformadores es imposible llegar con la razón al conocimiento de la existencia de Dios; el juicio privado prevalece sobre el magisterio; los dogmas son verdades relativas y siempre en evolución; la Sagrada Escritura es un documento de la religiosidad de un pueblo, pero sin carácter de inspiración; Cristo es Dios solamente en la conciencia de los cristianos, mas no según la historia, la cual no puede probar los milagros y mucho menos la resurrección de Cristo; la Iglesia tiene origen puramente humano; los sacramentos son puros símbolos y la vida eterna es algo indefinible.

Entre los cultores de la nueva herejía había especialmente curas. "Con el más vivo dolor debo constatar que también entre mi amadísimo clero, que siempre tuvo un corazón solo y un alma sola, se han insinuado estas ideas novedosas. Algunos se han opuesto abiertamente a la Suprema Autoridad, levantando la bandera de la rebelión y declarando guerra a ultranza a su propia Madre, en nombre de la libertad y el progreso".

"¿Qué hemos de pensar de ellos?", se pregunta Conforti. "Después de tantas promesas y juramentos, han dado la espalda a su bandera: son, pues, desertores, porque han pasado a las filas de los enemigos de Dios y de la Iglesia".

Después de la condena del juez, otra vez sube a flote el corazón del padre: "Compadecemoslos y roguemos por ellos a Quien dispone de las mentes y corazones para que puedan volver, no desesperando nosotros jamás de la salvación de nadie".

Acaba dirigiéndose a su clero fiel, exhortándolo a la verdadera reforma: la oración cotidiana, la vida espiritual, "porque —vuelve el pastor con su pensamiento a los hijos pródigos— la causa principal del alejamiento de nuestros hermanos está en el hecho que mientras gritan reforma ya no rezan, ya no meditan, ya no confiesen, y por eso el espíritu del mundo consigue abrir brecha en sus corazones".

"Mientras nos ponía en guardia contra la corriente literaria y religiosa que encabezaba el escritor y poeta Antonio Fogazzaro —cuenta un testigo de aquel tiempo—, al mismo tiempo el obispo Conforti, siempre equilibrado, reaccionaba contra el sistema de algunos que veían modernistas en todos los rincones y se permitían acusar con ligereza a personas muy dignas. Una vez envió expresamente a Vicenza su Vicario general Del Soldato para inducir al director de "La Revancha", Mons. Scotton, arcipreste de Breganze, a no publicar unas falsas acusaciones enviadas por unos intemperantes de Parma.

De esta forma, por la intervención tempestiva, fuerte y serena del obispo Conforti, el Modernismo, definido por el Santo Pío X, "síntesis de todas las herejías", no pudo arraigar en la diócesis de Parma.

LA JORNADA DEL OBISPO

A las cinco de la mañana, el obispo Conforti estaba levantado. Pasaba luego a la capilla privada para una hora de meditación porque, expresándose como Santa Gertrudis, decía que le hacía falta dos latidos: el de sístole o atracción y el de diástole o de expansión; "por el primero seremos santos, por el segundo apóstoles".

Seguía luego la misa, el centro de su larga jornada y el momento más atendido y mejor preparado. Sus sacerdotes le aplicaron a él el retrato del sacerdote fervoroso y santo trazado en el Sínodo diocesano: "Su misa es una íntima comunicación con Dios y una plática elocuente para el pueblo cristiano. El baja del altar como Moisés del monte Sinaí, con el alma llena de luz divina, con el corazón encendido de nueva caridad para los hermanos".

El señor Mogens Kai Norregard, danés y protestante, profundamente edificado por la actitud recogida del obispo Conforti en la celebración de la misa, se convirtió al catolicismo, recibiendo del mismo siervo de Dios el bautismo en su capilla privada.

Después de un breve desayuno, empezaba las audiencias y las prolongaba hasta las trece horas. La comida era muy sobria; comía lo que le pasaba su anciana cocinera Eulalia, sin manifestar nunca el deseo de un plato particular.

Media hora de siesta y otra vez a la capilla para el rezo del Divino Oficio y la visita al Santísimo Sacramento. "Cuando rezaba —declara su camarero Calzolari— estaba en tal forma absorto que no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor; y, para llamarlo, era preciso acercarse y tocarlo".

Dos clérigos xaverianos, enviados por el rector Bonardi a llevar una carta al Fundador, tuvieron que esperar casi tres horas, porque estaba en la capilla rezando. Sus más cercanos colaboradores, como Barchi, Oppici y Guareschi, tuvieron que esperar varias veces o volver más tarde, "porque el señor obispo —les decía el camarero— está en la capilla rezando".

La tarde se le iba en despachar la correspondencia, preparar los trabajos y estudiar. Por la noche, antes de cenar, el rezo del Rosario a la Virgen acompañado por todos los que se encontraban en el obispado. Después de la cena, se retiraba otra vez a su estudio para despachar las numerosas cartas que le quedaban, pues tenía por costumbre no dejar para el día siguiente la contestación de alguna carta. Una noche llegó a escribir hasta 35 cartas, de diferentes asuntos y bastante largas.

El último saludo era para el Amigo del Sagrario; oración que, en momentos particularmente difíciles, se prolongaba toda la noche. Su camarero, atestigua en el proceso de beatificación, haber encontrado varias veces la cama intacta.

¿Cuántas horas diarias emplearía el siervo de Dios en rezar? Ciertamente no menos de cuatro horas. El mismo aconsejaba a sus hijos un promedio de tres a cuatro horas. "Entre oraciones de la mañana y de la noche, santa misa con preparación y acción de gracias, breviario, meditación, lectura espiritual, exámenes de conciencia, visita al Santísimo Sacramento, rosario, y algún triduo o novena, si todo se hace como se debe, no salen ustedes con menos de tres horas y media; lo ideal sería cuatro horas. Y, créanme, son las horas mejor empleadas".

Estas prácticas diarias no bastaban a su alma sedienta de Dios. En los retiros mensuales del clero él siempre participaba en primera fila y a menudo los predicaba el mismo. En los meses de verano, se retiraba a lugares solitarios, como Asís, la Verna, Camáldoli y, en esas celditas desnudas, pasaba quince y más días, según se lo permitían sus ocupaciones.

Su idea fija era: la piedad, la piedad, la piedad. "¿Quieren ustedes —preguntaba— que una comunidad florezca? Hagan florecer la piedad y verán ustedes milagros".

"Cuando, por deber de oficio, —escribe el rector de los xaverianos —le hablaba yo de nues-

tros alumnos, de sus cualidades y defectos, el fundador no omitía preguntarme: "¿Es un muchacho de piedad?".

"Varias veces me manifestó sus preocupaciones sobre uno que, aunque de óptimas cualidades, no manifestaba una sólida piedad. Y los hechos le dieron la razón".

Este argumento nos da la llave y el secreto de toda la inmensa actividad y santidad del siervo de Dios Mons. Conforti. Para terminar, queremos acompañarlo un momento por un camino que él recorría infaliblemente todos los sábados, cuando no estaba fuera por algún compromiso.

Por la tarde salía de su palacio episcopal acompañado de un sacerdote o de un seminarista y, a pie, cruzaba el centro de la ciudad. Al pasar por la plaza Garibaldi, corazón geográfico e histórico, político y social de la ciudad de Parma, todos se quitaban el sombrero, católicos y anticlericales, obreros y masones, y callaban respetuosamente.

Una vez, en aquel silencio respetuoso, se oyó, a media voz, un hombre que, entre bromista y serio dijo, apuntando con el dedo a la estatua en la plaza: "¡Casi casi se quita la gorra también Garibaldi!" Nadie se rio. Pero la expresión en boca de aquel paisano significaba, no sólo veneración hacia la persona del obispo, sino el cambio radical que se estaba operando en favor de la religión y de la Iglesia.

Cruzando el puente sobre el río Parma, el obispo entraba en la iglesia de la Anunziata de los Franciscanos, para hacer su confesión semanal con el Padre Salvador Spada. Empleaba algún tiempo en prepararse, luego se confesaba, daba las gracias y volvía a palacio.

La gente del Ultratorrente, que conocía esta piadosa costumbre del santo obispo, se preguntaba al verlo pasar: "¿Qué necesidad tiene él de confesarse?".

Lo mismo se preguntaba Don Ferrari, el arcipreste de Carignano cuando durante las vacaciones, se lo veía llegar para confesarse. Dijo a un cura amigo suyo: "¿Qué viene hacer el obispo? ¡No tiene nunca nada!".

Y si algún confesor se sentía un poco confuso y empachado frente al obispo, él le facilitaba las exhortaciones con estas palabras: "Diga, diga, Padre, aquí yo no soy el obispo".

LAS AUDIENCIAS

Aquella mañana Mons. Conforti se había levantado con una cierta alegría: la alegría del pescador que prevé una pesca abundante. Se trataba nada menos que de un libre pensador, un profesor de universidad, que iba a hacer su primera comunión en la capilla privada del obispo. "Si un día me confieso, ha de ser con el obispo", había dicho el catedrático.

El acompañante le había dado cita a las seis de la mañana, frente al monumento de Garibaldi, para ir luego juntos a palacio. "Esperé hasta las ocho —cuenta el testigo—. Por fin apareció el profesor todo apenado, por el retraso y porque... había desayunado. Comprendí que el motivo era otro: la lucha interior que lo atormentaba. Fuimos al obispado y encontramos al siervo de Dios, que, desde las seis de la madrugada nos estaba esperando, sin haber celebrado aún la misa.

"Escuchamos la misa del señor obispo y luego nos recibió en el salón de visita. Se interesó muy cordialmente por su clínica, pero sin tocar ni de lejos el asunto de la confesión y primera comunión, y, por supuesto, ni una palabra de la prolongada espera.

“En cierto momento, el profesor me miró como empachado. Entonces intervine yo: “Excelencia, el profesor vendrá otra vez por los Sacramentos”. “Muy bien, muy bien; siempre estoy a su disposición; venga cuando quiera”. Más tarde volvió con el obispo y recibió los sacramentos. Fue siempre un buen católico”.

Dos eran las formas de encontrarse con sus diocesanos: en las audiencias, recibéndolos en su casa y escuchándolos atentamente; y en las visitas pastorales, buscándolos en las parroquias.

Las audiencias estaban fijadas para los primeros cinco días de la semana, desde las nueve de la mañana a la una de la tarde. Todos tenían el derecho de pedirle una audiencia: sacerdotes y laicos, pobres y ricos, hombres y mujeres. “En los días establecidos —tenía escrito en su propósito— daré audiencia a todos, cueste lo que cueste”.

Aunque estuviera fatigado o turbado por algún disgusto, recibía a las personas con la misma amabilidad y dominio de sí mismo, hasta el punto de que, cuando las personas salían, se las oía decir: “¡Cómo es amable nuestro obispo, cómo está contento y cómo está bien de salud!”.

Amabilidad que no tenía nada que ver con la ingenuidad. Es verdad que en él sobresalía más la sencillez de la paloma que la astucia de la serpiente. Pero es igualmente cierto que su índole era más impulsiva y violenta, y que, luego, su amabilidad había sido conquistada a duro precio.

“Una vez me encontraba en audiencia —cuenta un párroco— cuando entró su secretario a decirle que en la puerta un pobre pedía limosna, elogiando la santidad y la bondad del señor obispo. El tuvo un arranque y exclamó: ¡No diga bobadas! Sólo Dios es bueno”.

Iba al encuentro de su huésped, lo acogía con su dulce sonrisa y lo hacía acomodarse. Lo escuchaba luego con toda calma e interés, como si no tuviese otra cosa qué hacer, y al final, lo acompañaba amablemente a la puerta.

Si invitaba alguna persona a su mesa, revisaba él mismo si todo estaba en orden y colocaba siempre unas flores delante de su huésped.

No todos los huéspedes eran educados como para medir el tiempo precioso del obispo. Había personas que nada más le hacían perder su tiempo aunque nunca le hicieron perder la calma y la sonrisa.

Mons. Conforti hace el retrato de sí mismo cuando, en los apuntes de su diario, escribe:

“Un alma piadosa que, por su oficio y sus deberes estaba expuesta a continuas molestias, sonreía siempre y acogía amablemente a todos, repitiendo estas sencillas palabras: El Amado nunca molesta. Si tal vez se le escapaba algún movimiento natural de impaciencia, aquella persona tomaba en seguida su alma en sus manos y la visión de Cristo, repitiendo: Perdóname, Señor, olvidaba que eras tú”.

Un día, y no era de audiencia, bajaba el obispo por la ancha escalera del palacio para trasladarse a la catedral. Al pie de la escalera estaba esperándolo un grupo de seminaristas, de sotana y roquete, para acompañarlo. En aquel momento, se le acercó un obrero. El siervo de Dios se detuvo para escucharlo y luego puso algo en su mano. El obispo antes le había encontrado trabajo, pero ahora volvía él para pedirle dinero con qué comprar la pala que necesitaba para el nuevo trabajo.

Eran muchos los pobres que acudían al obispo por ayuda. "Algunas veces —recuerda la cocinera Eulalia Landini— no tenía dinero a la mano cuando se le presentaba algún pobre. Bajaba entonces a la cocina para pedírmelo prestado, y se lo daba a los pobres con dulzura, mostrándose luego contento".

Un día recibe un mensaje urgente de la doctora Antonia Capelli. Un profesor masón ha contratado a una enfermera para que vaya a varias iglesias, reciba la comunión y le traiga luego las hostias consagradas. La enfermera sacudida por el remordimiento, entrega el bultito con las hostias a la doctora. Pero hay más en su casa. "Qué debo hacer? —pregunta la Capelli en su mensaje. El obispo le ordena ir a casa de dicha joven para recoger las demás hostias.

"El siervo de Dios —cuenta la señorita Capelli— me recibió de rodillas con el rostro en tierra. Quedó así varios momentos en adoración y sin decir palabra. Luego recibió de mis manos el pre-

cioso bulto y desapareció. Vino al rato y me hizo acomodar en el recibidor, para estudiar la manera de que dicha enfermera no sufriera represalias por parte de los masones”.

A romper estas audiencias llega, de vez en cuando, un telefonazo:

—Excelencia, soy sor Vicenta del hospital mayor. Hay aquí un enfermo muy grave que dice que sólo con uno podría confesarse.

—¿Con quién, sor Vicenta?

—Con vuestra Excelencia.

—Bueno, voy en seguida, hermana.

La visita dura hora y media. Nada se filtra del coloquio; pero por la mirada contenta del obispo y por el rostro sereno del enfermo, se entiende que una ovejita ha vuelto al redil.

Luego hay muchas recomendaciones que hacer. La caridad lo apremia. Coge la pluma y escribe.

Está de visita en Parma Su Majestad el rey Víctor Emanuel III. Las relaciones Iglesia-Estado aun están rotas, pero hay otra comunión, la de la caridad que siempre apremia. Conforti coge la pluma y suplica la liberación de un preso. Y la gracia llega.

Llega también todas las mañanas el padre Bonardi para tenerlo al corriente de los asuntos del instituto. Una mañana cuenta al fundador cómo los carabinieri han metido en la cárcel a un la-

droncito del Ultratorrente que robaba verduras en la huerta del seminario.

—Pero, ¿qué ha hecho usted, padre Juan?

—Excelencia, es un ladrón recidivo. Fijese usted, venía con la carreta. Nosotros avisamos a los carabineros para que lo espantaran; pero ellos lo cogieron con las manos en el saco, y al calabozo.

—Lo siento mucho, padre Juan; ahora mismo llamo a mi cuñado el abogado Piva para que lo saque de la cárcel.

Las audiencias más largas y más íntimas eran para sus sacerdotes. Les manifestaba una paternidad tan tierna y efusiva que todos se consideraban benjamines. Con los buenos y también con los no tan buenos. Una paternidad llena de ansia y alegría, de dolor y esperanza.

“He tenido una vida un poco equívoca —afirmaba uno de ellos—. El siervo de Dios, cuando me asignó la parroquia de Marore, con mucho afecto me dijo: Usted está aún a tiempo de ser un santo sacerdote”.

El sacerdote don Fabio ha tenido varios problemas con el obispo. Llega un telefonazo con la noticia de que ha tenido un infarto. Mons. Conforti deja las audiencias y corre al hospital. Allí se queda a la cabecera del enfermo, hasta que rinde su alma al Señor.

El canónigo Luis Comelli es un hombre intratable y hasta con el obispo a veces se la tomaba. Pide irse a América. Mons. Conforti le paga par-

te del pasaje y lo despide, abrazándolo y besándolo con cariño.

Supo que un sacerdote de su diócesis, después de haber colgado la sotana, estaba preparándose para el examen de secretario del municipio de Bobbio. Mons. Conforti escribe una carta al obispo de Bobbio para recomendarle mucho esa pobre oveja, diciéndole entre otras cosas, que “era uno de los sacerdotes que más había querido porque le había causado los más grandes dolores”.

“El obispo lloraba y yo más que él —declara otro ex-cura—. Antes que yo colgara la sotana, me hizo prometer que seguiría rezando siempre. Creo que he cumplido con mi promesa. Siguió igualmente tratándome como un padre y, todas las veces que lo encontraba, me trataba siempre con mucha consideración”.

Lo acusaron de debilidad y demasiada condescendencia con ciertos curas. “Piensen ustedes —se defendió el obispo— que yo soy, ante todo, un padre, y tengo que usar todos los medios para llevar los descarriados al buen camino”.

“Si es verdad —dice su amigo Savazzini— que el siervo de Dios no podía concebir cómo un sacerdote pudiera ser infiel a su vocación, hasta el punto de considerar muy difícil el retorno, sin embargo no dudó nunca de la infinita misericordia de Dios y por eso nunca dejó de correr en busca de esas ovejas perdidas”.

Don Seta, un ex-sacerdote ya difunto, cuando dejó su parroquia, por mala conducta, escribió al

obispo Conforti: "Tengo el deber de agradecerle todo el bien que he recibido de vuestra Excelencia y, en modo particular, la atención paterna que usó conmigo en el último encuentro". Y se marchó a un país lejano, diría la parábola del evangelio.

Pero una noche a causa de la espesa niebla, también el obispo Conforti se perdió en aquel lejano país, que era Milán. Dirigiéndose a un señor que pasaba, le preguntó por el camino. Muy amablemente, el desconocido se ofreció a acompañarlo. Era el ex-cura Seta. Padre e hijo pródigo se reconocieron y se entretuvieron, conversando toda aquella noche. Se hicieron la promesa de escribirse.

Para alejar a un sacerdote de sus ministerios, por motivos graves, el obispo le envía un decreto oficial que se llama suspensión a divinis. Con mucho dolor Mons. Conforti tuvo que recurrir algunas veces a esos expedientes, pero lo hizo siempre con corazón de padre.

Valga como ejemplo un texto que hace parte de una de las tantas estaciones del viacrucis del siervo de Dios.

"Por todos es conocida —escribe— la conducta de A. M., sacerdote de esta diócesis.

"Nosotros, no hemos partido la caña quebrada ni apagado la mecha mortecina, sino que, en la esperanza confiada del retorno del hijo queridísimo, nos hemos arrojado a su cuello y le hemos dado el beso de la paz y la reconciliación, ven-

dando sus heridas y derramando en ellas aceite y vino; además, siempre para el bien de su alma, hemos proveído a que se le restituyera la túnica blanca, asignándole, al mismo tiempo, el oficio deseado y conveniente.

“En efecto se repuso y se portó bien durante algún tiempo, y tuvimos, de veras, motivos para alegrarnos.

“Mas luego, nuevamente olvidó sus deberes, vi- viendo una doble vida, a nosotros mismos contán- donos el falso. De nuevo cedió a las seducciones del mal, y, despreciando las riquezas de la bon- dad, paciencia y longanimidad, se tiró al abismo de donde apenas había sacado el pie.

“Que Dios, rico en misericordia, no abandone a su ministro, sino que le dirija aquella mirada in- dulgente que volvió a Pedro, de manera que, tam- bién él, soltando los lazos con los cuales él mismo se ató, lllore amargamente como Pedro lo que por insipiencia cometió, y renazca en él aquella gracia que le fue dada por la imposición de las manos”.

Nada, pues, de expedientes fríos y burocráti- cos, sino cartas llenas de ternura. Todas las tar- des el buen Pastor oteaba con la mirada el hori- zonte, en espera del retorno de “aquellos pobreci- tos que habían tenido la debilidad de alejarse”.

Una mujer del pueblo, Claudia Pellini, que fue cocinera en la casa del obispo, salió un día con esta expresión: “Si mi obispo va al purgatorio será por haber sido demasiado bueno con sus curas”.

EL BUEN PASTOR

—Vete, desgraciado! ¿A qué vienes a molestar tan temprano?

Al padre José Orsi, nuestro profesor de teología, le gustaba contarnos lo que le ocurrió cuando era joven coadjutor en Langhirano.

La noche anterior había llegado el obispo Conforti de visita pastoral y él, cediéndole su cuarto, se fue a dormir en la sacristía.

Muy de madrugada, oí tocar ligeramente la puerta y forzar el candado. . . Alguien intentaba entrar. Yo, todavía lleno de sueño, pensé que era algún montañés importuno y le grité la maldición de arriba.

El importuno no se iba, seguía tocando a la puerta, dulcemente, como una ligera música. Me levanté para enfrentarme con aquel pelma, y me encontré delante a mi obispo que, sonriente, con el breviario en la mano, me pedía mil perdones:

—Disculpe, padre José, si lo he molestado. ¿Puedo pasar a la iglesia?

Me quedé mortificado y sin palabras.

—Muchas gracias, padre José; usted anoche se acostó muy tarde por preparar la fiesta de hoy. Vaya y descanse otro ratito. Si viene algún parroquiano a confesarse, aquí estoy yo.

Era un deber a la vez que un placer para el obispo Conforti ir visitando de aldea en aldea a sus feligreses. Era su vocación de misionero. El visitó toda su diócesis cuatro veces y hubiera terminado la quinta visita si hubiera vivido unos meses más.

El año mismo de su entrada en la diócesis de Parma, 8 de diciembre de 1908, se apresuró a publicar una carta declarando abierta la primera visita pastoral:

“Movido por el ansia amorosa de abrir mis brazos y mi corazón a ustedes, les anuncio con emoción y gozo la sagrada visita. Dentro de poco tiempo nos veremos, nos conoceremos personalmente y experimentaremos cuán bueno y gozoso es estar juntos los hermanos”.

Para que tenga éxito, la visita debe ser preparada bastante minuciosamente, enviando de antemano a todos los párrocos un cuestionario para conocer, por sus respuestas, las diversas situaciones del ambiente: habitantes, ocupaciones ordinarias, condición social, frecuencia de sacramentos, sentido religioso.

Y preparación inmediata: las misiones populares predicadas durante una semana. Los misioneros abrían el camino al pastor. De esta forma, fueron visitadas por el obispo Conforti las 310 parroquias de Parma, más los oratorios, iglesias y capillas de los religiosos, las obras, círculos e institutos católicos, en el espacio de cuatro años.

Por fin se sentía plenamente misionero, imitando a sus lejanos hijos de China en las andanzas apostólicas. Porque no todo era poesía. La visita pastoral era un trabajo dulce, pero trabajo. En verano y en invierno, bajo el sol abrasador o la lluvia torrencial, a lomo de mula o a pie, adelante, siempre adelante y arriba, hasta las cumbres más altas y los rincones más remotos de su vastísima diócesis.

Por lo general, llegaba en la tarde. La gente lo acogía en el límite del pueblo y lo acompañaba con calurosas manifestaciones hasta la iglesia, donde entraba precedido por la cruz. Saludaba con afecto a los feligreses y les anunciaba que, desde aquel momento, estaba a disposición de todos para las confesiones. Solía decir: "Cuando el obispo entra en una parroquia para la visita pastoral, es él el párroco".

Por eso él se ponía a completa disposición de los feligreses para cualquier servicio: predicación, confesiones, visitas a enfermos, catecismo.

Con ocasión de la visita pastoral, venían de los pueblos cercanos los sacerdotes del decanato para ayudar, especialmente en las confesiones.

"Llegamos una vez a Moragnano —cuenta Don Lino Bolzoni covisitador—, donde había un párroco inhábil y un campanero sordo. Era sábado por la tarde y ninguno de los curas de alrededor había podido quedarse por motivo de sus ocupaciones del domingo. El obispo confesó hombres y más hombres casi toda la noche; yo también me

puse a ayudarlo, pero los hombres preferían ir con el obispo”.

Llegaba el descanso de la noche que, a veces, era un poco problemático en aquellos viejos e incómodos curatos de montaña. Cuando los párrocos sentían presentarle una pobre habitación, Mons. Conforti sonriéndoles contestaba: “Está muy bien, no se preocupe; también su obispo es pobre, y de ello se gloria”.

A pesar de que el cuerpo estaba rendido, no siempre era fácil cerrar los ojos, o porque extrañaba la cama o por el charloteo de los que velaban en la cocina.

En Mossale, por la noche se desató la tormenta. A causa del agua que goteaba del techo, el obispo tuvo que abrir el paraguas sobre la cama. Nadie se dio cuenta hasta que lo contó el día siguiente, muy alegremente, suscitando las risas de los que estaban reunidos. Acabó comentando: “¡Pobres párrocos de montaña! Tienen razón si a veces se quejan de sus condiciones!”.

Sin importar cómo hubiese pasado la noche, a las cuatro de la mañana estaba levantado para acudir al confesionario; aunque, a veces le tocaba el barboteo de los curas, como en Maiático. Don Maquiavelo había bajado temprano a dar los primeros toques de campana. Viendo al obispo entrar en la sacristía, le dijo condifencialmente: “¿Qué ha venido a hacer usted en estas horas? Este es tiempo de estar en la cama”.

Durante la mañana hablaba sencillamente a la gente, asistía al examen de catequesis de los niños, administraba la confirmación, celebraba misa solemne, recibía a los sacerdotes y a las personas que querían hablarle, visitaba a algún enfermo.

Se encerraba en el despacho del párroco para un coloquio más íntimo con el responsable de la parroquia. "Siempre he visto a los párrocos —depone Don José Guerra— salir de este coloquio, serenos y satisfechos".

Pero cuando en una visita pastoral a Marzolará y Fragno se dio cuenta de que los dos párrocos habían alterado el número de inscritos a la A.C. figurando nombres no militantes, el obispo les llamó fuertemente la atención. "Yo mismo —dice el covisitador Balletti— los ví salir con las lágrimas en los ojos".

Al mediodía, una comida sencilla. A menudo era un problema y una penitencia para el siervo de Dios, el banquete de ocasión que los párrocos preparaban como homenaje al señor obispo. A pesar de que él había dado disposiciones muy taxativas, alguno que otro párroco se saltaba la torera y preparaba un menú no precisamente de acuerdo con los cánones del Sínodo.

Así ocurrió en Sórbolo, en la llanura cerca del Po, donde la gente trabaja bien y come mejor. El cura hizo preparar un plato más. El obispo cerró un ojo y puso igualmente buena cara. Pero cuando el párroco, con una cierta ligereza, se permitió observar que aquellas disposiciones tenían po-

ca importancia, cambió la cara de monseñor que “le llamó la atención con mucha severidad y energía”, dice un testigo ocular.

Nunca una queja sobre la comida. Por error, un párroco puso en la mesa una botella de vino bastante avinagrado. El obispo tomó un vaso y no dijo nada. Luego se retiró. Cayó en la cuenta el cura y trajo el vino bueno para los demás.

A propósito de comida: encontrábase en Tre-casali, al momento de sentarse a la mesa después del duro trabajo de la mañana, cuando se presentó un campesino jadeante.

—¿Qué hay? —pregunta el obispo al señor cura.

—Excelencia, un enfermo desea su visita.

—Pues, vamos.

—Está muy lejos. Excelencia.

—Una razón de más para ir pronto.

—Pero, Excelencia, no hay tanta prisa. La sopa ya está servida.

—Un enfermo vale más que una sopa—. Y se fue.

De vuelta, en la puerta, estaba una viejita que le esperaba desde hacía rato. Habló con ella y la consoló. Eran las 14 horas y a las 14.30 tenía que estar en otra parroquia. Comió de prisa y partió por el nuevo rumbo.

Cerca de Canneto, en la montaña, le ocurrió lo que en Rávena. Por una cuesta muy empinada, el caballo tropezó y el obispo cayó en el torrente

Cedra. Salió mojado y magullado; y así prosiguió, esta vez andando, hasta Palanzano. Allí pudo cambiarse de ropa y proseguir a caballo hasta Vairo y Valcieca donde lo esperaban. Durante el examen de catequesis de los niños, a causa de las contusiones, tuvo que estar sentado, contra su costumbre.

“Otra vez —leemos en el diario de Don Lino Bolzoni— encontrándonos en Corniglio, le sobrevino un fuerte dolor de muelas que no le permitió comer ni dormir varios días y noches. Continuó la visita a Roccaferata, luego a Graiana, Vestana y Petrignácola. Aquí dijo: “No puedo más”. Fue llamado el médico municipal de Corniglio que operó la extracción de la muela en una pequeña habitación del curato. Dijo que se trataba de un caso difícil y muy doloroso. Nosotros nos quejamos con el obispo:

—Excelencia, ¿por qué no nos avisó que tenía un diente cariado?

—Es que no quería interrumpir la visita y defraudar a los pobres montañeses que me estaban esperando.

En Zibana decidió no quedarse por la noche, para no molestar al cura que sólo disponía de un cuarto de dormir. La decisión contrarió al párroco que consideraba un regalo la estancia del siervo de Dios en su casa. Mons. Conforti, siempre condescendiente, aceptó el cuarto; pero pagó la cortesía con una noche insomne. Y es que, desde la cocina, a través de las fisuras del tablado, llega-

ban el humo y el parloteo de los huéspedes que velaban.

Pero no eran las incomodidades lo que más hacía sufrir al pastor, sino el encontrar a veces las iglesias desiertas, los niños impreparados y los curas desanimados o en situaciones morales que dejaban que desear.

En Copermio interroga a los niños que se van a confirmar. Nadie contesta. Intenta otras preguntas. Nada.

—¿Qué pasa, señor cura, con estos niños?

—Es que, Excelencia, no están acostumbrados a verlo a usted. Son muy tímidos estos muchachos del campo y, además, mi formulario es diverso.

—Bueno —sonríe amablemente el obispo—, hágalo usted por favor.

El cura prueba una y otra vez. Las bocas están herméticamente cerradas. El obispo entonces pasa a la sacristía, se reviste de los ornamentos y de todos modos los confirma, para no humillar al cura. Pero luego lo amonesta seriamente con suspenderlo a divinis si no completa la instrucción de aquellos niños.

En Cámpora había observado que el mantel del altar era indecente. Lo hizo presente en la comida: "Señor arcipreste, ¿qué diferencia entre este mantel y el del altar! Y pensar que, en el altar se come la carne de Cristo".

Sí, porque, además de predicar, confesar y administrar sacramentos, el obispo tenía el deber de

inspeccionar el estado material de la iglesia, locales, ornamentos, beneficio parroquial, archivo.

Le gustaba el arte y era competente.

En la vieja y ruinoso iglesia de Casagalvana, se fija en un cuadro de un cierto valor artístico: lo hace retirar para guardarlo en el museo eclesiástico que piensa fundar más adelante.

—Esta iglesia de Corniana es la más fea de toda la diócesis —le dijo un día a su amigo el canónigo Piccinotti.

“Tanto se me grabó la observación del siervo de Dios —contará el canónigo— que no me di paz hasta ver construida la nueva iglesia de mi pueblo natal. Una vez terminada, invité al obispo a consagrarla. Llegó delante de la iglesia y, parándose a contemplarla, exclamó: ¡Es perfecta! Después de la ceremonia, entró a la casa parroquial para tomar un refresco. Estaba radiante de alegría, como pocas veces lo ví en su vida”.

Por fin, no dejaba la casa parroquial sin haber ido antes a la cocina a saludar y dar las gracias a las personas de servicio, a las cuales entregaba un recuerdo, con amables palabras:

—Les hemos molestado, ¿verdad? Disculpen y acepten este pequeño recuerdo y las gracias del obispo.

En 1912 terminó la primera visita pastoral. “Don Lino —decía a su covisitador—, cómo vuelvo a casa de mala gana. En el palacio encontraré tantas cartas que contestar que no tienen nada que ver con la vida misionera”.

A los pies de la Virgen depone su bordón de peregrino y, en una carta a sus diocesanos, delinea con palabras poéticas pero verdaderas, el itinerario recorrido y el bien alcanzado:

“Desde las feraces orillas del Po, hasta nuestros risueños collados y las más altas cumbres del Apenino; a lo largo de los arenales de los torrentes Parma y Taro hasta los caseríos más humildes; dondequiera se levante una iglesia y se erija un altar: allá he ido, para llevar a todos mis hijos el consuelo de mi plabra y los carismas del ministerio episcopal”.

Los frutos fueron muy halagüeños. Jamás se habían visto tantas confesiones; 45 mil comuniones administradas por el solo obispo; miles de confirmaciones y el retorno de muchos hijos pródigos.

Otro fruto de la visita fue la celebración del Sínodo diocesano. No se reunía desde hacía 36 años. En esa magna asamblea de sacerdotes y laicos, celebrada en octubre de 1914, se trataron todos los problemas religiosos y morales encontrados durante la visita pastoral. Todo el trabajo de composición y de escrituración fue hecho por el obispo. Noches enteras se desveló para preparar ese grueso volumen de 420 páginas que contenía, además de las tres importantes alocuciones sobre la santidad sacerdotal, el celo por las almas y la obediencia al Papa, las disposiciones normativas para el ejercicio del ministerio de los sacerdotes.

La segunda visita pastoral de Mons. Conforti coincidió con el período de la primera guerra mundial, 1915-18.

Cuando terminó la guerra, inició la tercera visita. Los hombres volvían del frente heridos en el cuerpo y desesperanzados en el alma. Se había esperado una vuelta a Dios, a la paz, a la concordia después de la tremenda prueba. No fue así. Empezó un período de agitaciones sociales y políticas, de descontento general y de lucha fratricida. La ignorancia religiosa —según Mons. Conforti— era la causa de todo.

El obispo inicia su visita con un programa bien preciso: cultura religiosa y organización de la juventud para contrarrestar las análogas organizaciones subversivas. Esa visita le costó mucha fatiga. Pero tuvo también sus buenos efectos pues pudo conservar sanas y puras las energías de muchos jóvenes que supieron resistir a la perversa propaganda anticlerical de aquel tiempo.

Era tiempo de tomarse un descanso. Pero no. No había pasado un mes de la clausura de la tercera visita, cuando abrió la cuarta en 1923. Percibía que sus fuerzas iban declinando cada día más, por eso tenía más prisa. ¿Sería tal vez la última? Pues hay que llevarla mejor que las demás. Objeto especial de esta visita pastoral será la lucha contra la blasfemia. No falta nunca, en la apertura, un discurso apropiado contra este terrible vicio, y en la clausura de cada visita habrá una función de desagravio con el canto del "miserere", la ben-

GRITO DE ALARMA

El año 1913 recordaba a los católicos de todo el mundo el dieciséis centenario del famoso "Edicto de Milán", con el cual el primer emperador cristiano, Constantino, reconocía la libertad de la Iglesia. En todo el mundo se prepararon festejos. En la diócesis de Parma había un aniversario más: los 25 años de sacerdocio de su obispo Conforti. Empezaron a escondidas los preparativos para un homenaje al pastor bueno.

"Ha llegado a mis oídos la intención de este venerable cabildo de promover unos festejos en ocasión de los 25 años de mi ordenación sacerdotal. Muy agradecido por el noble deseo; sin embargo, les ruego dejen aparte esta idea".

¿Motivos? Repugnancia a que se llame la atención sobre su pobre persona. Ya se recogieron donativos, hace cinco años, con ocasión de su entrada en la diócesis; y el año anterior también se recaudó en favor del obispo misionero Calza.

Conclusión: "Prefiero celebrar el gozoso recuerdo de mi ordenación en el silencio y en la oración". Traía otro motivo, pero no lo manifestó: "¿Cómo podía el padre celebrar fiestas cuando

sus hijos misioneros en China estaban pasando angustia por la carestía y el hambre?"

Los señores canónigos tuvieron forzosamente que replegarse.

Para sí nada; pero, para la Iglesia, todo. De tal forma que se celebró la conmemoración constantiniana, pero con carácter muy práctico y realista, por voluntad de Conforti.

¿Aquella conmemoración recordaba la libertad reconocida a la Iglesia de practicar su fe? Pues bien, era preciso, ahora y aquí, guardar esa misma fe, incrementarla y defenderla por medio de la enseñanza religiosa.

En Rávena advertía que la ignorancia religiosa era la razón primordial de que el pueblo se alejara de la iglesia y de Dios. Ya en Parma, en su segunda carta pastoral (1909) había lanzado "el grito de alarma del capitán" que ve hundirse el barco por el mismo motivo.

"La razón principal de los males que afligen la presente generación es la extrema ignorancia religiosa. En el catecismo está el remedio para oponer un dique a esta avalancha que, cada día más, amenaza con arrollar los mejores valores".

"Catecismo, catecismo! Salvaremos a nuestro pueblo con el catecismo".

Este grito de alarma del pastor resonó en cada iglesia, en cada reunión del clero, en cada concentración de fieles.

"Acabo de dar la vuelta (1913) por lo largo y lo ancho de nuestra diócesis con ocasión de la

sagrada visita pastoral y tuve que constatar, a mi pesar, el descuido deplorable en que se tiene la instrucción religiosa, tanto en los niños como en los adultos. ¿Qué hemos hecho hasta ahora? ¿Qué queremos hacer en adelante? Hemos pensado hacer lo bastante con la aplicación de las prescripciones del Concilio Tridentino. Pero han pasado más de tres siglos de ese Concilio y la iglesia y la sociedad se encuentran en condiciones bien diferentes. Faltan programas, falta método, faltan aulas, faltan maestros.

“En nuestros días se ha progresado mucho en el campo de la pedagogía y didáctica, en el estudio de la sicología del niño. Por eso nuestros hermanos más allá de los Alpes, en Alemania, en Austria, en Bélgica, más prácticos y positivos que nosotros, se han preocupado de los problemas pedagógicos y didácticos en orden a la enseñanza del catecismo”.

La larga cita pertenece al discurso programático de la Semana Catequística de 1913. Pero ya desde 1909 Mons. Conforti trabajaba con pasión en este campo. Reasumimos de carrera:

En 1909 instituye las Congregaciones Primarias de la Doctrina: manda repartir a los niños en tres clases con la distribución de la materia igualmente en tres partes.

En 1910 impone a los Párrocos el catecismo a los niños y a los adultos, los días festivos.

1911: Obligación del catecismo dos veces por semana: jueves y domingo. División del programa en cuatro años, con 54 lecciones cada año.

1912: Primer intento de introducir la enseñanza de la religión en las escuelas primarias.

1913: Con la presencia de su amigo, el cardenal Andrés Ferrari, terminan las fiestas del centenario constantiniano. No acaba, sin embargo, la obra incansable de Conforti en favor de la instrucción religiosa. Este mismo año, en noviembre, tiene lugar la Semana Catequística, la primera celebrada en Italia. "A nadie —dirá el obispo Conforti—, que tenga el nombre de cristiano, le es lícito quedar indiferente, pues se trata de lo más precioso que existe: la fe de nuestros padres".

1914: Organiza la enseñanza del catecismo en la ciudad, con aulas, textos y metodología. Abre cuatro escuelas: la normal para señoritas con las Damas Ursulinas; la complementaria para niñas con las Hijas de la Cruz; para los niños con los padres Estigmatinos y la cuarta, en la parroquia de San Quintín para la formación de maestras de catecismo.

Invita a las mujeres a esta noble empresa: "Después que la Virgen María colaboró con Cristo su Hijo en la obra de la redención, siempre encontraremos a la mujer, angel de bondad y consejo, trabajando por el triunfo de la verdad y la justicia".

1915: Los profesores Vigna y Pavanelli, tras la invitación de Mons. Conforti, exponen al clero

el nuevo método cíclico o global: cada año toda la misma materia, pero profundizando en cada uno de los tres años.

1916: Nombramiento de una Comisión para los textos.

1917: Salen tres textos oficiales preparados por el teólogo Bairati de Parma, seudónimo de la profesora Chiari (para no excitar la susceptibilidad de los curas, siendo el teólogo... una mujer).

1918: Junto con el programa, registros, libretas, mapas, etc... Mons. Conforti exige exámenes finales, diplomas y premios. En la fiesta de la entrega de diplomas, dirá al primer grupo de maestras catequistas: "Los niños son la herencia más querida y preciosa para el corazón del obispo: yo se los confío. Fórmenlos cristianos, y serán buenos ciudadanos".

1919: Hace su aparición en la diócesis la Acción Católica, proveniente de Milán. En el comienzo hay formas de antagonismo entre las dos Acciones: Patronato Catequético y A.C. Mons. Conforti serena los ánimos y dice: "La una y la otra, como dos hermanas que son".

En los años 1920-1925 el obispo consigue, a través de relaciones amistosas con los Presidentes de las Escuelas Secundarias y la Normal, introducir en las mismas, aunque en forma facultativa, la enseñanza de la religión, anticipando en esta materia los acuerdos del Concordato de 1929, entre la Santa Sede y el Gobierno italiano.

En esta labor, Mons. Conforti se encuentra plenamente misionero. Si Rávena había sido "China" para el arzobispo Conforti, Parma no será menos, si no de derecho, sí de hecho "tierra de misión". La obra que llevaba adelante con la catequesis, era pura evangelización.

El iba personalmente, por los estrechos caminos de Ultratorrente, a sorprender a los hijos de su pueblo y a las humildes maestras. Entraba en esas escuelitas pobres y preguntaba:

—Tú, niño, ¿cómo te llamas? ¿Y tú? Vamos a ver, quién contesta a esta pregunta: ¿Cuántos niños habrá en el mundo que deseen tener una escuelita de catecismo como ustedes, una buena maestra como la tienen ustedes y que deseen saber quién es Jesús? ¿Cuántos serán?

—Cien —contestan los niños.

—Muchos más.

—Mil.

—Más.

Los niños se detienen porque, a lo mejor, no saben contar más allá de mil.

Mons. Conforti se dirige entonces a la maestra:

—Señorita, hágales entender usted cuántos son.

La maestra extiende los brazos en forma de cruz, y les dice:

—Tantos, tantos así.

Mons. Conforti sonríe, y luego pregunta:

—¿Son buenos, sus pequeños, señorita?

—Oh, sí, Excelencia. Bueno, hay uno, allá, en el fondo. . .

El obispo se le acerca. Le pone una mano sobre la cabeza y lo acaricia:

—Serás bueno, ¿verdad?

Después de muchos años, aquel niño, ya padre de familia, recuerda todavía la caricia del obispo.

Un día de invierno, a las dos de la tarde, mientras estaba nevando, entra en una escuela y encuentra a la maestra naturalmente con pocos niños: “Señora maestra, ha hecho muy bien en venir al catecismo. Jesús estaba dispuesto a morir aún para un alma sola. Es preciso ser puntuales y generosos en el cumplimiento de este gran ministerio. Muchas gracias, señora maestra. Dios se lo ha de pagar”.

Por eso dirá a un cura: “Haga el catecismo aunque no hubiera más que un solo adulto”. Y en un instituto de la ciudad, amenazó al capellán con cambiarlo si no daba catequesis a los muchachos.

Mons. Conforti entraba en la cárcel de San Francisco y en el Reformatorio Lambruschini; éste era el reino del Padre Lino Maupas que, desde 1893, se encontraba en el convento de la Anunziata de Parma, en el Ultratorrente o Parma Vieja. El Padre Lino durante treinta años se relacionó con Mons. Conforti, como vicario general primero y luego como obispo. Iguales en el amor a Dios y al prójimo, diferentes en el temperamento y en los métodos del apostolado.

Padre Lino, humilde fraile, ídolo del pueblo, héroe de la caridad, incansable trabajador en favor de las masas humildes; Mons. Conforti, el obispo tendido en cada instante de su vida hacia el bien espiritual y material de sus hijos, llamado por todos: Nuestro santo obispo.

Mons. Conforti dio al Padre Lino la jurisdicción para el ejercicio de su apostolado en los hospitales y en las cárceles, así como en el reformatorio de la ciudad. No siempre las relaciones, entre los dos hombres de Dios, estuvieron exentas de dificultades. Por motivo de la catequesis.

El bueno del Padre Lino poseía la caridad de la espuerta. Sus bolsillos eran sin fondo. Para él sus muchachos del reformatorio eran todos "buenos muchachos". Mons. Conforti le insistía con su lema: "Hemos de dar al pueblo un trozo de pan envuelto en una página de catecismo".

Padre Lino llenó la espuerta de catecismos y los repartió a sus "buenos muchachos", pero sin decir palabra. Así era el santo fraile. Murió en 1924. El elogio del obispo Conforti al Padre Lino "hombre todo de Dios y todo del pueblo" conmovió a la multitud:

"Todos lo hemos visto recorrer con paso rápido —dijo el obispo— las calles de nuestra ciudad, entrar en los tugurios más escuálidos para llevar ayuda y consuelo a los necesitados. Todos lo hemos visto subir las escaleras de los ricos para pedir la caridad en favor de los pobres. También al obispo que les habla, más de una vez tendió la

mano, y yo hubiera querido tener tesoros para entregárselos a él que conocía más que nadie las miserias y necesidades de nuestro pueblo. Su campo de apostolado fueron la cárcel de San Francisco y el reformatorio para jóvenes: para los presos tuvo siempre el corazón de un padre y para los jóvenes las ternuras de una madre”.

Un santo no podía hablar mejor de otro santo.

La pasión de la catequesis en Mons. Conforti se apagó sólo con su muerte. En efecto, pocos meses antes de morir, dio unas clases de catequesis sobre el Credo a los estudiantes y profesores de la universidad de Parma, con una competencia y convicción tales que los oyentes, al salir, comentaban: “He aquí un hombre que convence, porque está convencido”.



El obispo Conforti en visita pastoral, a lomo de mulo, en los difíciles senderos de la montaña apenínica.

EL OTRO REBAÑO

Motivos de delicadeza obligaban al obispo Conforti a dedicarse más a fondo a la nueva tarea diocesana que a su primera creatura, el Instituto Xaveriano. "El Papa me ha ligado a la diócesis —confesará a un misionero que filialmente se quejaba por esto—, y debo, sobre todo, ocuparme de ella". Pero ésto no quería decir que lo descuidara. Su corazón era tan grande que estrechaba en un mismo e igual afecto a los dos rebaños.

El pequeño rebaño de misioneros en China había llegado a once unidades. En el lapso de doce meses, la muerte arrancó al Fundador dos preciosas esperanzas: primero, el padre Vicente Dagnino, de 24 años, por viruela, al año de llegar a China. Conforti escribe al padre Calza: "No tengo palabras para describirle el dolor profundo que me ha traído la mala noticia de la muerte del inolvidable padre Dagnino. Sólo el dolor de una madre por la pérdida de su hijo, puede asemejarse a lo que he probado en esta luctuosa circunstancia. Cuando anuncié esta noticia a los alumnos misioneros, todos prorrumpieron en un incontenible llanto, como si se hubiese tratado de la muerte de un hermano queridísimo".

A un año de distancia, se cava otra tumba: el padre Conrado Di Natale, de 23 años, muere por tifo, a los cuarenta días de haber llegado a la misión. "No se ha cicatrizado aún la herida —escribe Conforti—, y ya se ha abierto otra no menos dura y profunda en mi corazón, con el de los hermanos y en el de cuantos aman las misiones. El Señor nos quiere probar con las tribulaciones, llamando a Sí a los mejores; a nosotros no nos queda más que llorar, orar y aceptar su voluntad".

A estos dolores añádase el lento crecimiento del pequeño rebaño entre los años 1907 y 1910, así como las solicitudes que llegaban de arriba y de abajo, para unirse a otros institutos ya existentes. Considerando la substracción del Fundador en la guía de su instituto, las sucesivas desgracias y el exíguo número de aspirantes, ¿no le significaría la Providencia una ruta diferente a tomar? El obispo Conforti, tan concienzudo y humilde, no dejó de preguntárselo. Pero tuvo que rechazar cada propuesta: la de las Misiones Extranjeras de Milán, por no tener los votos: la de los Estigmatinos, por no ser exclusivamente misioneros; y así otras. La Providencia lo ponía a prueba, sin brindarle alguna indicación segura.

En 1911 hubo un esclarecimiento. La Santa Sede elevó la Prefectura Apostólica del Honan Occidental a Vicariato Apostólico, nombrando como obispo al padre Calza. Era un reconocimiento del trabajo de aquel puñado de misioneros que, en pocos años, habían elevado el número de cris-

tianos de 800 a 4,000. Los catecúmenos eran 6,200. Se habían levantado 12 iglesias con otras tantas residencias para misioneros, y 66 capillas. Ayudaba a los padres un centenar de catequistas. Se habían creado 66 escuelas de religión, diez de las cuales exclusivamente para mujeres, eran asistidas por misioneras. Para la educación de la juventud, funcionaban dos colegios de secundaria y preparatoria. El balance era, pues, francamente positivo.

En 1912 el nuevo obispo Calza fue consagrado en la catedral de Parma por manos del fundador Conforti que se sentía recompensado con creces de todas las cruces.'

Mons. Calza tuvo que acelerar su retorno a China porque fuertes nubarrones estaban apareciendo en el cielo del Celeste Imperio. En efecto el doctor Sun Yat-Sen estaba preparando la revolución china que el 12 de febrero de 1912 daría el golpe mortal a la dinastía mancés iniciando la nueva era de la República Florida.

Sun Yat-Sen era un cristiano bautizado que había sido educado en las universidades europeas. Su doctrina llamada "el tríplice demisno", es decir, gobierno del pueblo, por el pueblo y con el pueblo, se fundaba sobre bases cristianas. La revolución trajo a China una renovación general, aunque llevada a veces con la fuerza: los soldados recorrían las ciudades y aldeas, armados de... tijeras, para cortar la tradicional coleta china; entraban en las casas obligando a las madres a soltar

las vendas que tenían atados los piececitos de las niñas, antigua costumbre esclavizante de las mujeres.

El período que siguió a la revolución fue duro y agitado por las luchas entre generales de diversos bandos. Además, se añadió una tremenda carestía. El nuevo obispo Calza había heredado del fundador Conforti la cruz, en todos los sentidos. Voló a China para animar a sus misioneros y atender a las inmensas miserias creadas por las guerras civiles, la sequía, la carestía y el hambre.

EL TORBELLINO DE LA GUERRA

El 28 de junio de 1914, en Sarajevo fue asesinado el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria-Hungría. Fue el inicio de la Primera Guerra Mundial en la cual se enfrentaron los imperios centrales de Alemania, Austria y Hungría contra los Aliados formados principalmente por Francia, Inglaterra, Rusia, Italia. La guerra envolvió a todos los pueblos de la tierra, y sembró, como hubo de expresarse el Papa Benedicto XV, "una inútil matanza" que alcanzó el número de 20 millones de muertos.

El Papa Pío X rehusó bendecir las armas de los dos bandos y murió de dolor el 14 de agosto de 1914.

Mons. Conforti, al comienzo del conflicto, escribió una carta pastoral denunciando ese espantoso enfrentamiento, incompatible con el evangelio, que es ley de amor, fraternidad y libertad.

Pero cuando después de un año Italia rompió la neutralidad y entró en guerra al lado de los aliados franceses e ingleses, el obispo envió a su pueblo una segunda carta pastoral. En ésta llama a la guerra "la hora de la gran prueba", y solicita realísticamente la cooperación de todos para aliviar los sufrimientos que la guerra iba a traer.

"Ayer hemos denunciado el flagelo de la guerra con la esperanza de que se pudiera evitar. Hoy es la voz del deber la que nos llama, listos y disciplinados para dar ejemplo de fortaleza cristiana y civil, confiados en la Providencia que todo lo dispone para nuestro bien".

Si los soldados estaban llamados a defender la patria en las trincheras, los demás tenían que asistir a los heridos, los huérfanos, las viudas. El obispo, en primera fila, instituyó un comité de socorro y cedió, como hospitales militares, sus dos seminarios: el diocesano y el misionero.

En las crónicas periodísticas de aquel tiempo se lee a menudo cómo el obispo Conforti va visitando los varios hospitales, llevando palabras de consuelo y ayuda a los soldados heridos. Al mismo tiempo llamaba a todos a la oración para que la prueba fuera abreviada. También llamaba la atención de aquellos inconscientes que, "mientras nuestros soldados en el frente están sacrificando sus jóvenes vidas, en la ciudad seguían la vida ligera de antes, frecuentando bailes, cines y teatros".

Algunos jóvenes misioneros y seminaristas y varios sacerdotes, salieron para el frente también como capellanes militares. El obispo y fundador se mantenía en relación con aquellos muchachos a través de cartas, y nunca fallaron sus jóvenes en visitarlo en sus breves permisos del frente. Admiró la actitud de dos alumnos misioneros, Magnani y Sinibaldi, que, habiendo sido destinados

al cuerpo de sanidad, se ofrecieron a pasar a las tropas operantes, en lugar de dos compañeros casados con hijos que habían sido sorteados para el frente.

Mons. Conforti había empezado la segunda visita pastoral. A causa de la situación particular creada por la guerra, muchas actividades en la ciudad habían sido suspendidas, el seminario cerrado, más de una iglesia convertida en almacén militar.

Por la ausencia de los hombres y de los jóvenes que estaban en el frente, la visita pastoral perdía naturalmente buena parte de su elemento coreográfico popular; en cambio profundizaba más el aspecto religioso.

Dolorosas noticias llegaban de los frentes: hijos y esposos heridos o muertos, presos o dispersos. La vida se hacía muy dura por el racionamento de víveres y las incautaciones. El terreno estaba preparado para recibir la palabra consoladora del Pastor.

No faltaba la visita al cementerio, porque la lista de los muertos se alargaba siempre más y alcanzaba a las más pequeñas aldeas de montaña. En esa tremenda guerra no se hacían prisioneros —dice un historiador— para que no fueran una carga sobre la población. Así se explica la gran cantidad de muertos: 600,00 en la sola Italia.

Mons. Conforti volvía a la ciudad apenas llegaba un tren de heridos a la estación; o bien a saludar un grupo de soldados u oficiales que querían su bendición antes de salir para el frente.

A pesar de esa presencia suya y de sus sacerdotes en todas las necesidades de la patria, una infame campaña de calumnias se desató en Italia, contra el clero y contra el Papa acusado de derrotista y traidor porque no dejaba de lanzar sus llamados a deponer las armas y sentarse a la mesa de la paz. Mons. Conforti se presentó al tribunal para defender a Don Torricelli y otros sacerdotes, acusados de derrotismo, y fueron absueltos.

El obispo Conforti, para deshacer la calumnia de derrotismo, aceptaba la invitación a participar en las ceremonias civiles y militares de despedida de los soldados al frente, o de promoción de los cadetes. Así el domingo 2 de junio de 1918 participó en la ceremonia de juramento de los alumnos de la Escuela Militar.

En el banquete tomaron la palabra: el ministro de la defensa, Berenini, el diputado Cottafravi, el general Galli y dos alumnos oficiales. Un alumno, el sargento Di Falco, después de haber dado las gracias a sus superiores e instructores, dirigiéndose al obispo Conforti que estaba a la izquierda del general Galli, exclamó: "Excelencia, si nuestro ideal es santo, bendíganos"

El arzobispo se levantó entonces y, en medio de un silencio y expectativa general, dijo entre otras cosas:

"Yo los bendigo, generosos jóvenes, con la bendición de Dios. El Señor los acompañe y los haga volver pronto, victoriosos. La causa por la cual se preparan ustedes a las más duras batallas, es justa y santa. Y en lo recio de los combates, los

conforte el pensamiento de que, después de la sangre vertida por la fe de Cristo, no hay sangre más sagrada que la que se vierte por la patria”.

Las palabras del arzobispo fueron acogidas con un chasquido de palmadas. Al día siguiente todos los periódicos de la península llevaban en grandes titulares las palabras del arzobispo de Parma: “No hay sangre más sagrada que la que se vierte por la patria”. El discurso fue mutilado con fines patrióticos y especialmente fue omitida la expresión: “Después de la sangre vertida por la fe de Cristo”, que era esencial en la mente y en el discurso de Mons. Conforti.

La resonancia fue enorme. Esas palabras, se fijaron en carteles y en volantes repartidos a los soldados del frente. El Papa y los obispos pidieron explicaciones. Mons. Conforti, escribió en seguida a Benedicto XV y a todos los obispos, enviando íntegro su discurso y pidió perdón al Santo Padre por haberlo apenado, aun sin quererlo.

En esa ocasión el Papa Benedicto XV dijo: “Nunca hemos dudado de la fe de Mons. Conforti”.

El 31 de diciembre de ese año de 1918, Mons. Conforti apuntaba en su cuaderno: “Héme aquí al finalizar otro año. Ha sido uno de los más tristes de mi vida, por haber transcurrido en medio de las más graves tribulaciones. Mas el Señor me dio fuerza suficiente para ir adelante. ¡Bendito sea!”.

UNA OBRA SANTA Y OPORTUNA

En el furor de la guerra, mientras atendía a aliviar las consecuencias físicas y morales de la "inútil matanza", Mons. Conforti no olvidaba su carisma misionero. Desgraciadamente no podía enviar misioneros por causa de la guerra; al contrario, tuvo que dejar salir a sus muchachos a tomar las armas: el padre Sartori como capellán militar y otros siete enrolados en el cuerpo de sanidad. Gracias a Dios, ninguno cayó en el frente; todos se conservaron fieles a su vocación.

Conforti seguía pensando en las misiones. La Providencia le ofreció una buena ocasión para dar un fuerte espaldarazo a una obra santa y oportuna, que entonces nacía en favor de las misiones. Tratábase de la Unión Misional del Clero, ideada por el padre Pablo Manna, del Instituto Misionero de Milán.

La idea genial del padre Manna consistía en movilizar a todos los sacerdotes del mundo para que suscitaran en el pueblo cristiano el conocimiento y amor de las misiones.

No sabiendo el padre Manna cómo lanzar su idea, pensó en Mons. Conforti. Lo consideraba el hombre más influyente y animado de espíritu mi-

sionero que podría encontrar para que le ayudara. El obispo de Parma intuyó la belleza y la bondad de la idea del padre Manna, y le ofreció todo el peso de su espíritu misionero y de su autoridad.

Mons. Conforti estudió el plan con mucha seriedad e hizo unas sugerencias al Estatuto. Aceptó el encargo de presentarlo en Roma para su aprobación, el 27 de abril de 1916.

El Papa Benedicto XV, había sido antes arzobispo de Bolonia y por eso colega de Conforti como obispo de Parma. El coloquio entre ellos fue cordial, abierto y un poco vivaz.

Primero, expuso al Santo Padre los asuntos de su diócesis de Parma. Después Mons. Conforti hizo la presentación de la Obra Misional del Clero.

—Padre Santo, tendría otra cosa que exponerle. Ha sido ideada una obra misionera. . .

Benedicto XV se mostró contrariado y lo interrumpió:

—Basta, basta con las obras. Es preciso hacer operantes las que ya existen, sin crear obras nuevas.

—Padre Santo, no se trata de una obra nueva, sino de algo destinado a potenciar las ya existentes.

—Bien, entonces veamos, veamos, —y cogió el opúsculo que Mons. Conforti le presentaba. Empezó a pasar lentamente las páginas del memorial, leyó casi por entero el Estatuto y alabó el espíritu

que lo informaba y la nobilísima finalidad que se proponía. Al final dijo:

—Está bien, está bien: veremos, algo se hará.

Conforti salió de la audiencia muy satisfecho y escribió en seguida al padre Manna para darle buenas esperanzas.

El 23 de octubre el cardenal Serafini, escribió una carta a Mons. Conforti felicitándolo por la iniciativa y asegurándole que el Papa acogía la obra, la bendecía y la aprobaba.

El 31 de octubre 1916 es la fecha de oro del nacimiento oficial de la Unión Misional del Clero. En Roma Mons. Conforti había dejado la impresión de que el ideador de la Obra era él mismo. Se apresuró a escribir al padre Manna: "Siento mucho que en el venerado escrito haya sido atribuida a mí la iniciativa cuando yo dije claramente que era sólo el patrocinador. De todas maneras, será fácil quitar el equívoco".

El padre Manna llamó providencial el equívoco porque, sin él, no se hubiera alcanzado tan pronto un interés tan cordial y una aprobación tan rápida para la Obra.

En la carta desde Roma, Mons. Conforti había dicho: "El Papa ha leído casi por entero el Estatuto de nuestra Unión". La expresión dice cuán fuerte era ya la soldadura entre las dos grandes almas de Conforti y de Manna.

Mons. Conforti vio que la Providencia indicaba a su celo un nuevo medio para fomentar y vigori-

zar la causa de las misiones, y se lanzó a promover la Unión Misional del Clero que él había apadrinado.

Envió una carta a todos los obispos de Italia para anunciarles el nacimiento de la Obra, incluyendo el Estatuto y la aprobación de Roma. Al año siguiente fue nombrado Presidente de la Obra. Desde aquel momento, ya no se puede contar todas las intervenciones, cartas, discursos y congresos que incansablemente promovió.

La Obra se difundió rápidamente por toda Italia y pasó al extranjero, promoviendo la conciencia misionera en el clero y en los seminarios. Diez años después, Mons. Conforti podía entregar al nuevo presidente una Unión Misional organizada en 277 diócesis de Italia, con 21,714 sacerdotes inscritos. El mismo había escrito de su puño y letra 27 cartas circulares a los obispos y había presidido decenas de reuniones y congresos diocesanos o nacionales de la U.M.C. Una mole de trabajo recogida en un tomo de más de 600 páginas.

En calidad de Presidente de la U.M.C. Mons. Conforti recibió un día de 1922 la memorable visita de un cura de Bérgamo. Ese cura era Don Angel Roncalli, que más tarde todo el mundo llamaría "el Papa bueno". Podemos conocer la subyugadora impresión que le causó su primer encuentro con el siervo de Dios, Mons. Conforti.

"En mi viejo diario —así empieza Don Angel Roncalli—, con fecha 26 de abril de 1922, leo estas palabras: Visita preciosa a Mons. Conforti.

“Yo lo había encontrado varios años antes en un congreso de jóvenes celebrado en Milán; lo ví de lejos y me sorprendió su dignidad y dulzura.

“En cambio, la mañana del 26 de abril de 1922 subía yo las escaleras del palacio episcopal de Parma para encontrarme personalmente con el siervo de Dios. Lo buscaba como la expresión episcopal más alta en Italia del feliz movimiento misional suscitado por la Encíclica Misional “Máximum Illud” (La obra más grande) del Papa Benedicto XV. Lo buscaba como representante de esa integridad del sagrado ministerio que asociaba el obispo al misionero: Obispo de Parma, pero misionero para todo el mundo.

“Así se me presentó en aquel primer contacto de 1922; así lo hallé en contactos sucesivos. Era el Prelado perfecto, el pastor eminente en el ejercicio del servicio sagrado que todo obispo debe a la Iglesia de Dios. Atento a la parcela que le confiara la divina vocación y la obediencia, tenía un espíritu y un corazón grande, abierto a la amplia concepción de la iglesia de Jesús: una, santa, católica y apostólica”.

El cura Roncalli buscaba al obispo Conforti “como la expresión episcopal más importante del movimiento misional suscitado por la Encíclica “Máximum Illud” del Papa.

En aquella histórica visita del 27 de abril de 1916, al ver Mons. Conforti que el Papa Benedicto XV, lo escuchaba con interés le expresó con filial confianza, el voto de que pudiera llamarse

"el Papa de las Misiones". ¿Cómo? Publicando sobre las misiones un documento pontificio solemne, capaz de sacudir las conciencias de los católicos sobre el deber grave de la cooperación misionera. El Santo Padre sonrió paternalmente, impresionado por el ardor misionero y carismático del obispo Conforti, le prometió hacer algo en ese sentido.

A los pocos meses, Benedicto XV pronunció un discurso sobre la Obra Misional de la Santa Infancia, dirigido a todo el mundo. Mons. Conforti se apresuró a publicarlo íntegro en el "Eco de la curia de Parma". Más adelante, en 1919 el Papa publicó la solemne carta apostólica "Maximum Illud", en la que, entre otras cosas, se subrayan muchas de las tesis misioneras que llevaban adelante Mons. Conforti y el padre Manna.

En este nuevo clima de renovación misionera, no hay que olvidar la creación del DOMUND (Domingo Mundial de las Misiones) por el Papa Pío XI en 1926. Tratábase de la celebración, en todo el mundo y cada año, de un día dedicado exclusivamente a la oración, predicación y recaudación de donativos en favor de las misiones.

Desde el año de 1913, Mons. Conforti y otros superiores generales de institutos misioneros, habían solicitado del Papa Pío X, dicha jornada en favor de la Propagación de la fe.

A causa de la guerra mundial y de la muerte del Papa, la cosa no tuvo éxito entonces. Ya antes

en su diócesis de Parma y en la fiesta de la Epifanía, Mons. Conforti había instituido dicha jornada, en favor de la propagación de la fe.

Don Angel Roncalli, presidente en 1924 de la Propagación de la Fe, felicitará a la diócesis de Parma porque, mientras ayudaba a su instituto misionero, no olvidaba las misiones en general y enviaba a Roma generosos donativos: "Así se hace —concluía Don Angel Roncalli— primero, el pequeño óbolo de todos en las manos del Papa, padre de familia, para proveer a las necesidades de todas las misiones; y luego, los donativos aún más generosos para el instituto". Y añadía unas palabras llamando a Mons. Conforti "Padre amado por cuantos en Italia cooperan al apostolado misionero".

LOS PALENQUES DE LAS MISIONES

En el año escolar 1912-13 las puertas de las clases en el instituto misionero de Mons. Conforti se abrieron a pocos alumnos. Uno de los padres formadores, desanimado por el número, propuso que se vendiera el Nido de los Aguiluchos, construido en 1900 con tantos sacrificios, para comprar una casa modesta y vivir con la suma percibida.

Llegó la Primera Guerra Mundial; cuatro de los mayores fueron al frente, mientras el seminario se convertía en hospital militar. Era como para desesperarse de veras. Mas el Fundador seguía diciendo: "No temas, pequeño rebaño".

Terminó la guerra y hubo un consolador crecimiento de vocaciones, hasta el punto de que Mons. Conforti tuvo que poner manos otra vez a la obra para ensanchar el nido porque los aguiluchos ya no cabían.

Faltaba el dinero para la construcción de la nueva ala. Algunos quedaban perplejos. El siervo de Dios dijo: "¿Es necesaria la ampliación? Pues, hágase. La Providencia nos echará una mano". Y así fue. Se terminó el ala y se pagaron los gastos.

De este modo, en 1921 se pudo empezar regularmente el primer noviciado, según el nuevo Derecho Canónico, con más de veinte alumnos.

En aquellos mismos años, el Fundador iba abriendo una tras otra cuatro escuelas apostólicas que son, como se expresa Mons. Conforti, semilleros y palenques destinados a preparar los muchachos a la vida misionera.

La primera escuela apostólica se fundó en 1919, en la ciudad de Vicenza, en las Venecias; su primer rector fue el padre Antonio Sartori, misionero veterano de China. Le sucedió luego el padre Pedro Uccelli, el que se había marchado a China sin pasaporte.

En 1926 se abrió la segunda en las Marcas, en el centro de Italia, y la tercera en el Sur. Para la Preparatoria los muchachos iban a Grumone (Cremona), en la Lombardia.

El Fundador, cuando tenía un rato de tiempo, iba a visitar estos pequeños seminarios.

Cuando llegaba, por la tarde, a la casa de Vicenza, el padre Pedro hacía tocar la campana y todos nos reuníamos bajo el largo pórtico, pasando a besar el anillo del obispo. El sonreía, alto y majestuoso como una torre, en medio de nosotros tan pequeños.

—¿Estaban ustedes jugando al balón? Muy bien, muy bien. Lástima que los interrumpí. Váyanse a la pradera y continúen jugando.

Y se retiraba con el padre Pedro para tratar los asuntos de la casa y del instituto; porque, además, el padre Pedro era consejero.

Le gustaba mucho al fundador el lugar y la casa de Vicenza, al pie de las colinas cubiertas de vides, porque desde las ventanas de nuestra villa palladiana se veía el santuario de la Virgen de Monte Bérico. Cada sábado nosotros subíamos allá arriba, rezando el rosario en los largos y empinados pórticos. Luego de la visita al santuario, nos esparcíamos en las colinas alrededor, jugando a espadas y comiendo garambullos.

Uno a uno pasábamos por su despacho, porque quería conocernos a todos. Nos hacía sentar frente a su escritorio y nos preguntaba si estábamos contentos, cómo iban nuestras relaciones con los compañeros y superiores, mientras tomaba breves notas. Dicen que esas notas resultaron luego muy intuitivas y acertadas.

El padre Amado Dagnino, nuestro compañero, recuerda todavía hoy cómo fue recibido por el fundador en coloquio privado, cuando tenía diez años; y con qué bondad, atención y seriedad Mons. Conforti llevaba adelante el diálogo como si estuviera tratando con una persona adulta. Era una forma de tratar fina y elegante, ligeramente reservada y muy respetuosa de la persona.

“No recuerdo sus palabras —escribe otro— pero sí su inimitable sonrisa. Cuando supo que yo entraba al seminario, me animó y me regaló una

medalla que, después de cuarenta años, aún guardo con el recuerdo de su sonrisa”.

También el padre Zulián nos cuenta su episodio personal: “Una vez al preguntarme el fundador si estaba contento, me quejé de que el padre asistente era demasiado severo. Entonces él me invitó a mirar por la ventana:

—¿Ves al campesino que corta las ramas de los arbolitos en la huerta? Es para que la savia vital se concentre más y, pasado el invierno, las plantas produzcan más frutos. Duele también a las plantas estas mutilaciones; duele a todos la corrección, pero es necesario para dar más frutos”.

Después de habernos visto una vez, nos conocía a todos y a todos nos llamaba por nuestro nombre.

Estaba al tanto de todo. Pasando por la cocina, saludaba a las Hermanas y les preguntaba:

—¿Qué les van a pasar esta tarde a mis hijitos? Vamos a ver— Y la hermana cocinera destacaba ollas y pucheros, bajo los ojos miopes del obispo.

“Un día —recuerda el padre Zulián— estábamos en el comedor, cuando entró el fundador acompañado por nuestro rector padre Pedro. Francisco, el mesero, nos había servido, con motivo de la presencia de su Excelencia, un vaso de vino.

—A ver, a ver —exclamó Mons. Conforti— quiero probar el vino de ustedes, si es tan bueno como el de los padres.

Tomó medio vasito, lo saboreó y, dirigiéndose hacia el padre Pedro, dijo sonriendo:

—No cabe duda de que es un vinillo cristiano. ¡Se ve que el padre Pedro, estaba acostumbrado a bautizar en China!

De esta forma el fundador educaba a sus “apostolines” y los preparaba a la vida misionera.

Para sus escuelas apostólicas, el fundador no dudaba de llamar de las misiones a los mejores misioneros para la formación de sus alumnos: una labor importante, preciosa y meritoria no menos que la de la evangelización entre los paganos.

Esperaba de los formadores una gran capacidad de amar a sus alumnos, una presencia continua entre ellos y entusiasmo por el ideal misionero.

Por último, los animadores del pequeño seminario tenían que empeñarse en crear entre los “Apostolines” un ambiente de familia y un gran amor a las misiones, educándolos para una piedad fuerte y generosa.

A sus colaboradores que le notificaban sus muchos trabajos y cansancios, los animaba escribiéndoles: “Siempre adelante, hasta el final, para la extensión del Reino de Dios. La tierra para trabajar, el cielo para descansar”.

ENTRE DOS BANDOS

El final de la Primera Guerra Mundial no trajo la deseada paz a las naciones. En Italia los soldados que volvieron del frente no encontraron trabajo para sus familias ni consideración a su sacrificio por la patria. Una inflación galopante llevaba los precios a las estrellas, mientras se hundían la poca industria y el comercio. Los partidos de izquierda aprovecharon esta situación caótica, para proclamar huelgas, motines y ocupaciones de fábricas.

Como reacción a la izquierda, en 1919 surgieron grupos nacionalistas de derecha en defensa del honor de los soldados de la patria.

Mussolini, inscrito en el registro de Predappio (Romagna) en 1883 con los nombres de Benito Juárez, en homenaje al hombre de la Reforma mexicana, había tomado parte en la misma guerra.

A raíz del caos que se iba propagando en la postguerra, Mussolini fundó en Milán, en 1919, los Haces de combatimiento, o grupo de luchadores que pretendían poner remedio a este estado de cosas. Su emblema, los Haces (una segur rodeada de un apretado haz de varas), era símbolo de autoridad, unidad y fortaleza.

El movimiento fascista se extendió rápidamente, obteniendo el apoyo entusiasta de los jóvenes descontentos, de la clase media asustada y de los patriotas. En el año 1921, Mussolini tenía ya 35 candidatos en el Parlamento y la mayoría de las ciudades italianas aceptaba la égida fascista.

La ciudad de Parma, republicana y socialista, no se dejó doblegar fácilmente por las escuadras de fascistas armados de bastones y aceite de ricino. Se encontró abiertamente dividida en dos bandos, política y geográficamente: "Parma Vieja" y "Parma Nueva". La primera, la ciudad de los barrios pobres o Ultratorrente, era la fortaleza de los socialistas; la segunda, la ciudad ducal de los palacios y monumentos históricos, lo era para los fascistas. Por una parte se entonaba la internacional socialista "Bandera Roja" y por la otra se respondía con "Giovinezza" (juventud). Dividía a los dos bandos, el río Parma.

Desde 1920, el obispo Conforti, había escrito un apasionado llamamiento a la paz y concordia fraterna: "Después de tanta sangre vertida en los campos de batalla —decía—, cuando todo el mundo comenzaba a descansar a la sombra de la paz, los hermanos se han vuelto a enfrentar con los hermanos, preparando un duelo que tal vez volverá a costar más lágrimas y más sangre. ¡Paz, hermanos, paz!"

Cada uno de los dos bandos pretendía, en cierto momento, tener al obispo de su parte. Se presentaron un día los exponentes rojos en el palacio

episcopal, para que se desplegara la bandera roja. Mons. Conforti salió afuera y, con mucha amabilidad, dijo: "El obispo es padre de todos. No puedo estar con una parte frente a otra, porque todos son mis hijos".

Se presentaron luego los fascistas. Les repitió lo mismo y nadie volvió a insistir más.

Uno de aquellos días, mientras el Fundador estaba despachando con el padre Bonardi en su estudio, se oyeron desde la calle unas blasfemias. Eran unos obreros trabajando.

—Son unos canallas —dijo el padre Juan asomándose a la ventana.

—Pueden ser extraviados —contestó con fuerza Mons. Conforti—, pero siempre son hijos míos.

De estos hijos extraviados, a diario, recibían amenazas los jóvenes de Acción Católica. Por ejemplo, en agosto de 1920, con ocasión de la clausura de un Congreso, el desfile de los jóvenes católicos fue amenazado con bombas. Algunos eran del parecer de no salir a la calle. El obispo Conforti no se dejó amedrentar por ello. Antes de que empezara el cortejo, animó a los jóvenes diciéndoles: "Su nombre es cristiano; su apellido católico. Ahora que se están preparando para dar un testimonio público de sus virtudes cristianas, marchando por las calles de la ciudad de Parma, no tengan miedo. Sean ustedes fuertes y prudentes".

Desde el patio de una casa, en efecto, fue lanzada una bomba que, afortunadamente, no estalló

Todo el pueblo, entonces atribuyó la buena suerte a las oraciones del siervo de Dios.

A pesar de este clima efervescente, Mons. Conforti había iniciado la tercera visita pastoral.

Volviendo una tarde de la parroquia de Viarolo, a la altura del puente sobre el río Taro, unos diez kilómetros de la ciudad, se encontraron con un hombre herido, tendido en el camino.

Una expedición punitiva de fascistas había caído sobre un grupo de carreteros subversivos, que venían del río Taro trayendo graba. Los expedicionarios buscaban a un cierto Amlet Rossi, cabecilla socialista. Lo apalearon, dejándolo medio muerto al borde de la carretera.

"Por casualidad, bajaba por aquel camino. . ." diría el evangelista Lucas, en su célebre parábola del buen Samaritano.

Esta vez, contrariamente a la postura tenida por el sacerdote de la parábola, el obispo Conforti hizo parar la carroza, bajó y se acercó al herido. Con la ayuda del cochero y de Don Lino, su covisitador, lo subió a su carroza, y se dirigió a toda prisa al hospital, sosteniendo el obispo con sus dos manos la cabeza fracturada del moribundo.

A pesar de los inmediatos cuidados de parte del personal sanitario, el pobre carretero murió. A la salida de la carroza, se había juntado un grupo de personas, que aplaudían al valiente y caritativo Pastor que había desafiado las iras de los fascistas.

Por la tarde Mons. Conforti hizo llegar a la viuda del carretero una ayuda en dinero.

PACIFICADOR

Pese a las repetidas intervenciones del obispo Conforti, no hubo acuerdo entre los dos bandos. "Parma Vieja" seguía atrincherada y resistiendo a la presión fascista. En el agosto de 1922 fue cuando Mussolini dio orden al jerarca Italo Balbo, de tomar Parma vieja con la fuerza.

De las ciudades vecinas de Ferrara, Módena, Mantua, Cremona, Piacenza y Reggio, llegaron las escuadras de "Camisas Negras", concentrándose en el centro de "Parma Nueva", mientras hombres y mujeres, obreros y políticos de izquierda levantaban barricadas en "Parma Vieja". Nadie podía ya cruzar los tres puentes, a excepción del obispo Conforti y el humilde franciscano padre Lino Maupas.

Comenzaron los ataques y contrataques que causaron varios muertos, especialmente en las filas fascistas. El jerarca Balbo amenazó con una inmediata y violenta represalia. La noche del día 5 de agosto habían llegado refuerzos de Venecia y de Bolonia; diez mil "Camisas Negras" estaban listas para las catorce horas del día 6, a dar el asalto a los subversivos del Ultratorrente.

La tarde del día 5, entró en escena Mons. Conforti. Estaba en la parroquia de Torrile; pidió

prestado un coche descubierto y volvió apresuradamente a la ciudad. Pasó sin dificultades a través de las barricadas, saludado respetuosamente por los "Arditi del Pópolo".

Aquella misma tarde envió un mensaje al general Italo Balbo, solicitando un encuentro urgente. La noche misma del día 5 fue recibido en el Hotel Cruz Blanca, pasando en medio de dos filas de Camisas Negras que le presentaron los honores militares. Habló a Balbo con calor, le suplicó que se evitara a toda costa el enfrentamiento armado y se ofreció él mismo a presentarse al otro lado del río, para tratar la paz con los socialistas.

"Sólo Mons. Conforti podría venir a calmarnos", habían dicho los de Ultratorrente.

Italo Balbo, veintiséis años, valiente e inteligente, quedó impresionado ante la noble y venerable figura del obispo. En sus memorias dejará escrito: "El obispo Conforti declaró con nobles palabras que ponía a disposición toda su autoridad para una tentativa de pacificación. Nihilísimo el gesto de piadosa mediación del obispo; pero para nosotros es imposible aprovechar su oferta de paz mientras los subversivos no vuelvan al orden".

La impresión de encontrarse delante de un hombre de Dios, fuerte y humilde, dispuesto a arriesgar la vida por su pueblo, se grabó en el alma del general Balbo. Nueve años más tarde, a la noti-

cia de la muerte de Conforti, él enviará un caluroso y admirado mensaje de pésame.

Mons. Conforti aprovechó el tiempo de tregua que le habían ofrecido los fascistas, para fijar durante la noche en las paredes de la ciudad un acalorado llamamiento a la paz: "¡Paz, hermanos, paz!"

La noche del 5 de agosto fue decisiva. Italo Balbo reflexionó y acabó aceptando la propuesta de pasar los poderes al ejército. De esta forma, a pequeños grupos, casi a escondidas, en la mañana del 6 de agosto, las diez mil "Camisas Negras", empezaron a dejar la ciudad. A las diez y media de la mañana el mando fascista fue al obispado a devolver la visita y a despedirse de Mons. Conforti.

La voz del pueblo, estuvo de acuerdo en atribuir a la mediación valiente y tempestiva del Siero de Dios el mérito de la pacificación.

El pueblo de "Parma Vieja" recordará durante años esos días de resistencia a los fascistas. En particular, cuando en 1930, el mariscal Italo Balbo con su escuadrilla de 25 hidroaviones surcará el Océano Atlántico, desde Roma a Nueva York, sin escalas, el bromista de turno pegará en el borde del Río Parma, sus pasquines:

—¡Balbo, has cruzado el océano atlántico, pero no el río Parma!

Dos meses después del episodio parmense, el 28 de octubre de 1922, Benito Mussolini efectua-

ba la llamada Marcha sobre Roma. Ese mismo día el Rey Víctor Emanuel III ofreció al Duce la formación del nuevo gobierno.

El obispo Conforti aceptó la nueva autoridad con su habitual espíritu de fe, pero resistiendo al fascismo siempre que se mostró injusto y atropellador de libertades. Se alegró por la firma del tratado del Letrán que el 11 de febrero de 1929 cerró entre el Estado italiano y la Santa Sede una larga historia de enemistades. Pero al mismo tiempo Conforti reaccionó frente al fascismo cuando éste persiguió a la Acción Católica.

Cuando el Duce fue a Parma para la inauguración del monumento a Felipe Corridoni, patriota caído en la Guerra Mundial, el obispo Conforti se negó a ir a saludar a Mussolini en la estación de Parma. Tampoco fue a visitarlo en el palacio de gobierno, negándose igualmente a bendecir el monumento a Corridoni, porque, "aún admirando el patriotismo del héroe, no compartía su pensamiento ni su obra, contrarios a la religión cristiana".

En cambio, se encontró con el Duce en el umbral del panteón civil, al cual ambos acudieron para ofrecer un homenaje a los Caídos por la Patria.

Se negó a bendecir los gallardetes fascistas de Fornovo, porque "la violación de la libertad religiosa y las violencias sufridas por algunos de mis sacerdotes, de parte de grupos fascistas, no me permiten autorizar la bendición solicitada".

Y cuando le llegó la noticia de una agresión de los fascistas al sacerdote Don Bizzarri, dio un puñetazo sobre la mesa (cosa nunca vista en el manso y equilibrado Conforti), cogió la pluma en seguida, diciendo: "Le voy a escribir al Gobernador una carta con los dientes". Decía:

"Excelencia, desde hace varios días se van repitiendo en nuestra ciudad unos hechos por los cuales yo me avergüenzo de pertenecer a Parma. Como ciudadano y como obispo protesto altamente. Me dirijo a su Excelencia pidiendo que ponga todos los medios de su autoridad y de su persona, para que estos hechos no se repitan".

En 1931, el año de las relaciones difíciles entre la Acción Católica y el Fascismo, el Presidente diocesano de A. C. fue requerido por el jefe de policía de Parma para que diera los nombres de los dirigentes de la Asociación. Camilo Negri pidió consejo al obispo. "Si quiere conocer los nombres de los Dirigentes de A. C., dígame al señor Jefe de Policía que se los pida al arzobispo", contestó Mons. Conforti.

La última carta, dictada y firmada por él, lleva la fecha del 26 de octubre de 1931, desde su lecho de muerte. Era otra protesta dirigida al jefe de policía a causa de un atropello contra un dirigente de A. C.

Nunca se pudo decir del obispo Conforti que fue fuerte con los débiles y débil con los fuertes.

LA MAS BELLA AVENTURA

1928

“Dirijamos todas nuestras mejores energías al Reino de Dios entre los no cristianos y saludemos con santo entusiasmo el día de la salida a misiones” (Mons. Conforti).

Archivio Saveriano Roma

EL SOBRE AMARILLO

—Padre Juan, Padre Juan, en el buzón del correo está el sobre amarillo.

—Está bien, voy a sacarlo.

Dejemos la palabra al Padre Juan Bonardi, brazo derecho del Fundador, para que nos cuente la historia del sobre amarillo.

Aquella mañana casi se me saltaron las lágrimas cuando fui, como de costumbre, a hablar con el fundador en el palacio episcopal. Desde que me llamó de China en 1911 para confiarme la dirección y la economía del instituto, éste era el camino de todas las mañanas. El Fundador quería estar informado detalladamente de la marcha disciplinar, moral y económica.

Pasan días y no hay nada relevante. Aquella mañana, en cambio, tenía un problema gordo. El panadero Barilla no podía esperar más, pues la suma que le debíamos era considerable.

En ocasiones como ésta, el Fundador siempre me repetía lo mismo: "Buscad primero el reino de Dios" o el otro pasaje del evangelio: "No temas, pequeño rebaño".

Otras expresiones de la Escritura que me repetía, eran: "Descargas en Dios tu preocupación,

pues él cuida de tí" y "¿Cuándo les ha faltado algo?".

Estaba presente también su secretario Don Belletti. Me dio ánimos y nos mandó hacer una jornada de adoración delante del Santísimo Sacramento.

Por la noche me avisaron:

—Padre Juan, en el buzón del correo está el sobre amarillo.

La historia de este sobre en la década 1920-1930, es curiosa y misteriosa. Era llamado amarillo por su color, aunque más tarde cambió de color. Lo singular del sobre no estaba ni en su procedencia misteriosa, ni en la dirección trazada por una mano incierta con un instrumento que hacía pensar en un palillo mojado en la tinta, sino en el hecho de que llegaba en los momentos de verdadera necesidad y con la suma exacta.

Después de la Primera Guerra Mundial, hubo un considerable aumento de vocaciones, gracias a Dios. Lo que no prosperaba eran las finanzas. La crisis de la postguerra, la inflación galopante y, el trancazo que dio el fascismo con la devaluación de 1925, influyeron notablemente en la vida económica del nido de los aguiluchos.

"La pobreza evangélica —escribió el fundador en aquel tiempo al obispo Calza en China —es vivida en la Casa Madre en toda su extensión. No creo que exista en la ciudad de Parma un instituto que lo pase peor que nosotros. Es una prueba del Señor y esperamos superarla". Al enviar dos

misioneros a China, los acompaña con estas palabras:

“Quisiera entregarles un millón para su misión, mientras que sólo puedo brindarles los gastos del viaje. Al escribirles ésto, me sangra el corazón y me sentiría venir a menos, si no me apoyara la confianza grande que tengo en la Divina Providencia. Espero contra toda evidencia; y pienso que Dios no nos abandonará, pues la causa por la cual trabajamos, es suya”.

Y llegó hasta el caso de tener que posponer el viaje de algunos misioneros a China, por falta de dinero para el pasaje.

Fueron momentos difíciles, es verdad. Pero en aquellos apuros, se recurría a la oración y todo se arreglaba. Como aquella vez que casi ya me veía en la cárcel.

Tenía que pagar improrrogablemente 20,000 liras, suma muy considerable entonces. Con mucho trabajo conseguí juntar 9,500 liras. ¿Qué hacer? Agotados todos los medios humanos se recurrió al banco de la Providencia. Por orden del fundador, la comunidad se reunió en la capilla para orar. Después de la cena, el portero me dice que, a través de la rendija del buzón del correo, había entrevisto un sobre amarillo. Hice reunir a la comunidad otra vez, y dije cuánto hacía falta para completar la suma. Entre la curiosidad y admiración general, conté el dinero contenido en el sobre amarillo: eran exactamente 11,500 liras”.

“El Señor nunca permitió que figuráramos mal”. había dicho una vez el Fundador, hablando de deudas.

A pesar de la penuria de medios, el Fundador no dudó en abrir un seminario menor en Vicenza, y emprender (1921), la construcción de una ala en el edificio central de la Casa Madre, que se había hecho necesaria por el aumento de vocaciones. Esta vez no tenía a su disposición la pingüe herencia de Don Rinaldo y tuvo que recurrir a una lotería nacional, que no le rindió, sin embargo, cuanto esperaba.

Porque, eso sí, no dejaba de animarnos para que, por medio de loterías, rifas, cartas a personas caritativas y del boletín “Fede e Civiltà”, solicitáramos los medios necesarios. No nos quería ni perezosos como quienes lo esperan todo del cielo, ni presuntuosos como quienes se fundan exclusivamente en sus propias habilidades.

El día 26 de julio de 1927, desde Berceto, nos escribió:

“Día y noche pienso en las condiciones económicas de nuestro instituto y sigo rezando y confiando en la Divina Providencia. Después de madura reflexión, me he decidido a escribir al subsecretario de Gracia y Justicia, diputado Mattei, proponiéndole la compra de la preciosa colección de monedas antiguas que el padre Bonardi con tanta pasión y durante tantos años ha juntado. Lo siento mucho, pero “primum vivere, deinde philosophari”, primero vivir, luego hacer filosofía.

Nunca usó su prestigio de obispo en favor del instituto; nunca pidió públicamente ayuda para nosotros, mientras sí para la construcción del seminario menor de la diócesis. En esto era delicadísimo. Aunque personas acaudaladas le consultaban acerca de herencias o erogaciones de donativos, nunca propuso como destinatario su instituto.

Los sobres que él percibía a título estrictamente personal, en el ejercicio de su ministerio pastoral los entregaba al administrador del seminario diocesano o los reservaba para los pobres.

Ustedes no me lo creerán; pero este testimonio me lo hicieron jurar en el proceso informativo para la beatificación del siervo de Dios: "Durante todo el tiempo en que yo fui superior y administrador, (veinte años) solamente recibí de él 40 liras, que él había recibido en el Colegio teológico en la entrega de una licencia.

EL OBISPO DE LOS BANDIDOS

Las labores de los Xaverianos en China, no fueron interrumpidas pese a las dificultades acarreadas por la Guerra Mundial y la subsiguiente crisis económica. En la década 1914-1924, en el vicariado apostólico se levantaron iglesias y capillas, se aumentaron los catecumenados, las escuelas y los dispensarios, se crearon seminarios menores para vocaciones indígenas y colegios superiores. Mons. Calza puso las bases de una congregación religiosa femenina, exclusivamente china, en favor de la evangelización y elevación de la mujer.

Las religiosas Canosianas, llegadas de Italia llevaban adelante dos colegios femeninos de enseñanza superior.

El fundador gozaba al recibir estas buenas noticias, y exclamaba: "Bendito sea el Señor, que nos consuela en nuestra tribulación". La consolación no duró mucho en el horizonte de Conforti.

Pronto negros nubarrones aparecieron en el cielo de la "República florida". Su fundador, el doctor Sun-Yat-Sen, desilusionado de Occidente se había vuelto a Rusia. Aunque no llegara a ser comunista, estuvo dispuesto a aceptar consejos y

consejeros rusos para la dirección de su partido Kuo-min-tang (partido del pueblo).

La influencia rusa no tardó en hacerse notar, especialmente, por la presencia de los estudiantes chinos que habían estado en la universidad de Moscú. Además, el ejército del Kuo-min-tang, al mando del general Chiang-Kai-Shek, recibía ayuda militar soviética y se movía con la aprobación, y en muchos casos, bajo el control de Komintern y de Borodín, hombre de confianza de Stalin.

En la marcha del ejército de Chiang-Kai-Shek del sur hacía el norte, en 1927 fue ocupada la ciudad de Cheng-Chow, donde, desde hacía veinte años, trabajaban los misioneros de Mons. Conforti. Los que simpatizaban con los comunistas, estudiantes de ambos sexos, vestidos de uniforme, se instalaron en la catedral católica del obispo Calza, al grito de: "¡Mueran los europeos", y "¡Abajo la religión!"

No se limitaron sólo a los gritos, sino que se entregaron al vandalismo: altares destrozados, imágenes mutiladas, ornamentos profanados, paredes y puertas embadurnadas con manifiestos injuriosos y blasfemos. La única vez que se vio llorar al obispo Calza.

Poco más tarde el ejército del Kuo-min-tang, tomó Nankín, la capital del norte. Se portaron cruelmente con los extranjeros hasta tal punto que para proteger su personal e intereses, tuvie-

ron que intervenir las cañoneras de las potencias occidentales.

El general Chiang-Kai-Shek, que ya había tenido algunas diferencias con los consejeros comunistas, aprovechó el incidente de Nankín para alinearse del lado de los occidentales y cortar con los rusos. Organizó una enérgica purga en las filas del ejército, de la cual consiguieron escapar Mao-Tse-Tung y Chou-En-Lai, que tanta parte tendrían en el futuro de la nación china.

En aquel momento, el generalísimo Chiang, fue el hombre de la Providencia para las misiones. Cheng-Chow fue liberada de las tropas filocomunistas, y su hermosa catedral volvió a resonar con los cantos de sus feligreses. No hay que decir con cuánta preocupación siguiese Mons. Conforti esa penosa situación. Sus cartas al obispo Calza están llenas de congojas y preguntas.

El calvario de los misioneros de China estaba apenas empezando. Muchos de los soldados del ejército desmoronado del Kuo-min-tang, se dedicaron al bandolerismo. "Los bandoleros en la provincia del Honan —escribe el obispo Calza—, son cerca de 40,000. Están organizados en brigadas, regimientos y compañías: un verdadero ejército equipado para la guerra".

Las estaciones misionales volvieron a ser blanco de esos bandoleros: asesinatos, robos, incendios y batallas a la orden del día. Las aventuras de misioneros presos como rehenes, son inconta-

bles. La que más abatido dejó al obispo Calza y de rechazo al fundador Conforti fue la captura de los misioneros Morazzoni, Munaretti y Tonetto.

Los bandoleros exigían, como rescate, 150,000 dólares y 50 pistolas mauser. Algo alocado e imposible. Los rehenes se prepararon para lo peor. El obispo Calza envió sendos telegramas al mandarín de la ciudad, al gobernador de la provincia, al cónsul de Italia en Pekín y al Delegado de Su Santidad. El mismo fundador, "con el corazón sangrando y bajo la penosísima impresión causada por el anuncio de la captura de los tres misioneros", escribió un mensaje urgente al jefe del gobierno italiano, Benito Mussolini, para que interpusiera su autoridad.

Mensajero entre los bandoleros y el obispo Calza, fue el famoso catequista Ho-lu-cian, "Grano-de-pimienta", el cual, ya en otra ocasión y disfrazado de bandolero él mismo, había conseguido poner a salvo al padre Lampis, disfrazándolo de viejecita.

Grano-de-pimienta, pues, llevó a los rehenes medicinas, víveres, ropas, mensajes y la sagrada comunión. Fue así como el padre Munaretti envió una cartita al fundador con sola esta dirección "Obispo Conforti, Italy". Decía en ella: "Excelencia, ¿nos espera la muerte? No lo sé. Es cierto que estamos viviendo momentos de martirio. Es una prueba dura, pero estamos en las manos de Dios. Si es necesaria una víctima, héme aquí.

Excelencia, disculpe mis faltas. Envíe la bendición a mi mamá, cuando haya llegado mi hora. Los vínculos que me atan a la congregación no se romperán eternamente. Quiero ser, ahora y siempre, en la vida y en la muerte, hijo del Instituto de San Francisco Xavier. Un abrazo, tal vez el último. Su hijo devotísimo, padre Antonio".

El fundador recibió este mensaje dos meses después, cuando afortunadamente, todo se había resuelto con la liberación de los tres misioneros. Esa cartita la guardará celosamente entre sus cosas más preciosas.

En la tarde del día de Navidad de 1927, los tres misioneros fueron liberados. En la cueva del jefe de los bandoleros, estaban los regalos del obispo de los bandoleros, Mons. Calza, en señal de. . . gratitud por la liberación; pero de dólares y máusers ni la sombra.

Al año siguiente, el fundador, en su visita a China, se encontrará con el Obispo de los Bandidos y. . . sus feligreses.

LA TIERRA PARA TRABAJAR

En el umbral de 1928 Conforti tenía 63 años de los cuales, 40 de sacerdote y 25 de obispo. Todos ellos vividos con un ritmo de actividad impresionante.

De seminarista, Conforti hizo el propósito de "emplear escrupulosamente todo su tiempo". En el lecho de muerte dijo: "no rehusó la fatiga".

Sería empresa muy difícil encontrar entre esos dos momentos de la vida del siervo de Dios, una hora de ocio o de puro abandono.

Invitado a asistir a teatro o películas en colegios e institutos católicos, ordinariamente declinaba la invitación diciendo: "No son cosas para nosotros; a mí no me gustan". Aunque también es cierto que, cuando se trató de abrir una sala de cinema católico en 1910, se mostró muy contento y dio todo su apoyo a los sacerdotes promotores.

Con palabras del padre Calixto Vanzin, uno de sus hijos más ilustres y queridos, podemos resumir la formidable actividad de su episcopado parmense:

Cinco visitas pastorales a más de trescientas parroquias de la diócesis, es decir muchos miles

de kilómetros hechos a pie, a caballo, en carroza, por la llanura del Po y por las montañas de los Apeninos; miles de pláticas, discursos, charlas a toda clase de personas y en cualquier circunstancia; miles de cartas a sus sacerdotes, a sus hermanos en el episcopado, a la curia romana, al obispo Mons. Calza, a sus misioneros, a laicos; miles de audiencias concedidas, sin discriminación, a todos los que llamaban a su puerta; miles de reuniones para discutir programas, determinar oficios, solucionar problemas; miles de ritos solemnes o privados para la administración de confirmaciones, para ordenaciones sacerdotales, para despedidas de misioneros.,

Luego la redacción de numerosas cartas pastorales, la preparación y celebración de Sínodos y Congresos; viajes a Roma; dirección de su instituto; durante diez años, la presidencia efectiva de la Unión Misional del Clero; la presidencia también del Almo Colegio Teológico de Parma del cual fue prior; ejercicios y retiros espirituales al clero; exámenes de concurso para los párrocos; asistencia a los exámenes de los seminaristas y asistencia a la Acción Católica.

Los minutos de la audiencia se suman a los de la tarjeta de visita con unas palabras de cortesía; las horas en la mesa de estudio se suman a las de la capilla y de la catedral. Las semanas, los meses, los años, pasan con ritmo creciente en un engranaje inexorable sin parar, sin respirar. No hay tiempo, para terminarlo todo; no lo hay para

tirarse con un suspiro de alivio en una butaca acogedora, cerrando los ojos cansados por la fatiga y escuchando el corazón que late desordenadamente en un cuerpo enfermo.

Siempre de pie, siempre listo a salir, a hablar, a levantar la mano que bendice. Todos lo quieren, todos lo pretenden, todos los imploran, todos lo exigen; no miran más que a sí mismos, sus necesidades, sus intereses. Sólo un minuto, una hora solamente, una jornada nada más. Y el obispo consciente, se levanta, parte, predica, celebra.

Veinticinco años ininterrumpidos, toda una vida adulta y madura, y en el lecho de muerte aún tiene la fuerza de decir; "Sí puedo hacer todavía algo por mi pueblo no rehusó la fatiga".

Este milagro de actividad encuentra su explicación en la fuerza de voluntad del siervo de Dios y en el horario ordenado que se imponía. El secreto lo comunicó a sus hijos: "El que obra con orden obra dos veces.

Cuando alguien le aconsejaba descansar, respondía: "A los obispos les está prohibido descansar". Su médico de cabecera, doctor Gámbara, le encontró un enfisema pulmonar con esputos de sangre y un doloroso reumatismo con debilitamiento cardíaco y le aconsejó moderar el trabajo. El siervo de Dios le dio las gracias muy amablemente y siguió trabajando como antes y más que antes, como quien se halla recortado de tiempo.

Conocido el diagnóstico del médico, el padre Juan Bonardi fue a verlo y lo encontró ocupado en controlar documentos.

—Pero, Excelencia, ¿por qué se está agotando en este trabajo?

—Ya, es fatigoso, ¿verdad? Pero, ¿qué hago?

—Se obedece al médico.

—Eh, querido padre; un obispo no puede concederse el lujo de estar enfermo. Es preciso apresurarse, porque el tiempo corre y todavía hay mucho qué hacer. Para descansar, la eternidad.

En una de sus últimas visitas pastorales, llegó a Scurano sin haber pegado ojo la noche precedente. Saludó al pueblo y confesó durante varias horas. A la mañana siguiente apareció en el comedor, pálido el rostro y los ojos cansadísimos. Los curas insistimos —cuenta el mismo párroco— en que volviera a acostarse, o por lo menos, se abstuviera de predicar. Pero, el siervo de Dios, entusiasmado por la imponente concurrencia de feligreses, predicó en la Misa Mayor, logrando ser muy eficaz. Exhortó a todos a trabajar incansablemente hasta la muerte, animados por el premio esperado. Sin darse cuenta, estaba haciendo su retrato.

En el momento en que podía tomarse un merecido descanso, estaba exactamente planeando su viaje a China.

VIAJE A CHINA

Los médicos intentaron hacerlo desistir de un viaje a China a causa de su salud que iba empeorando. Pero el Fundador quiso cumplir con un deber que él mismo había impuesto al Superior General en las Constituciones: "Cada cinco años visite las misiones para confortar a los cohermanos, enterarse de sus necesidades y vigilar la observancia del reglamento".

"Cuando se trataba de cumplir con un deber —asegura uno que lo conocía muy bien—, no tenía debilidades. A menudo afirmó que, a costa de su vida, estaba dispuesto a cumplir sus obligaciones". Y por deber, salió a China a los 63 años.

Iba como superior general para dar un arreglo definitivo a la misión, según las últimas disposiciones de Roma; para estudiar la división del Vicario Apostólico de Cheng-Chow y para resolver algunos problemas económicos entre la congregación y la misión.

Iba especialmente como padre, deseoso de cumplir con un sueño acariciado desde hacía muchos años. "Ver a sus hijos misioneros en el campo, llevarles su saludo y bendición, alegrarse con ellos

de los frutos abundantes recogidos; y animarlos a seguir adelante en sus empresas apostólicas”.

La población de la ciudad de Parma le hizo una fiesta de despedida, con todos los honores del misionero que parte, pero temerosa, al mismo tiempo, de no verlo regresar. Lo acompañaban un joven misionero que iba a China por primera vez y el padre Juan Bonardi, perfecto conocedor del francés, del inglés, y, naturalmente, del chino. Algunos amigos dijeron al padre Juan, bromeando:

—Cuida bien a nuestro obispo; la responsabilidad es tuya; si no regresas con nuestro obispo, no te dejes ver más por aquí.

—No tengan miedo. Los chinos son la gente más buena y amable de este mundo. Yo los conozco muy bien desde hace años.

Se embarcaron en Marsella el 21 de septiembre de 1928. Una vez más es preciso ceder la pluma al padre Juan, que fue su acompañante.

Es maravilloso —escribe— y conmovedor a la vez, el gesto de este venerable obispo, débil de salud y avanzado en años, que emprende un viaje tan largo, algo así como 40 mil kilómetros, para ver a sus hijos lejanos. Un viaje duro no sólo por lo largo, sino también por la variedad de los climas, el cambio de las comidas y la incomodidad de los medios de transporte.

En sólo 100 días pasó de los 40 grados del Mar Rojo, a los 42 grados bajo cero de Ircutsk,

en Mongolia; probó el calor húmedo de Saigón y y los vientos helados del Honan. Se adaptó a la cocina china en China, a la japonesa en Manchuria, a la siberiana en Rusia, con su estómago delicado y rebelde.

Usó el barco y el tren, el riksió chino y el palanquín, el carrillo descubierto, el ferrocarril y el caballo. En la travesía del Mar Rojo sufrió una invencible inapetencia y una sed inextinguible; en las marejadas del Golfo del Tonkín, mareos y fuertes vómitos; en los trenes chinos, entonces sin cristales, un frío que congelaba y en las campiñas del Honán, el polvo impalpable amarillo que entrañaba en la boca, en la nariz, en los ojos, en los oídos.

Llevaba la sotana negra, sin ninguna distinción episcopal, haciéndose llamar sencillamente padre. Aunque una vez se traicionó cuando, en el Santuario de Nuestra Señora de la Guardia en Marsella, a donde había subido para celebrar la misa, se confesó. El confesor, dándose cuenta de la condición de su penitente, hizo preparar los mejores ornamentos, la iluminación, dos sacerdotes acompañantes y el toque del órgano.

En su diario de viaje, Mons. Conforti anotaba cada día sus impresiones frente al nuevo mundo que iba descubriendo, mezcladas con los recuerdos históricos. Así, entrando en el Mar Rojo, anota: "¡Cuántos sentimientos diversos me provoca este brazo de mar. La huída de la sagrada Familia de Judea a Egipto y el paso del pueblo

hebreo de Egipto al Sinaí, prueban la potencia y la providencia de Dios que todo lo dispone para el triunfo de sus designios”.

En el puerto de Gibuti, durante la parada del barco, un grupito de niños somalíes subió a bordo a ofrecer sus mercancías. El obispo quedó impresionado por aquellos ojitos negros y listos.

—Pregúnteles, padre Juan, si quieren hacerse cristianos.

—Excelencia, son musulmanes. Preguntarles si quieren hacerse cristianos es como decirles que se hagan perros, porque así llaman ellos a los cristianos.

No quedó satisfecho de la contestación y él mismo les preguntó en francés:

—¿Etes vous chrétiens?

Le contestó un coro de sonrisitas, y los diablillos negros y listos se zafaron en un santiamén. Monseñor comentaba entre sí: “¡Qué ojos tan inteligentes! ¡Qué buenos muchachitos!” mientras se inclinaba para recoger sus gafas. Pero las gafas se habían esfumado, porque aquellos buenos muchachitos, imaginándose que serían de oro, (lo era solamente la montura) las habían cogido.

En Colombo, capital de Ceylán, admiró la majestuosa catedral católica y anotó: “Me pareció leer en el rostro de los indúes algo que permitía presagiar una conversión no lejana. Ellos ofrecen una mezcla de noble fiereza y de bondad a la vez”, definiendo con esta pincelada el verdadero carácter del tipo cingalés.

Le gustó la espléndida vista de la gran isla de Sumatra y de las pequeñas islas que la rodean, a donde, años más tarde, irían a misionar sus hijos.

Era como un niño curioso que quería saber todo y preguntar todo.

—¿Verdad, padre Juan, que por aquí pasó nuestro Patrono San Francisco Xavier?

En la hermosa Hong Kong encontró a su gran amigo, el padre Manna, con el cual había trabajado mucho en favor de la Unión Misional del Clero. Ahora el padre Pablo era Superior General de su Instituto de Milán e iba también a China para visitar a sus misioneros del Honán.

Mons. Calza, estaba visitando a sus cristianos en las montañas de Kun-hsien cuando recibió la noticia de la inminente llegada del Fundador. Interrumpió la visita pastoral y puso a galope su caballo blanco para llegar pronto a la estación más próxima del ferrocarril y subirse al primer tren para llegar cuanto antes a Cheng-Chow. Encontró un tren de mercancías que llevaba carbón y gente pobre, que viajaban gratuitamente. Buscó un lugarcito para sí. Llegando a su residencia, más parecía un limpiachimeneas que un obispo.

En el andén de Shangai con el obispo Calza, estaba el señor Lo-Pa-hong, insigne bienhechor de las misiones. Era un rico industrial cristiano que había creado y mantenía en Shangai un sin fin de obras de asistencia social. Lo llamaban por este motivo, el Cottolengo de China. En el coche,

puesto a su disposición por Lo-Pa-hong, tomaron asiento los dos ilustres generales, Mons. Conforti y el padre Manna. Visitaron la gran metrópoli, toda ella levantada al estilo occidental, el famoso santuario de San José y las Obras de Lo-Pa-hong.

De Shangai navegaron en vapor por las aguas del Río Azul, hasta Nankín, la antigua capital del imperio del sur; luego en tren hasta Chen-Chow. Algunos de los misioneros, impacientes por algunas horas de retraso, fueron a recibirlo una estación antes, Kai-fong. Allí se bajó el padre Pablo Manna acogido por sus misioneros.

Al llegar el tren a Cheng-Chow, empezaron los disparos de cohetes y los gritos de “diez mil años al gran obispo”, mientras el conjunto musical del padre Lorenzo tocaba la marcha xaveriana.

La figura del padre aparece sonriente en la ventanilla del vagón. Todos los misioneros se precipitan, abriéndose camino entre el gentío, y suben al tren para dar el primer abrazo afectuoso y filial al Fundador.

Cristianos y paganos seguían aplaudiendo, mientras el obispo sonriendo amablemente al público, contestaba, como le había enseñado el padre Juan:

—Sié, sié, hao, (muchas gracias).

Era verdaderamente feliz. Sus pies pisaban la tierra de sus ensueños. Abrazaba conmovido uno a aquellos hijos suyos, y los bendecía.

Pero era ya noche y había que darse prisa porque en la catedral otros fieles esperaban desde hacía varias horas. Se formó el cortejo de riksios que cruzó la ciudad iluminada y asombrada, rumbo a la catedral, que resplandeciente de luces y de flores y llena de fieles esperaba al obispo. Las campanas tocaban a gloria y los cristianos se arrodillaban al paso del obispo para recibir su bendición. Desde el coro se levantaban las voces de los seminaristas entonando el Te Deum. Cuando las últimas estrofas del canto gregoriano se apagaron, se oyó, débil pero clara, la voz del obispo que repetía la última estrofa: "En Tí, Señor he esperado, no quedaré yo nunca defraudado".

Después de la ceremonia en la catedral pasaron al comedor. Estaban presentes unos treinta xaverianos. No se cansaban de tener fijos sus ojos en la imagen buena y paterna del Fundador, como para asegurarse de que aquello no era un sueño. Sí, el Fundador estaba allí, y no parecía tan cansado, a pesar de los 42 días de viaje. ¡Tanto era su gozo!

El último en llegar fue el padre Angel Lampis, proveniente de las montañas, con su chamarra de piel de oveja no curtida y mal oliente. El Fundador se levantó para darle el abrazo y dijo con buen humor, citando la Biblia: "Mira, el aroma de mi hijo, como el aroma de un campo en flor". El padre Angel estaba feliz.



En el regreso Mons. Conforti atravesó en tren la Siberia, protegiéndose con el típico kolbac ruso.



Foto recuerdo de la visita en China: los dos obispos Conforti y Calza rodeados de sus misioneros.

EL SAFARI DEL KUN-CHU-KIAO

El día siguiente de su llegada, el fundador se puso a la obra. Como superior general que era, debía visitar residencias, las escuelas, los dispensarios, recibiendo uno por uno a todos sus misioneros. Viajaba en carro de bueyes o en riksió por la "carretera imperial" y por los caminos de herradura de la inmensa provincia del Honan, más vasta que el estado de Querétaro. Lo acompañaban Mons. Calza y el padre Bonardi, seguidos y precedidos por misioneros y cristianos en bicicleta. Los que los precedían, llevaban la noticia de la próxima llegada del Kun-Chu-Kiao.

Este era el nombre y el apellido que los chinos dieron a Mons. Conforti. En China cada nombre y apellido tienen un auténtico significado, y se expresan con tres caracteres. El primero, es el nombre de familia o apellido; los otros dos, el nombre propio de la persona. Así que "Conforti" fue traducido en Kung-Chu-Kiao que literalmente significa: Conforti amo de la religión, "el gran obispo Conforti". Pero lo interesante y bonito está en el "Kung", que es el apellido mismo del sabio Confucio.

En su viaje, el fundador no se cansaba de mirar a su alrededor: los campos sembrados de mijo

y arroz; el lento y paciente trabajo de los campesinos; las mujeres en pantalones coloreados, recogiendo el algodón con su cestito al brazo; los extensos plantíos de largos tallos rastreros con grandes hojas ovaladas:

—¿Qué son? —preguntaba el obispo.

—Son las papas dulces —Excelencia—, el principal alimento de los chinos durante el invierno.

En cada una de las estaciones misioneras, la recepción era triunfal y gozosa, no sin alguna pequeña aventura, como en Hsiang-Hsien, antigua ciudad confuciana. Cuando llegaron, las puertas de la ciudad estaban ya cerradas por la presencia de bandidos en la zona. El “padre Ciprés”, (así era llamado el padre Pelerzi), tuvo que ir al mandarín su amigo, para que abriera la puerta del este.

A la llegada del Kun-Chu-Kiao, campanas al vuelo, cohetes que estremecían el aire y los corazones y “Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera”, a voces desplegadas. El orden era perfectamente mantenido por los boy Scouts del padre Ambrico, veterano de China y actualmente en Mazatlán.

Los fieles estaban atentísimos a las palabras del Kung-Chu-Kiao, como si estuviese hablando en chino. El catequista “Grano de pimienta” afirmaba que entendía lo que decía en italiano el Kung-Chu-Kiao, antes que el obispo Calza tradujera: “¡Basta fijarse bien en el Grande Obispo, para entenderlo”.

De la iglesia, al comedor. Y allí se desahogaban las emociones, con las preguntas de ocasión:

—Excelencia, ¿le ha gustado el viaje en riksió?

—Bastante bien; me parecía a veces estar ligeramente mecido como en una góndola.

—¿Cómo ve a la gente, Excelencia?

—¡Cuánto me gusta esta gente sencilla y buena! Creo que yo también me acostumbraría fácilmente a vivir aquí.

—Excelencia, no se impresione si esta noche oye algún disparo. Es para tener alejados a los bandidos.

—¿Cómo!, ¿hay bandidos? ¿Estoy en medio de bandidos?

—No, no, Excelencia, está usted en medio de sus hijos.

—¿Sabe usted, Excelencia, que nuestro obispo Calza es llamado “el obispo de los bandidos” y que nosotros somos sus directos colaboradores?

—¡Ah! ¿sí? ¿Y se ha convertido alguno de ellos?

—Por el momento —contestó el padre Lampis, el de la chamarra no tan perfumada—, no; pero, tengo entre ellos a unos amigos; a ver si, con el tiempo, puedo hacer de alguno de ellos devoto del buen ladrón.

Al día siguiente, en la nueva y bonita iglesia de Hsiang-Hsien, hubo misa pontifical con confirmaciones y un sin fin de comuniones. El fundador recibió el homenaje de los cristianos, intercambiando con medallas y crucifijos. Los cristianos estaban orgullosos del Kung-Chu-Kiao y se im-

provisaban como cicerones con los curiosos paganos. Les explicaban quién era el Grande Obispo, por qué había venido a China, los miles de sapekas que había gastado para cubrir los diez mil "ly" que separaban Pal-ma-fu (Parma) de Hsiang-Hsien, su amistad con el Papa de Roma.

Su safari duró 34 días. Tuvo la oportunidad de encontrar a todos sus misioneros, de escucharlos y de dirigirles su palabra de aliento y satisfacción. El día 3 de diciembre, fiesta del Patrón San Francisco Xavier, recibió la renovación de los votos de los misioneros presentes, los abrazó y saludó, consciente de que no volvería a verlos más en esta tierra.

"Dejo China con mucho sentimiento, admirado de lo mucho que ustedes han sabido hacer bajo la guía de su Prelado. Quisiera ser joven para dedicar todas mis energías a la conversión de los chinos. Ahora que mi vida se acerca al fin, puedo solo rezar por ellos para que el Señor abra sus ojos a la luz del Evangelio".

En Pekín fue a saludar al Delegado Apostólico de Su Santidad, Mons. Constantini. Luego tomó el tren, vía Transiberiana, para llegar a Parma por Navidad. Llegó el día 28 de diciembre, después de pasar la Navidad en Varsovia.

La estación de Parma estaba abarrotada de gente que lo esperaba. Las aclamaciones y los gritos de ¡viva! de su pueblo eran tan sinceros e insistentes, que nadie recordaba haber asistido a seme-

jante espectáculo. El séquito de coches que acompañaban al obispo desde la estación a la catedral era tan numeroso que, cuando los primeros llegaron, los últimos aún no podían moverse.

Cansado del largo viaje, pero feliz, el obispo entró en su catedral entre los hosanna de su gente y entonó el Te Deum. Luego reviviendo las emociones de su visita a China, dijo a su pueblo:

Su safari duró 34 días. Tuvo la oportunidad de nuestros misioneros: he recorrido los caminos fatigosos que ellos andan; he experimentado todos los medios de transporte que ellos usan; me he alojado en sus humildes residencias; me he sentado en sus humildes mesas y, sobre todo, me he dado cuenta de las dificultades que encuentran en el ejercicio de su apostolado, así como del bien grande que ellos han hecho. Me he persuadido aún más de la verdad de aquellas palabras del ilustre Monsabré: "Divina es aquella fe que es predicada por hombres divinos".

En sus encuentros y en sus escritos volverá a hablar más veces a su pueblo de esa maravillosa aventura apostólica, porque quería que las dos familias, la diocesana y la misionera, la de Parma y la de Honan, se sintieran íntimamente hermanadas en la mutua ayuda y cooperación.

El obispo Conforti realizó prácticamente, unos treinta años antes del Concilio Vaticano II, lo que éste llamará "comunidad visible de algunas parroquias y diócesis de la retaguardia con parroquias y diócesis de las misiones".

ULTIMAS CARICIAS DEL CRUCIFIJO

Al dejar el suelo chino, el Fundador escribía desde el puerto de Harbin, al obispo Calza: "Nunca podré olvidar ni la bondad de la que fui rodeado por ustedes, ni los ejemplos de virtud que me han edificado. Gracias, monseñor veneradísimo, muchas gracias por todo".

Se diría que todo había ido sobre ruedas y que la visita había resultado un éxito rotundo. No fue así. Mucho entusiasmo, mucha alegría, sin duda; pero no todo se había solucionado, por culpa de la miseria, siempre mala consejera. El Fundador se había dado cuenta. Durante el viaje de regreso, confió al Padre Bonardi: "Este es el fracaso más grande de mi vida".

Con la reorganización de los cuadros directivos de la misión, se había nombrado un administrador, el cual quiso poner orden en las relaciones económicas llevadas hasta entonces a la buena de Dios. En otras palabras: las dos administraciones, la del Instituto Xaveriano en Parma y la de las misiones, se iban a separar y distinguir claramente para paz y beneficio de todos.

En esta revisión de cuentas se vio que el Instituto debía a la Misión una cierta suma por dona-

tivos aún no transmitidos, a causa del bloqueo de la Guerra Mundial.

Por muchos años, las relaciones financieras entre Instituto y Misión se habían desarrollado con base en una sola palabra: la palabra "debe", reservada al Instituto y la voz "haber", para la "Misión. Nunca se había puesto a discusión las directrices del único padre de familia; nadie se preguntaba quién debía pagar los gastos de los misioneros que salían para misiones, o quién tenía que curarlos y proveerlos. Los donativos entregados a cada misionero y las limosnas de misas que, por derecho eran del instituto, iban a parar a la caja sin fondo de la misión. Todo era poco para las manos celosas y activas del obispo Mons. Calza.

Mientras el número de aspirantes en Parma estaba casi estacionario, no hubo problema; pero después de la guerra mundial, empezó el renacimiento y el aumento de las vocaciones misioneras y el instituto empezó a ensanchar sus tiendas. El problema económico se puso al rojo vivo.

También las misiones, que durante la guerra se habían quedado estacionarias en el trabajo, ahora iban a dar un nuevo e importante impulso en todas las obras.

En este arreglo y separación de cuentas, se encontró que el instituto debía al Vicario Apostólico de Honán la suma de 132,713 liras; suma no transmitida a causa del bloqueo por la guerra mundial y mientras tanto empleada en la expansión del instituto.

Aunque el fundador, con base en las nuevas disposiciones del derecho misional, veía justo y legítimo que la Casa Madre retuviera una parte de esos donativos para el mantenimiento de los aspirantes misioneros, por amor de la paz, mandó que en el tiempo razonable más breve posible se entregara por completo dicha suma a Mons. Calza.

Tras urgentes y apremiantes telegramas del obispo Calza, motivados por inderogables necesidades, el fundador, enemigo como era de hacer deudas, decidió y mandó abrir un préstamo en el banco, hipotecando las tres casas del instituto. El no dudó un momento en cumplir este gesto que pareció suicida, con, tal de que se restableciera la concordia fraterna, rota en parte, por el vil dinero.

Otro hecho más grave apenó profundamente al fundador en sus últimos años. Mons. Conforti, con el alma aún radiante y fresco el recuerdo de sus hijos de China, les dirigió una carta circular en enero de 1929, como resumen de sus impresiones de la reciente visita, encomendando a todos la unión fraterna entre sí y con su superior eclesiástico Mons. Calza.

Mientras dicha circular, rebotante de afecto y agradecimiento, surcaba el océano, se cruzó con un "memorial" proveniente de China, fechado el mismo mes de enero y dirigido a la Dirección General del Instituto. Venía firmado por tres misioneros, Mons. Calza inclusive.

Esta fue, tal vez la espina más dolorosa que atravesó el corazón del Padre. Las demás proce-

dían ordinariamente de fuera, mientras que ésta venía de sus propios hijos.

El Fundador, con el alma amargada y en plena noche oscura, respondió así a Mons. Calza:

“He leído atentamente el memorial. Aunque he intentado interpretarlo en el mejor de los modos, siento tener que expresarle la impresión profundamente penosa que ha producido en mí la desconfianza por la que está penetrado, desde el principio al final, hacia la Dirección General de nuestro Instituto. Desconfianza que llega hasta la amenaza explícita de recurrir a la Santa Sede en el caso de que nuestro próximo capítulo general perjudicara los derechos de esa misión.

“Aparte la duda que ya suena a ofensa, tengo que asegurarle, desde este momento que nada establecerá el próximo capítulo que pueda, aun en lo mínimo, estar en oposición con las directrices de la Santa Sede.

“Este documento expresa además, la opinión de que el resultado de mi visita a China fue nulo, por haber dado yo la razón a todos los misioneros, indistintamente, sin decidir nada. En mi mezquindad, no he dejado de rogar a Dios por el buen éxito de la visita; y, conmigo, han rezado muchas almas piadosas.

“Me doy perfecta cuenta de que no me queda más que confiar únicamente en Aquel que dispone de mentes y corazones, y que puede hacer lo que nosotros, pobres hombres, no podemos más que desear”.

Mons. Calza se apresuró a escribir una carta de explicaciones y excusas. El fundador, aceptándola como un acto de satisfacción y arrepentimiento, cerró el caso, sepultándolo en el olvido.

En su corazón de Padre deseó profundamente que jamás volviera a suceder algo que turbara la paz y la armonía entre el Vicariato y la Dirección General del Instituto, cuyos miembros "deben formar en Cristo un solo corazón y una sola alma".

En la intención de los dos obispos, el lamentable episodio estaba cerrado y de él no se habló más. Solamente una vez a Mons. Calza se le escapó la expresión: "Pero ¡qué me hicieron firmar!".

Al Fundador solamente le disgustaba que "en el archivo de este Vicariato quede un documento que diga a los venideros que, en un triste momento, no reinaba entre hermanos y hermanos, entre los miembros y la cabeza, la concordia. Todo quede sepultado para siempre en el olvido y no sea recordado sino como lección que diga que la caridad no acaba nunca. La caridad ha triunfado".

Mons. Conforti no habló con nadie del episodio. Pero, tal vez aludía a eso cuando alguien le oyó murmurar en los últimos días de su vida: "Tampoco mis hijos me han entendido".

Era la noche mística del alma, las últimas caricias del Crucifijo de la Paz.

RAPIDO ATARDECER

5-11-1931

“He pedido al Señor la gracia de encontrarme en mi vida con un santo. Con el encuentro de Mons. Conforti creo que Dios me escuchó” (Obispo Pedro Zaccarino).

Archivio Saveriano Roma

EL NOMBRE DE LA BELLA FLOR

En el año 1931, se celebraron en todo el mundo católico los 1500 años del Concilio de Efeso, en el cual los Padres y Obispos proclamaron la divina maternidad de la Virgen María. Con esa ocasión, el obispo Conforti envió a sus fieles una carta pastoral dedicada a la Madre de Dios.

Desde su niñez hasta la muerte, como fundador y como obispo, Conforti navegó bajo la insignia de la "llena de gracia". Su devoción a la Virgen fue siempre filial y vivísima". A ella atribuye su vocación. "Me contó un día el siervo de Dios —escribe su secretario— que, orando delante de Nuestra Señora en la iglesia de la Paz, recordó haber oído que la Virgen había contestado cierta vez a un niño que oraba, y pensó él mismo: "¡Quién sabe si la Virgen me responderá también a mí!"

La Virgen le contestó más tarde cuidando de su vocación sacerdotal puesta en serio peligro por la enfermedad. En acción de gracias, como ya se dijo, fue a celebrar su primera misa en el Santuario de la Virgen de Fontanellato.

Conforti confesará que de una fiesta mariana han partido todas las fechas más memorables de su vida: nombramiento de obispo de Parma, el

24 de septiembre fiesta de la Virgen de la Merced; entrada a la diócesis, el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación; su primera visita pastoral, el 8 de diciembre, día de la Inmaculada. Promulga prescripciones para la celebración del mes del Rosario; promueve peregrinaciones a santuarios marianos; aprueba la restauración del santuario diocesano de Fontanellato; suscribe la coronación de la Virgen del mismo santuario, regalando su anillo episcopal.

Los aspirantes xaverianos dedicaban el mes de mayo a la Virgen con varias prácticas, culminando el día 31 con una fiesta solemne. En esa ocasión se reunían las dos comunidades, la de los filósofos-teólogos y la de los novicios. Correspondía a éstos últimos festonear los pórticos y los caminos de la huerta y el jardín por donde pasaba la procesión de la Virgen. Por la noche todo terminaba en una "academia" con cantos, poesías y discursos, en honor de la Virgen.

El Fundador nunca faltaba a esta reunión familiar, clausurándola con su palabra siempre entusiasta. El 31 de mayo de 1928, le tocó a un novicio hablar "académicamente" de la Virgen y tuvo la atrevida idea de tratar el tema: "La Virgen en la Divina Comedia de Dante".

Después de haber navegado bastante tiempo por el poema dantesco, terminó lo mejor que pudo. Se levantó luego el Siervo de Dios y empezó con uno de los mejores versos referentes a la Virgen, pre-

cisamente los que al novicio se le había olvidado citar:

“Il nome del bel fior ch'io sempre invoco
e mane e sera”.

(El nombre de la bella flor que yo siempre invoco mañana y tarde).

Habló unos diez minutos y dejó a todos extasiados.

Aquella misma noche del 31 de mayo de 1928. después de la academia, se quedó asistiendo, como padre amoroso, al novicio Pedro Accarini, que estaba gravísimo. Entregó el alma del hijo queridísimo de 22 años, a la Virgen, para que se fuera a declamarle en el cielo, el pequeño discurso que el novicio había preparado desde el principio del mes de mayo.

Fu una conmoción para los presentes en la habitación del enfermo, ver cómo el amado Padre componía piadosamente las manos del hijo sobre el pecho, entrelazándoselas con el rosario, y cómo cubría el cadáver con flores, que él había escogido del altar de la Virgen.

Hablando de la Virgen, Mons. Conforti no hacía literatura ni golpeaba el viento. “Inspírense, pues, en la Virgen María —dijo aquella misma tarde de mayo—. O, mejor, hablaré en primera persona: inspirémonos en la Virgen, porque también los obispos debemos amarla e imitarla”.

La piedad mariana de Conforti, no se quedaba en sentimientos y emociones, sino que siempre

apuntaba a la voluntad. Solía repetir la expresión del antiguo padre y doctor de la Iglesia, San Agustín: "La verdadera devoción a la Virgen está en su imitación".

El obispo Ersilio Menzani, cuando era rector del seminario de Bedonia, había invitado al obispo Conforti a predicar sobre la Virgen de San Marcos, con ocasión de sus festejos. "Durante la homilía —declara Menzani— hizo un tan precioso elogio de la Virgen, que las lágrimas le caían del rostro, provocando el llanto también en mí y en los demás".

En sus "Propósitos", que guardamos celosamente en el archivo, el pensamiento de la Virgen vuelve continuamente: "Alimentaré en mí y en los demás la devoción a la Virgen. Hablaré de ella a los fieles en cada ocasión que se me presente propicia; favoreceré su culto, celebraré sus fiestas con particular fervor, rezaré cada día el Santo Rosario y los sábados haré en su honor algún sacrificio".

Un novicio, con ocasión de su profesión religiosa, pidió al Fundador un recuerdo para su vida. Se lo dio con mucho gusto: "No dejes nunca de rezar, diariamente, el santo rosario".

El neo-profeso no se quedó muy satisfecho, que digamos, pues él había nacido y crecido en una familia cristiana de abolengo, donde la práctica del rosario era diaria. Ese "recuerdo" le pareció normal. Esperaba del Fundador algo más original. Pasaron los años. El xaveriano aquel, hoy de pelo

blanco, confiesa que el Fundador tenía razón:

“¡Cuántas veces hubiera dejado el rosario, o por cansado e indispuesto, o por metido en el vértigo de la actividad pastoral, si el “recuerdo” del Padre no me hubiera perseguido!”.

Lo sugería a todos: “No pase día —escribe al final de la carta pastoral de 1931— en que no depositemos a los pies de la Virgen esta mística corona de rosas, (por eso se llama rosario), tan querida por Ella, según en varias circunstancias Ella misma lo manifestó”.

El nunca dejó de rezarlo. Su camarero asegura: “Rezaba el rosario todas las tardes después de la cena, en la capilla, de rodillas, pausadamente, junto con nosotros”.

Consideraba esta devoción como un arma de defensa y un instrumento de apostolado que había que poner al lado del crucifijo del misionero. Y si alguien insinuaba (también en aquellos tiempos existían contestatarios, aunque más tímidos que los de hoy), que era una práctica medieval, contestaba que no era medieval, es decir, envejecido, aquello que la Iglesia seguía prescribiendo en el canón 125 del Derecho Canónico. Nosotros hoy podríamos añadir: Y que el Concilio Vaticano II sigue encomendando y que Juan XXIII, el Papa bueno, acostumbrara practicar a diario.

La señora Mérope Conforti oía a su hermano llamar a la Virgen: “Mi madre del cielo”. Nadie se figuraba que tan pronto el hijo iría a verla en el cielo.

“HE COMBATIDO EL BUEN COMBATE”

Los 100 días de viaje a China habían terminado con la ya malgastada salud de Mons. Conforti: pulmones en desorden, corazón debilitado, piernas hinchadas y respiración afanosa. Los últimos disgustos también influyeron un poco en debilitar a un hombre que, a falta de salud, tenía sólo una voluntad férrea.

“Tengo aún mucho qué hacer —iba repitiendo— y deseo morir en la brecha”.

Se daba cuenta de que sus días estaban contados y por eso parecía tener más prisa que de costumbre. Apenas vuelto de China, en 1929 inició la quinta visita pastoral a la diócesis, llevándola adelante con su habitual serenidad, aunque se veía tan cansado que daba pena. Fue una lucha durísima entre el alma más despierta que nunca y el cuerpo que se resistía.

El acontecimiento del Tratado del Letrán que ponía término a una historia dolorosa que afligía a Italia desde hacía 60 años, era considerado por Mons. Conforti un hecho histórico grandioso comparable a las grandes alianzas de Constantino, Carlomagno y Enrique IV.

La quinta visita pastoral, pues, empezaba bajo la insignia de la pacificación y unidad nacional,

contra el ateísmo y el materialismo de la vida, en la búsqueda de aquel Dios al cual la sociedad materialista había vuelto la espalda.

A final de 1930 celebra el segundo Sínodo diocesano en orden a poner al día las normas del Derecho Canónico y el Concordato. Qué gozo para el obispo poder añadir a los cánones sobre el matrimonio esta anotación: "Después de la celebración del matrimonio, el Párroco explicará a los cónyuges los efectos civiles del matrimonio, dando lectura de los artículos del código civil que se refieren a los derechos y deberes de los esposos y redactará el acta del matrimonio, copia de la cual será transmitida al público oficial".

En 1931, con ocasión de los 1500 años del Concilio de Efeso, escribe una carta pastoral sobre la Virgen.

En abril, la muerte visita la vicaría, quitándole su vicario general Mons. Ajcardi. Una de aquellas noches su secretario le había preguntado:

—Excelencia, ¿quién vela esta noche al vicario general?

—Voy yo, con mucho gusto. Y veló unas noches enteras a la cabecera de su gran amigo Ajcardi, que murió entre sus brazos.

Desde el 20 al 24 de abril se desarrolla en la Catedral una "Semana Litúrgica" presidida por el obispo y bajo la guía del Abad Caronti y los Benedectinos de San Juan de Parma.

A la mitad de junio asiste, como de costumbre, a los exámenes finales de los seminaristas; trabajo

abrumador que dura unos diez días, y termina con las sagradas ordenaciones del 29 de junio, fiesta de San Pedro, presenciando por la tarde en el seminario la distribución de premios y "academia" del Papa.

Unos días antes, el director del periódico católico Mons. Oppici, había preparado una publicación especial sobre el Papa para el 29 de junio. En aquellos días, había de parte de unos cabecillas fascistas, una ofensiva contra las asociaciones católicas. Se temía por el secuestro del periódico, por su clara adhesión al Papa Pío XI y a sus directrices.

El director Oppici pidió consejo al obispo. "Públiquelo —contestó Mons. Conforti—; se trata del Papa y no debemos arriar la bandera".

Por sus condiciones de salud le pidieron que fuera unos días a descansar en Felino. Había tenido en aquellos días unas hemorragias en las piernas. Sin embargo, en julio lo encontramos en el decanato de Berceto, en la montaña, visitando 14 parroquias.

"Llegamos un día a la iglesia parroquial que estaba cerrada —recuerda su acompañante Don Camilo Belletti—. El siervo de Dios se arrodilló delante de la puerta, a pesar de que estaba lloviendo, y no quiso que yo fuera a llamar al párroco, que llegó bastante tarde. Conmigo comentó en latín: "Desolatio desolationum" (desolación de las desolaciones), pero nada dijo al cura y ningún

comentario a los feligreses. No nos quedamos a comer y volvimos al seminario de Berceto. Al final de la comida, tuvo una hemoptisis que intentó ocultar. Me sentí en el deber de telefonar a su secretario Don Cerétoli que estaba en Parma. Me encargó decir al obispo que interrumpiera la visita pastoral.

“¿Qué has hecho, Don Camilo? —me dijo al comunicarle yo la cosa. Luego añadió —No, no, mañana a Pagazzano. El obispo debe morir en la brecha. Descansaremos en paraíso”. Y en esas condiciones, el día siguiente fuimos a Pagazzano, a lomo de mulo, recorriendo dos horas de camino”.

Puntualmente el 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen, Patrona de iglesia catedral de Parma, estaba en la ciudad para la solemne misa pontifical y la homilía. Dos meses antes, el 31 de mayo, con ocasión de la “academia” de los novicios xaverianos a la Virgen, el Fundador había hecho votos para la definición dogmática de la Asunción.

Y vuelve a sus andanzas apostólicas. “En Corniglio —recuerda Don Antonio Caselli— vi que cojeaba y le pregunté: Excelencia, ¿le duele una pierna? ¿Me contestó: Estoy al término de mi carrera. Pronto iré a descansar en el paraíso”.

En Bergotto repitió a los fieles: “No nos veremos más en este mundo. ¡Hasta el cielo!”. Y bajó a la ciudad en condiciones que alarmaron al médico.

“HE TERMINADO MI CARRERA”

El 27 de septiembre de 1931, en la iglesia de San Pedro, en la plaza Garibaldi de Parma, Mons. Conforti entregó el crucifijo a cinco misioneros que salían para China, pronunciando como siempre el discurso de despedida con cálidas expresiones de admiración y entusiasmo para la labor misionera.

“Tanto más sencillo es el rito de la imposición del crucifijo, cuanto más grande es la obra a la cual ustedes se entregan. Como Cristo con la autoridad de su Padre dijo a sus apóstoles: —Id por todo el mundo y predicad el evangelio a todas las gentes— Así yo, en nombre de Jesucristo y de su Iglesia, digo a estos nuevos apóstoles: —Id y predicad el evangelio a las lejanas gentes del Vicariato Apostólico de Cheng-Chow y Loyang.

“No es amor de gloria humana, ni avidez de riquezas terrenas, ni curiosidad de ver nuevos países y pueblos, lo que los mueve; es la caridad de Cristo. He aquí su palabra de orden, he aquí la síntesis de todas sus aspiraciones”.

Abrazó a sus hijos, sabiendo que no volvería a verlos en esta tierra. Y se puso otra vez en camino, como sus hijos, hacia la montaña para las visitas pastorales. Esta vez obedeció al médico.

En efecto avisó a los párrocos que, por disposición del médico, no podía visitar cada parroquia, sino que se quedaría en la sede del decanato.

En aquellos meses le había asaltado el deseo de retirarse a su instituto para terminar en paz los últimos años de su vida. Decía bromeando: "cuanto más se está en la fonda, más deudas se contraen".

Luego le sobrevenían los escrúpulos y, pensando en Rávena, decía: "El Papa me ha atado a la diócesis de Parma y en ésta debo morir".

Esto no obstante, sabemos que, a los más íntimos había confiado su intención de renunciar en 1932, con ocasión de sus 25 años como obispo de Parma. Con una anticipación de cuarenta años, él actuaría conforme a las disposiciones de la Santa Sede, en orden al retiro de los obispos. Mons. Conforti decía, y de ello estaba convencido, que cuando un obispo ha gobernado una diócesis durante 25 años, es conveniente que se retire dejando el lugar a otro más joven y "aggiornato"; el pueblo, y sobre todo el clero, sienten necesidad de un cambio.

El día 3 de octubre es la fiesta de Santa Teresita del Niño Jesús, Patrona de las Misiones, una santa que congeniaba con el espíritu misionero de Conforti. Precisamente en Parma había ocurrido, en 1923, el segundo milagro necesario para la canonización de la Beata Teresa. Y le había tocado al Obispo Conforti el encargo, por parte de la Sagrada Congregación de Ritos, de constituir el proceso Apostólico sobre dicho milagro.

Ese día, 3 de octubre, estaba encamado sin haber podido ni siquiera celebrar la misa, aquella mañana. Mas, cuando le llegó la noticia de un grave accidente de coche sufrido por el párroco Don Del Río, quiso levantarse y se llegó a la cabecera del moribundo.

A mediados de octubre seguía en pie, apresurándose a ultimar sus cosas. Recordó el Evangelio que dice: "Si, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que un hermano tuyo tiene algo contra tí, deja tu ofrenda, y vete primero a reconciliarte con tu hermano. . ." Y se puso en camino hacia un hermano que estaba reñido con la Curia diocesana, por causa de una disposición que juzgaba injusta.

Pero dejemos la palabra al padre Licinio Del Monte:

"Unos veinte días antes de su muerte el siervo de Dios subió a Scurano, en la montaña, a visitarme. El siempre había sido bueno conmigo. Aquella vez intentó, con toda su dulzura y amabilidad, calmarme, para que abandonara mi animosidad hacia los cohermanos de la Curia y el obispo. En cierto momento, para vencer mi resistencia, subió un poco la sotana, me mostró sus piernas hinchadas, y me dijo con ternura y tristeza paternal: "No conserve rencor a su obispo, que pronto se irá para siempre". Quedé conmovido hasta las lágrimas, y caí de rodillas delante de él. El siervo de Dios me levantó dulcemente y me abrazó.

En la tarde del 24 de octubre de 1931, vísperas de la fiesta de Cristo Rey, fue el Instituto de misiones. Acompañado por el padre Bonardi se puso a visitar toda la casa, la cocina, los dormitorios, las oficinas de los periódicos, los salones de estudio, los talleres. Tenía el presentimiento de que aquélla era su última visita y quería verlo todo.

El 25, domingo de Cristo Rey, volvió por la mañana temprano. Hizo tocar la campana para dirigir la meditación a toda la comunidad reunida en la Capilla. Sabemos de qué habló en esa ocasión. Nos lo conservó el padre Zulián, entonces estudiante de filosofía y actualmente maestro en la casa de teología de Guadalajara, México.

Nos habló de las conquistas pacíficas de Cristo Rey en el mundo por medio de los misioneros. Rápidamente reseñó la historia de la evangelización de Asia, de Africa y de las Américas. Habló de los dos hermanos Obispos, Cirilo y Metodio, que civilizaron a los eslavos. Se demoró más en presentarnos el trabajo misionero de los jesuitas, padre Eusebio Kino que construyó en Sonora la primera iglesia del mundo dedicada a San Francisco Xavier y padre Juan María Salvatierra, misionero en Baja California.

Más que una meditación, fue una charla muy interesante y culta sobre la actividad misionera de la Iglesia. Luego celebró la misa, en la cual ordenó a ocho subdiáconos y cuatro minoristas.

Bajó al comedor para el desayuno con la comunidad, pero tomó solamente un poquito de café.

Estaba visiblemente cansado. Según costumbre, entró en el despacho del padre Juan, su brazo derecho, y se dejó caer en la butaca. Luego dijo:

—¿Verdad, padre que he sido valiente esta mañana?

—¿Por qué excelencia?

—Porque he terminado las ceremonias sin caerme. ¿No se dio cuenta de que tambaleaba?

—Me di cuenta de que se fatigaba al leer.

—Me daba vueltas la cabeza: tenía vértigos.

—Y ahora, excelencia. ¿Cómo está?

—No demasiado bien. Tendría que ir por la tarde a bendecir las tumbas de los sacerdotes en Marore. Pero no sé si podré.

Habló largo rato con el padre Juan sobre asuntos del Instituto. A pesar de las insistencias de todos para que se quedara a comer, dijo:

—No puedo, lo siento mucho. No podría comer. Necesito más la cama que la comida.

Llegado al obispado, fue llamado el médico de urgencia. El diagnóstico fue rápido y seguro: hemorragia cerebral. Era la sentencia de muerte. El Siervo de Dios acogió el veredicto de la ciencia como la última expresión de la voluntad de Dios, y pronunció su "fiat"

“HE GUARDADO LA FE”

La noticia de la grave enfermedad del obispo se divulgó en la ciudad y en la diócesis con la velocidad del rayo. Clero y laicos, autoridades y pueblo, se volcaron con movimiento espontáneo hacia la residencia del prelado, pidiendo noticias. En todas las casas religiosas se elevaron oraciones por la salud del Pastor.

El 4 de noviembre las condiciones del enfermo empeoraron. La voz de que el obispo estaba para morir paralizó a toda la gente. Fue un correr mudo y desordenado hacia el obispado con el deseo de ver cómo muere un santo.

Lucidísimo y dueño de sí mismo como siempre, el obispo dominaba todavía la situación. Si durante su vida, había enseñado cómo se vive, ahora estaba impartiendo la última lección: cómo se muere.

Mandó llamar a su confesor, el padre Salvador Spada, franciscano. Luego pidió la unción de los enfermos que le fue administrada por el arcediano de la catedral, el cual, vencido a un cierto momento por la conmoción, tuvo que suspender el sagrado rito porque se lo impedían las lágrimas. Entonces ninguno de los presentes pudo contener el llan-

to. Solamente él, también entonces, supo controlarse. Hablaba despacio, con breves pausas: "¡Qué vivamos o que muramos, somos del Señor!"

Luego, la sagrada comunión en forma de viático. Quiso levantarse sobre las almohadas. Se revistió de roquete y la estola y se puso el anillo pastoral: quería recibir a su Rey con las insignias del servicio. Cuando entró el cortejo en su habitación, su rostro se iluminó y con clara voz exclamó: "Veré a Dios mi salvador".

Acabadas las oraciones del rito, el sacerdote estaba ya para darle la Hostia, pero el siervo de Dios pidió un momento de espera, para que su Vicario general leyera en voz alta la profesión de fe, lectura que él siguió con mucha atención. Luego quiso hablar. Con un timbre de voz fuerte y clara que impresionó a todos dijo:

"Todo lo creo firmemente. Confirmo la profesión de fe que el Señor Vicario acaba de leer en mi nombre. Hubiera querido pronunciarla con mis propios labios, si no me lo impidiera mi débil salud. Esta fe ha sido siempre la norma de mi pensar; esta fe es la que siempre he querido predicar en nombre y por autoridad de Jesucristo.

"Quisiera poder afirmar también que esta fe siempre ha sido norma de mi obrar, si no fuera consciente de mi profunda miseria. En este momento, en que estoy para comparecer delante del tribunal de Dios, pido perdón a mi venerado clero y a mi pueblo de todas mis faltas, asegurando que

la norma de mi pensar ha sido siempre la fe de los Apóstoles, la fe de la iglesia”.

A este punto, el discurso tomó el tono de una ferviente oración a Dios. Como un estribillo repetía la invocación:

—¡Señor, salva a mi clero y a mi pueblo del error y de la incredulidad! ¡Señor, salva la fe de mi pueblo!

Todos lloraban. Alguien estaba preocupado de que se cansara demasiado, pero nadie se atrevió a interrumpir aquellas últimas palabras.

Por fin, el sacerdote se acercó y le dio la Comunión. Cerró los ojos hundiéndose en un profundo y largo recogimiento que duró dos horas. El médico hizo que todos salieran y se quedaron solamente unos pocos. Pasado aquel largo tiempo de acción de gracias, el enfermero xaveriano Lio Stocco, lo invitó dulcemente a tomar un poco de moyuelo. Mientras se lo daba con una cuchara, el fundador sonriendo le dijo:

—¡Animo, hermano! Cuando yo sea Papa, lo haré Cardenal.

Se había solicitado la bendición papal. El estaba enterado y preguntaba de vez en cuando si el telegrama había llegado. Cuando llegó la bendición apostólica, quedó muy contento y consolado, y quiso que se le leyera el telegrama más veces. Ya todo estaba cumplido.

Cuando tocó la campana de la noche, la campana de los difuntos, rezó como era su costumbre,

en voz baja, el De profundis. A un cierto momento, se dio cuenta de que el doctor Gámbara le estaba tomando el pulso, y le preguntó:

—¿Cómo vamos, doctor?

—Animo, Excelencia, se curará, se curará.

—“Si expedit”, “si expedit...” (si es conveniente). Mas, hágase la voluntad de Dios.

Había llegado de la escuela apostólica de Vicenza el padre Pedro Uccelli, trayéndole noticias de aquellos alumnos y asegurándole sus oraciones.

—Oh, padre, gracias, gracias. Hágase la voluntad de Dios.

Estaba presente también el padre Incerti. Dijo al Fundador que venía de Brescia donde había sido invitado a comer por los misioneros Combonianos.

—¿Cuántos son? —preguntó el fundador.

—Creo que 120 o 130...

—¡Cuántos, cuántos! —Y se adormiló, destacando:

—Com. . .bo. . .nia. . .nos.

Durante toda la noche del 4, unos jóvenes de Acción Católica velaron delante del portal del obispado.

La mañana del 5 se abrió lluviosa. Los médicos ya no tenían esperanza de salvar al enfermo. Por eso dieron permiso para que la gente subiera para ver y saludar por la última vez a su amado Pastor.

El gran portal fue abierto de par en par. Una oleada interminable de gente humilde, madres de

familia, obreros, sacerdotes, seminaristas, religiosas y alumnos misioneros desfilaron, silenciosos y conmovidos, delante de la cama del obispo agonizante.

Hacia el mediodía, el enfermo tuvo una fuerte hemorragia. Fue interrumpida la procesión de fieles. Era el fin.

Todavía movía de vez en cuando los labios para repetir las oraciones que un sacerdote le sugería. Luego su rostro se amorató y, serenamente, expiró. Eran las dos de la tarde del jueves 5 de noviembre de 1931. Tenía 66 años y siete meses.



El siervo de Dios, Guido María Conforti, murió el 5 de noviembre de 1931.



Los restos mortales del Siervo de Dios descansan en este sarcófago delante del cual sus misioneros rezan antes de salir a misiones.

“AHORA ME AGUARDA LA CORONA”

La campana mayor de la torre milenaria de la catedral prorrumpió en unos toques graves, pausados, respondiendo en seguida las campanas de San Juan, de San Pedro, de San Vital, todas las de la ciudad, las de toda la diócesis.

La noticia de la muerte del obispo Conforti se difundió rápidamente en toda la ciudad de Parma y en toda Italia, por medio de la radio y los periódicos.

Después que se formó la capilla ardiente, una larga columna de gente empezó a desfilar delante del cadáver del amado Pastor, durante los tres días del viernes, sábado y domingo.

Pronto la tristeza se cambió en una postura de fe y confianza, de tal manera que la gente ya no iba para rezar un requiem por su descanso eterno, sino que le hacían oraciones de petición. Más que como el cadáver de un hombre, era visitado como el cuerpo de un santo.

La gente empezó a tocar a aquel cuerpo con medallas, rosarios, crucifijos, ropa, libros de devoción. Fue preciso organizar un servicio permanente de vigilancia porque los devotos se acercaban con tijeras, apropiándose furtivamente de trocitos

de sus hábitos pontificales y mechones de su cabello.

La tarde del día 8, domingo, el ferétro fue llevado a través de las calles de la ciudad de Parma. Fue una apoteosis. Nunca en el pasado la ciudad ducal había visto un tributo de cariño tan espontáneo y plebicitario, para uno de sus ciudadanos.

Pueblo y autoridades civiles, militares, municipales, de la magistratura, de la universidad formaban el cortejo fúnebre de unos cuatro kilómetros de largo durante más de cuatro horas.

Desde hacía una semana había estado lloviendo ininterrumpidamente; pero aquella tarde de noviembre, inesperadamente la lluvia amainó. La gente comentó: "El primer milagro lo hizo con el tiempo".

El pueblo humilde del "Ultratorrente" reclamó el derecho de que el cuerpo del amado Pastor pasara también por sus calles. Allí las manifestaciones de conmoción y de devoción fueron más intensas y populares, y los gritos y sollozos más irrefrenables. No había ventana que no llevase un signo de pésame. En las paredes de las casas había escritos que decían:

—Oh Padre, bendice a tu pueblo.

—Tú, gloria de nuestro pueblo.

—Guido Conforti, guía y conforta nuestros corazones.

Muchos de los del "Ultratorrente" recordaban la pacificación operada por el santo obispo entre las facciones enemigas en 1922.

Ya anochecía. El cortejo no se dirigió a la "Villetta", panteón de la ciudad, sino que entró otra vez en la catedral, porque las autoridades civiles y religiosas, habiéndole decretado los funerales solemnes como de un gran Ciudadano, querían que sus restos descansaran en la catedral.

El lunes, día 9, se celebraron los solemnes funerales con la asistencia de numerosos obispos. Estaba presente también el obispo misionero Mons. Calza, que había llegado de China unos meses antes.

El obispo de Cremona, Mons. Cazzani, ilustró en la oración fúnebre, la figura de Mons. Conforti, su amigo, empezando con estas palabras: "¿Es éste un funeral o un triunfo? ¿Es el funeral de un hombre, caído bajo la hoz de la muerte o el triunfo de un santo?" Y prosiguió exaltando la figura majestuosa y amable a la vez, venerada y familiar, ángel de paz y corazón apostólico que a todos había enseñado cómo vivir, cómo trabajar, cómo padecer, cómo morir.

La capilla de Santa Agueda, en la nave derecha de la catedral, se transformó rápidamente en un santuario donde empezó la gente a acudir como a la tumba de un santo, para pedir gracias y favores.

Después de once años, los xaverianos obtuvieron del obispo de Parma, Mons. Evasio Colli, la autorización para trasladar los restos mortales de su Fundador a la capilla del Instituto.

A pesar del clima de guerra —era el año 1942— el pueblo de la ciudad de Parma acudió una vez más para acompañar a su amado obispo a la nueva morada. En esa ocasión fue el sucesor de Mons. Conforti el que exaltó su figura espiritual ante todo como siervo de Dios:

“Si queremos matizar la figura espiritual del Siervo de Dios, Mons. Conforti, hemos de acudir a aquellas líneas ideales que son características de algunos santos: la purísima transparencia de San Luis Gonzaga y la sonrisa amable de Santa Teresita del Niño Jesús. El secreto de la grandeza está en haber actuado el propósito, escrito de su puño y renovado en ocasión de los 25 años de su episcopado, de buscar siempre a Dios, de amar siempre a Dios, de seguir siempre y solamente la voluntad de Dios”. Y el otro: “No debe pasar un día sin que yo cumpla un sacrificio. Entre dos cosas, escogeré siempre la más difícil y la más penosa para reforzar mi voluntad”.

De Mons. Conforti, como siervo de la patria, el orador recordó las ayudas que envió a Messina y a Sicilia con ocasión del terremoto de 1908, la preocupación por aliviar los dolores y desastres de la guerra mundial, la pacificación de su ciudad dividida entre bandos opuestos.

“Pero, Mons. Conforti —concluyó el obispo Colli —fue además siervo del mundo entero, con la creación de un instituto misionero que, con la fe, lleva a los pueblos la civilización”.

ESPIRITUALIDAD DE CONFORTI

La espiritualidad del siervo de Dios está toda ella centrada en Jesucristo, principio dinámico e inspirador de todo su pensamiento y acción. Por algo ha resumido él toda su actividad en las fórmulas paulinas: "Cristo lo es todo en todos" y "El amor de Cristo nos apremia".

El cristocentrismo de Mons. Conforti resulta de los modelos de sus santos preferidos: San Francisco de Asís, San Ignacio, San Francisco Xavier.

Es cierto que el librito que más manejó fue el de Tomás de Kempis: "La imitación de Cristo". Por eso, el primer aspecto de su espiritualidad es el de la imitación de Cristo:

"Tengamos a Cristo ante los ojos de nuestra mente, y él nos acompañará por doquier: en la oración, en el altar, en el estudio, en las múltiples ocupaciones del ministerio apostólico, en el contacto con el prójimo, en el desaliento, en el dolor, en la tentación y en todo recibiremos de él inspiración, de modo que nuestras acciones exteriores sean la manifestación de la vida interior de Cristo en nosotros".

Imitación radical y totalitaria de Cristo, modelo

visible y universal de todos los cristianos, pero, en especial del hombre apostólico.

Mons. César Pecorari, que lo trató de cerca, no duda en corporar la figura de Mons. Conforti con la de San Pablo, en ese aspecto noble de imitación de Cristo: "No en la manera recia, propia del apóstol de las gentes —decía—, porque esa forma no entraba en el temperamento de Conforti; pero sí con la misma verdad, pues el podía repetir a sus misioneros y diocesanos: Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo".

Lo que el Vaticano II encomendará a los religiosos, 40 años más tarde, Mons. Conforti lo cumplió al pie de la letra. Ha cuidado "con atenta solicitud de que, por su medio, la Iglesia mostrara de hecho mejor cada día, ante fieles e infieles, a Cristo, ya entregado a la contemplación en el monte, ya anunciando el reino de Dios a las multitudes, ya curando a los enfermos y pacientes y convirtiendo a los pecadores al buen camino, ya bendiciendo a los niños y haciendo bien a todos: siempre, sin embargo, obediente a la voluntad del Padre que lo envió".

La primera característica del cristocentrismo de Mons. Conforti, es la cruz: imitar a Cristo, y a Cristo crucificado. Desde su primer encuentro con el extraño personaje de la iglesia de La Paz, las caricias del Crucifijo no lo dejaron en paz a lo largo de toda su vida: obstáculos en seguir su vocación, una grave enfermedad en la adolescen-

cia y juventud, dificultad para fundar el instituto misionero y las contradicciones en llevarlo adelante, el episcopado "mar de tribulaciones" como solía definirlo: en fin, "las lágrimas —dirá con el poeta bíblico— fueron mi pan, noche y día".

Para los misioneros que partían éste era su estribillo: "Les esperan tribulaciones y padecimientos de toda clase, tal vez la corona del martirio. Pero nada les turbe, nada les espante. Tengan fija la mirada en el Crucifijo, modelo e inspirador del misionero. Mirando al Crucifijo, aprenderán el santo deleite de padecer en favor de una causa tan bella".

La segunda característica del cristocentrismo de Mons. Conforti: El Cuerpo de Cristo; el amor a Cristo en la Eucaristía, fuente y cumbre de toda la vida cristiana.

En la carta testamento, dejará escrito: "Jesús Sacramentado, por el cual somos sacerdotes y apóstoles, sea siempre el centro de nuestros pensamientos y de nuestros afectos. Es al pie del Sagrario donde cada día hemos de templar nuestras energías para emprender siempre nuevos trabajos".

Mientras manda que en todas las casas del Instituto, se haga, los jueves, la Hora Santa de Adoración, encomenda a sus misioneros sacerdotes: "Procuren celebrar cada día la santa misa con el fervor que conviene a quien del Pan de los fuertes debe sacar siempre nueva energía para nuevas conquistas".

El era el primero en dar el ejemplo de "asediar" al Sagrario con sus numerosas visitas al Santísimo Sacramento, con las frecuentes y largas horas de adoración, en su capilla privada del obispado, o en la capilla de su instituto (los jueves) o en la iglesia de San Roque (primeros viernes).

No había Congreso Eucarístico parroquial, diocesano o nacional, en el cual no participara si podía. Participó activamente, con predicación y con oración, en los Congresos Eucarísticos de Bérgamo, Palermo, Génova, Bolonia, Roma, Piacenza. Requerido para una relación, sermón, homilía, nunca se echó atrás.

En el Congreso Eucarístico de Génova, entró a rezar en la catedral acompañado por su secretario Mons. Cerétoli. Después de un largo rato, se volvió a su acompañante y le preguntó si había transcurrido ya la hora. "Han pasado dos horas y media" contestó el secretario.

La verdad es que, como dijo luego, "en aquella catedral me parecía estar en el paraíso".

No extraña, pues, la declaración unánime de sus sacerdotes y fieles: "La piedad eucarística de Mons. Conforti es la de un Serafín".

La tercera característica del critocentrismo de Mons. Conforti: El Corazón de Cristo.

La devoción al Corazón de Jesús pertenece a la espiritualidad cristocéntrica y mística del tiempo, y Mons. Conforti pertenece a su tiempo.

En el año de 1917 consagró con tres actos distintos su clero, su instituto y su diócesis al Corazón de Jesús. Como coronamiento de estas consagraciones, apenas terminada la Guerra Mundial, hizo levantar un monumento a los Caídos de la Patria en una capilla de la catedral, dedicándolo al Corazón de Jesús. Y la primera catedral que sus hijos misioneros levantaron en China, fue dedicada al Corazón de Cristo.

Para Mons. Conforti, la devoción al Corazón de Jesús significaba, ante todo, imitación: "El amor o los encuentra iguales o los hace iguales —recuerda—; por eso, nuestro corazón debe asemejarse al de Cristo. Luego significa confianza, reparación de las culpas, firme voluntad de una vida más cristiana, apostolado de la oración".

LA FISONOMIA DE UN SANTO

Lo que da miedo a los biógrafos de Mons. Conforti es, sin duda, la extrema sencillez y "normalidad" de su espiritualidad. Y es exactamente aquí donde reside, a nuestro parecer, la santidad del siervo de Dios: lo extraordinario en lo ordinario.

Conforti tenía la vocación y el ardor misionero de Xavier, pero tuvo que trabajar en retaguardia. Fue dulce como el santo obispo de Ginebra, pero no tuvo las largas y enconadas luchas contra los calvinista como San Francisco de Sales. Poseía el alma contemplativa de santa Teresita del Niño Jesús, pero vivió bregando en el mundo.

Disciplinado y asceta como Ignacio de Loyola, transparente como Luis Gonzaga, tiene la unción de Alfonso de Liguori y ama a los jóvenes como Juan Bosco. Pero no es ninguno de ellos.

No escribió ningún tratado de espiritualidad o de teología, pero escribió más de seis mil cartas a sus hermanos, y miles de páginas en circulares y Sínodos. Han sido recogidas en 26 volúmenes, que denuncian un peso y un deber llevado a cabo con conciencia y responsabilidad más que por gusto personal.

La santidad de Mons. Conforti se encuentra en el equilibrio armónico de todas las virtudes, humanas y cristianas, sin particulares acentuaciones de una sobre otra. En él se unían perfectamente la humildad del hombre con la majestuosidad del obispo, la dulzura con la fortaleza, el respeto a la persona con la palabra sincera, la sumisión a la autoridad con la franqueza, la elegancia con la pobreza, la impaciencia apostólica con el cumplimiento constante del deber de cada día, el amor al instituto misionero con el servicio a la diócesis, la vida interior con la actividad.

Irreductible en los principios y dulcísimo en las maneras, sincero pero nunca imprudente, amable y reservado a la vez, exigente consigo mismo e indulgente con los demás. La dignidad del prelado y la autoridad del superior iban al parejo con el servicio y la humildad para con el hermano.

Su prestancia física, su postura, su lenguaje respetuoso y señorial, manifestaban a un auténtico gentilhombre, que estaba a sus anchas lo mismo con la gente humilde que con los representantes de la burguesía o de la alta sociedad.

Ningún acontecimiento era capaz de alterarlo. La enfermedad, la pobreza, la guerra, la revolución, la indiferencia, la ofensa, la calumnia, el frío, el calor y las incomodidades, el olvido, la popularidad no alcanzaban a afectarlo ni menos a turbarlo. Ello lo había demostrado en los treinta y seis años de vida del instituto por él fundado y en

en los veinticinco años de gobierno de dos diócesis.

Tradicionalista y progresista a la vez. Mientras prohíbe a los curas de Parma el uso de la bicicleta (estábamos a principios de siglo), él mismo la envía a sus misioneros de China, que serán los primeros en difundirla en las misiones. El no usa el coche, aunque se lo hayan regalado; pero sus misioneros dan la vuelta a Italia en coche, como propagandistas de las Obras Misionales Pontificias. El Sínodo de Parma prohibía en aquel entonces a los clérigos la entrada a los cines públicos, mientras él bendice el primer salón católico de cine y envía a dos xaverianos a África para rodar una película misionera.

Los sacerdotes diocesanos no pueden en público ir sin sotana; pero sus alumnos misioneros pasan las vacaciones en tiendas en el monte Perlaro, viviendo a la buena de Dios y bañándose en el río Taro. Pretende una pureza angelical de sus seminaristas; pero al mismo tiempo envía a sus alumnos a clases de medicina práctica y socorrismo. Exige la disciplina de los eclesiásticos al mismo tiempo que pide al Papa un concilio ecuménico para que reforme y ponga la iglesia al día.

Si la santidad consiste en la ascesis, en el dominio de las pasiones y en el control de los sentidos, Mons. Conforti organizó todo un programa bien preciso de lucha, exámenes de conciencia, retiros y ejercicios, ayunos y penitencias corporales, desde el año 1883, cuando era seminarista, hasta el

último de su vida 1931. Cincuenta años de propósitos, de ascesis, de esfuerzo constante para atender a la perfección.

Mons. Conforti no era de aquellos hombres que se dejan llevar de acá para allá por las circunstancias; que a los cuarenta años, son menos virtuosos que a los veinte. Cuantos han conocido al siervo de Dios están de acuerdo en afirmar que sus propósitos escritos pasaban a la práctica diaria.

Su hermana Mérope, el camarero Belleti, su secretario Cerétoli, el canciller Schiavi, el padre Pellegrini, el canónigo Picinotti, el vicario general Barilli, están convencidos de que el siervo de Dios, en cuanto cabe a la observación humana, no perdió la inocencia baptismal.

Y roza con el absurdo el testimonio jurado de Mons. Antonio Schiavi que, como canónigo, canciller, profesor del seminario y compañero en las visitas pastorales, siguió de cerca al obispo Conforti: "A pesar que me esforce, en tantos años vividos con el siervo de Dios, en examinarlo y observarlo detenidamente, no recuerdo haberlo sorprendido, visto o sentido caer en un pecado venial deliberado o en la más pequeña imperfección".

El segundo movimiento para alcanzar la santidad, después de la ascesis, es la unión con Dios.

Vimos su amor a la oración, sus largas horas delante de la Eucaristía, su paciencia y amor al Crucifijo, entendido como desprendimiento de las cosas terrenales y unión de su voluntad con Dios.

El mismo, quiso hacer como una síntesis de su vida espiritual, en el año 1918, y escribió: "Compendio todos mis propósitos en uno: quiero de hoy en adelante, ver a Dios, amar a Dios, buscar a Dios en todos y en todo".

De esta forma llegó a un nivel no común de vida mística, entendida como amorosa, sencilla y permanente atención del espíritu a las cosas de Dios.

En estas cosas de Dios, una fue preeminente en la vida de Conforti: el apostolado misionero. Si hubo una "particularidad" en la santidad de Mons. Conforti, fue la iniciativa misionera. En él la ascesis preparó y facilitó la santidad y la santidad lo empujó al apostolado.

Es de los pocos ejemplares en la Italia del siglo XIX-XX, que se levanta a dar testimonio de catolicidad operante, prototipo de una manera nueva de ser cura y obispo, anticipándose en ésto a la doctrina del Concilio Vaticano II. Mons. Conforti sabe poner en sintonía perfecta un pontificado de conservación y preservación de la fe con una labor de lanzamiento y expansión de la misma. Los dos afanes no entran en colisión ni en su espíritu ni en la práctica. Supo unificar y conciliar la labor pastoral de una diócesis con el ansia misionera abierta al mundo entero.

Treinta años después de la muerte de Mons. Conforti, no constituye novedad que un obispo europeo envíe sus curas al corazón de Africa o los visite en Chile o Brasil; pero sí fue novedad absoluta a principio de siglo, cuando casi todos los

obispos tenían prohibida la propaganda misionera en sus seminarios.

No es maravilla, pues, que la voz común, en vida y después de su muerte, desde la más alta autoridad hasta el pueblo más sencillo, haya sido unánime en tributar a Mons. Conforti la aureola de santo. Bastaría con citar al Papa Pío XI que, a un grupo de peregrinos parmenses, dijo: "Ustedes los de Parma quieren mucho a su obispo, porque es un santo".

Una mujer del pueblo fue aún más expresiva cuando dijo: "Podía Jesús ser más bueno que nuestro obispo?" El pueblo, intuitivamente, mirando a Conforti, hacía una comparación con el mismo Jesús, la bondad personificada.

En 1941, a los diez años de su muerte, se abrió el Proceso Informativo para la causa de beatificación y canonización del siervo de Dios. La última palabra, a la iglesia.

Sin adelantarnos al juicio infalible de la Iglesia, según los decretos del Papa Urbano VIII, tenemos la esperanza de que el Siervo de Dios Guido María Conforti, sea pronto glorificado y propuesto como ejemplo para el episcopado, el clero y los fieles de todo el mundo.



Seminario xaveriano de San Juan del Río, Qro.



**Los 120 seminaristas xaverianos de secundaria y preparatoria
del curso 1977-78.**



Japón: Apostolado típico de aproximación. El padre Walter participa en la ceremonia del té en casa de unos cristianos.



Indonesia: En las islas Mentaway, verdadero mundo primitivo, el padre Mauro platica con un jefe-hechicero.



Sierra Leona: Concentración escolar en Lunsar. Los xaverianos, en una población de mayoría musulmana, han preferido abrir escuelas donde dan a conocer la religión cristiana.



Bangladesh: "Evangelio y Arroz", ha sido el lema del xaveriano padre Cobbe. Creando pozos de riego y mejorando las semillas, el padre Valeriano obtuvo hasta tres cosechas al año.



Burundi: Los misioneros han creado una cooperativa pesquera para ayudar las poblaciones pobres.



Zaire: Más de 80 xaverianos trabajan en la provincia del Kivu.
El padre Juan da la catequesis a un grupito de niños.



México, Huejutla de Reyes, Hgo.: Los xaverianos atienden a unas veinte comunidades indígenas de idioma náhuatl.



Colombia, Buenaventura: El xaveriano padre César con un grupo de "cholitos".

- 1913—4-6 junio. Primer Congreso Catequístico Diocesano.
1914—6-8 octubre. Sínodo diocesano.
1915—Segunda Visita Pastoral.
1916—Encuentro con el Padre Manna en orden a la fundación de la Unión Misional del Clero.
1918—El Papa lo nombra primer Presidente de la U.M.C.
1919—24 octubre. Primera escuela apostólica en Vicenza.
1920—Construcción del ala del Instituto.
1921—6 enero. Aprobación definitiva de las Constituciones y del Instituto Xaveriano. Carta Testamento.
1922—Agosto. Pacifica los dos bandos en Parma.
1924—1-4 mayo. Segundo Congreso Eucarístico Emiliano en Parma.
1927—20 abril. Nombrado Asistente del Papa y Conde Romano.
1928—19 septiembre. Viaje a China.
1929—7-13 agosto. Primer Capítulo general del Instituto.
1930—21-23 octubre. Segundo Sínodo diocesano.
1931—20-24 abril. Semana Litúrgica.
—25 octubre. Últimas Ordenaciones en Casa Madre.
—5 noviembre. Muere santamente.
1941—18 marzo. Se inicia el proceso diocesano para la beatificación y canonización del Siervo de Dios.
1942—Traslado de los restos de la Catedral a la Capilla del Instituto.
1960—28 marzo. Proceso Apostólico en Roma.

BIBLIOGRAFIA

Fuentes directas

- Proceso informativo diocesano, Roma, S.C.R., 1944.
- Proceso apostólico: "Positio super virtutibus" Roma, S.C.R., 1964.

Escritos del Siervo de Dios

- Epistolario, volúmenes 14 (mecanografiados) por 2850 pág.
- Omellie, discorsi, ritiri, panegirici, vol. 9 (mecanografiados).
- Diari, vol. 1
- Ricordi e Propósi, impreso, 56 pág., Parma 1933.
- La Parola del Padre, impreso, 160 pág., Parma 1937.
- La parola del Fondatore, impreso, 236 pág., Parma 1966.
- Lettere ai Saveriani, vol. 3, Roma, 1977.
- Unione Missionaria del Clero, Lettere e Documenti, Roma, 1978.
- Le Piccole Figlie dei SS. Cuori di G. e M., Lettere e Documenti, Roma, 1980.

Escritos sobre el Siervo de Dios

- Ballarin Lino, *L'anima missionaria* di Guido M. Conforti, Parma, ISME, 1962.
- Barsotti Giulio, *Piú vivo dei vivi*, Roma 1970.
- Bonardi Giovanni, Guido M. Conforti, Parma, ISME, 1936.
- Botti Ferruccio, Mons. Guido M. Conforti, Parma, 1965.
- Cioni Raffaello, *Un grande vescovo italiano: Guido M. Conforti*, Parma, ISME, 1944.
- Dagnino Amato, *Dottrina spirituale* di Guido M. Conforti, Edizioni Paoline, 1966.
- Dieci María, *La pedagogia di mons. Conforti*, Università Cattolica del Sacro Cuore, 1959.
- Vanzin Vittorino, *Un pastore due greggi*, Parma, ISME, 1950
- Julián Ferraro, *La Gloria de Casalora*, Guadalajara, 1974.

EL INSTITUTO DE SAN FRANCISCO XAVIER PARA LAS MISIONES EXTRANJERAS

Fundación

El Instituto de los Misioneros Xaverianos nació el 3 de diciembre de 1895, fundado por el Siervo de Dios Guido María Conforti, obispo de Parma. Tiene como patrono y modelo a San Francisco Xavier, el apóstol de las Indias y el Japón.

Fin

El Instituto ha nacido con el fin exclusivo de la evangelización de los pueblos no cristianos. En el campo de las misiones, sus miembros se dedican a todas las obras que directa o indirectamente sirven a dar a conocer a Cristo y fundar la Iglesia.

Miembros

El Instituto es una familia religiosa, de derecho pontificio, y acoge entre sus miembros a jóvenes estudiantes, universitarios, seminaristas de filosofía y teología, y también sacerdotes, y Laicos que quieran servir la misión, en calidad de hermanos, con el ejercicio de una profesión o como catequistas.

Casas de formación

Además de la Casa generalicia en Roma y la Casa Madre en Parma, donde reside la Teología, hay varios seminarios mayores y menores en el norte y sur de Italia, en España, en Escocia, en U.S.A. y en Brasil.

En México iniciaron su labor en 1951 y tienen casas en Mazatlán, Guadalajara, Arandas, Salamanca, San Juan del Río.

Misiones

El Instituto Xaveriano empezó su obra misionera en China en 1899 hasta 1950, cuando todos los misioneros fueron expulsados por los comunistas de Mao-tse-tung. Desde entonces pasaron a trabajar en Japón, Indonesia, Bangladesh, Sierra Leona, Zaire, Burundi, Amazonas y Colombia.

Desde enero de 1975 un equipo de Xaverianos trabaja en la diócesis de Huejutla de Reyes, Hgo. Los padres atienden a unas veinte comunidades indígenas de idioma náhuatl. Un dispensario y dos cuartos para urgencias, la presencia de un médico, la casa parroquial con un salón anexo para reuniones, alfabetización y escuela para catequistas, construcción de capillas, son las primeras realizaciones muy halagüeñas.

LA SOCIEDAD MISIONERA DE MARIA

Las Misioneras de María (Xaverianas), misioneras-religiosas en hábito seglar, han sido fundadas en Parma en 1945 por obra del xaveriano Padre Jaime Spagnolo y la profesora Celestina Bóttego, con finalidad exclusivamente misionera. El Instituto ha nacido como realización póstuma del proyecto de Mons. Conforti. Adoptó los mismos reglamentos dictados por el Fundador de los Xaverianos y se proponen colaborar con ellos en sus misiones, sin excluir otras obras.

Las Misioneras xaverianas están presentes en la actualidad en Burundi, Zaire, Japón, U.S.A., Brasil y México.

Direcciones. Misioneros Xaverianos

- Seminario mayor de filosofía y teología: Guadalajara, Jal., Apdo. 1-133 — Tel. 41 68 05
- Noviciado: Salamanca, Gto., APDO. 29 — Tel. 8 27 69
- Seminario menor de secundaria y preparatoria: San Juan del Río, Qro., APDO 39 — Tel. 2 11 09
- Seminario menor de secundaria: Arandas, Jal., APDO. 5
- Instituto Cultural de Occidente: Mazatlán, Sin., APDO. 268 — Tel. 2 36 12
- Campo de trabajo entre indígenas: Huejutla de Reyes, Hgo., APDO. 56 — Tel. 6 01 18
- Misioneras de María (Xaverianas) Atemajac del Valle, Jal. APDO. 34-3 Guadalajara — Tel. 24 38 30

Archivo Saveriano Roma

IMPRESION: LITOGRAFICA MEXICO, S.A.
ATOTONILCO No. 40, MEXICO 2, D.F.
TELS.: 529-04-07, 529-37-92 y 526-38-57.

"Encontré a Mons. Conforti en un congreso de jóvenes, en Milán: me sorprendió su dignidad y dulzura. Volví a verlo en Parma. Lo buscaba como la expresión episcopal más alta del feliz movimiento misional de Italia. Lo buscaba como la figura más representativa de un clero que asociaba el obispo al misionero.

"Era el prelado perfecto, el pastor eminente que, atento a la diócesis que la obediencia le había confiado, tenía un espíritu y un corazón grande, abierto a la amplia concepción de la Iglesia de Jesús: una, santa, católica y apostólica".

Card. Angel Roncalli